

edición 2

Tatuajes en el alma



CINTIA SANTIAGO

Tatuajes en el alma

CINTIA SANTIAGO

Tatuajes en el alma

Cintia Santiago Moreno

ISBN 9798362697921

Sello: Independently published

Ilustración y Maquetación: Aida Mar Ibáñez Picó (@aidartist)

©Cintia Santiago moreno, Octubre 2021 (Safe Creative)

Nueva edición: Noviembre 2022

Quedan totalmente prohibida, sin la autorización por escrito de el titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*Esta novela va dedicada a todas esas personas
que no se atreven a luchar por sus sueños.
Para que les de fuerzas a perseguirlos y soñar alto.
En ese camino pueden llegar a ver lo bonita que es la vida
y aprender que por muy malas experiencias
que hayan tenido siempre puede ocurrir
algo mágico que les haga ver su existencia con pasión y amor,
luchando hasta el final.*

Prólogo

—¿Cómo estás?

La típica pregunta que me formulaba yo misma en la cabeza después de habérsela escuchado decir cientos de veces a todos mis amigos y gente de alrededor.

—Estoy bien, gracias —es lo que respondía siempre. ¿Era verdad? Sin embargo, esa última respuesta sonó distinta. Estaba cansada de repetir siempre lo mismo, y esa persona volvió a la interrogante.

—¿Estás segura? —afirmé que sí, que me encontraba bien. Justo en ese momento, en el ahora. No antes ni después, sino en ese preciso momento. Aunque mi respuesta no fue muy satisfactoria.

El comentario que hizo después se quedó revoloteando en mi mente, dándole vueltas sin parar...

—Alma, te noto apagada... —joder, claro que lo estaba, llevaba años estándolo. Así me sentía. Apagada. Mis ojos no brillaban cuando sonreía porque mis sonrisas no eran ciertas, eran una máscara, estaban vacías y eran forzosas. Y dolía aceptar que fuera así.

Aquella chica que irradiaba luz, chispas, vivía con intensidad y disfrutaba de cada instante se fue apagando poquito a poco desde hacía mucho tiempo, hasta que dejó de existir. No era ni la sombra de lo que fui.

Y la echaba de menos.

Muchísimo.

Hasta convertirme en quién soy ahora. La chica que aceptó ese regalo y se dijo que quizás había llegado el momento de dar un paso más y resurgir. Aunque le estaba costando la misma vida.

Mientras esperaba en la puerta de embarque me preguntaba si había hecho bien. Por primera vez en mi vida me estaba dejando llevar y me sentía feliz, pese a que la cobardía luchaba en lo más profundo de mi ser para volver a salir y demostrarme que, esa felicidad con la que estaba muy poco familiarizada, no la merecía.

Estaba a punto de dar uno de los pasos más importante de mi vida y el pánico se adueñó de mí. Me quedé pensativa, observando mi destino en ese letrero. ¿Lo hacía o no? No tenía nada que perder. Si daba el paso y cruzaba esa puerta quizás me esperara una de las vivencias más importantes de mi vida o quizás no ocurriría nada y me llevaría la simple experiencia de haberlo hecho. Pero, si me quedaba y no subía a ese avión... nada hubiese cambiado y yo seguiría enjaulada para siempre en una vida que solo me aportaba dolor, amargura y en la que no recibía ni una pizca del amor que me creía merecer.

¿Había perdido el tiempo? No lo sé, porque la respuesta a eso siempre la daba la misma persona, haciéndome creer que sin ella estaría más perdida aún y mi vida no hubiera sido la misma.

No tengo ni idea de cómo terminará mi vida, pero entre mis páginas no puede estar escrito que me rendí. O al menos, no tan fácil. De hecho, eso fue lo último que pensé antes de ser empujada por una chica de melena corta y morena, con ojos calor café y una sonrisa de oreja a oreja que casi consiguió contagiarme en el instante en que nos miramos. Sin conocerme, y tras pedirme perdón porque no quería perder el vuelo, me dijo las únicas palabras que hicieron que al fin me decidiera a cruzar con ella esa puerta.

—No tengo ni idea de cuál es tu motivo para viajar a una de las ciudades más impresionantes del planeta, pero te puedo asegurar que una gran aventura te espera. Si quieres podemos hacerlo juntas...

—¿Juntas? —pregunté.

—Sí. Si te da miedo, podemos subir a ese avión juntas —la miré intentando descifrar su ayuda desinteresada. Seguía sonriendo de esa forma tan llamativa y contagiosa. Sentí un cosquilleo en el estómago de la emoción. Estaba nerviosa, pero iba a hacerlo. Y esa chica, que se presentó como Giulia, me agarró del brazo como si nos conociésemos de toda la vida y me instó a caminar junto a ella.

—Gracias —me limité a decir dibujando una pequeña sonrisa.

—Ya verás... tu vida va a cambiar a partir de ahora. ¿Estás preparada?

Seguía sin creermelo que estuviera sucediendo. Para otros, quizás, no era un gran paso. Pero, para mí, era el definitivo para intentar volver a ser yo.

Tan solo la miré y asentí. Seguía sonriéndome, expectante.

—Pues... ¡vamos allá!

Todo a mí alrededor parece inmóvil. Por un momento dejo de pensar en todo el lío que tengo en la cabeza para, simplemente, dejarme llevar. Llevo un par de meses en esta ciudad y realmente no me había detenido a apreciarla al detalle. Así que dejo de caminar y me quedo quieta en mitad de la plaza para poder observarla. Intento prestar atención a cada rincón de mi alrededor. Pese a que el jaleo de la muchedumbre en la calle sigue su curso y es inevitable no estar al tanto de cada una de las historias que suceden en torno a mí. Miles de conversaciones distintas llegan a mis oídos. La plaza está llena de vida. Señoras comprando en los puestecitos e intentando regatear todo lo posible a los tenderos. Edificios majestuosos y con una arquitectura capaz de dejarte con la boca abierta. Las fachadas de las casas repletas de balconcitos con macetas llenas de coloridas flores. Los camareros de los restaurantes empiezan a colocar mesas y a poner los menús en la puerta para los turistas que llegan con un hambre atroz y mucha sed. Sobre todo mucha sed.

Hace un día espléndido y un sol que te deja ciega si te dignas a mirarlo. Son las doce del mediodía y el calor que hace ya a estas horas es mortal para cualquier ser vivo. Si bien en plena entrada de uno de los meses más calurosos del año es lo más normal del mundo. Y, además, ¡esta humedad insoportable que tanto odio! Sin embargo, el estar rodeada de tanta belleza en esta ciudad hace que me olvide de todo; de mi piso en Madrid, de mi trabajo; ese al que tengo bastante olvidado, tan feliz me hacía y que debería ponerme al día, me olvido de las obligaciones que me ataban hace unos meses y hasta de él. Sobre todo de él.

El teléfono suena varias veces hasta que su ruido incansable hace que vuelva a la realidad y deje mis pensamientos a un lado. Menos mal que lo llevo colgado gracias a esas funditas tan modernas que hay ahora para los móviles, de no ser así estoy completamente segura que hubiese desistido en responder cuando me hubiera puesto a buscarlo en este maxibolso. Y, menos aún, cargada con las bolsas de la compra.

Siquiera me planteo lo que va a ocurrir en esta llamada.

¡Oh no, ahora no, por favor...!

Una sensación de ahogo me atraviesa la garganta y la presión que siento en el pecho me impide respirar con normalidad. Llevo días evitándolo y sé que ya no puedo retrasarlo más. No tengo más remedio que contestar.

—¿Sí? Dime.

—Pequeña, ¡ya era hora! ¿Se puede saber por qué no me has cogido el teléfono todos estos días? Estaba preocupado. Necesitaba hablar contigo urgentemente —su voz, más que preocupación, evoca control.

—Ah, pues... he estado bastante liada, la verdad. Tenía varias excursiones contratadas y he estado quedando con Giulia y sus amigos. La mayoría de días era muy tarde para llamarte. Pensé que a esas horas ya estaría descansando y no quería molestarte —miento.

—Peque, sabes que no molestas —intenta ser cariñoso—. En fin, llamaba para decirte que estoy terminando con el juicio que tenía entre manos y tan pronto como lo gane cogeré un vuelo a Roma para que pasemos juntos un par de días. Después volveremos a casa. Juntos.

—¿Eh? ¿Cómo que... juntos? —respondo incrédula—. Rober, esto no lo habíamos hablado. Sabes que me quería quedar más tiempo aquí. Una vez llegara septiembre ya lo hablaríamos y veríamos qué hacemos. Sabes que este es uno de mis sueños desde niña...

—Lo sé, lo sé, peque, —me corta —pero... quizás ya vaya siendo hora de aparcar esos sueños de críos a un lado y centrarnos en lo importante, ¿no crees? Debemos estar los dos aquí. No podemos estar separados—. Intenta convencerme—. Además tu vida está a mi lado y donde yo esté. Siempre hemos estado juntos. Y por si el echarte de menos fuera poco, mis padres me están

metiendo presión con todo el tema de la organización de la boda y tenemos que ponernos a ello. ¡Cuánto antes!

—Pues yo aún no quiero, Rober, lo sabes. Te dije que necesitaba tiempo. Tiempo para pensar. Tiempo para encontrarme y saber quién soy. ¡Quién quiero ser! ¡No voy a volver! De momento no, lo siento —sentencio más cabreada.

—Ya veremos, Alma. En unos días estaré ahí y lo hablamos. Cuídate. Chao.

Silencio.

No me ha dejado tiempo ni para responder. Ahora mismo no puedo pensar con claridad.

Me quedo petrificada. No puedo respirar. Siento tal angustia en el pecho que las lágrimas empiezan a brotar sin previo aviso.

Tengo miedo. Miedo de volver a lo de antes. Miedo a seguir con un futuro que no es para mí. Miedo a no ser yo y ser aquello que quieren los demás. Miedo a vivir una mentira. Y, sobre todo, miedo a no ser feliz.

Las palabras de mi madre retumban en mi cabeza una y otra vez: **“hija mía, recuerda seguir siempre a tu corazón, él nunca se equivoca. Viniste a este mundo para ser feliz.”**

Ay mamá, cuánta falta me haces. Ojalá tenerte aquí ahora.

Un sentimiento de tristeza enorme invade todo mi ser. Pensar en ella me hace sentir aún peor.

Y aquí estoy yo, anclada al suelo en mitad de la plaza, llorando como una magdalena, con los ojos manchados de máscara de pestañas, las bolsas de la compra tiradas en el suelo e intentado asimilar la conversación que acabo de tener por teléfono.

Estoy en *shock*.

De repente alguien choca conmigo golpeándome el brazo. Un golpe seco y fuerte. Siento un dolor agudo. Ha sido tan intenso que hace que me mueva del sitio tambaleándome hacia atrás. Intento agarrarme a lo que sea para no caerme de espaldas. No lo consigo. Sin embargo, él sí me sujeta. Una de sus manos me agarra del brazo derecho y la otra me coge por detrás de la espalda. Siento su respiración agitada, como si hubiera estado corriendo a toda prisa por no llegar tarde. Apenas puedo respirar, pues me tiene tan apretada contra su pecho que oprime totalmente el mío. Todo lo que ha ocurrido en un instante me abruma. Tan solo soy capaz de reaccionar al estímulo de ese olor.

Su olor a jasmín, madera de roble y mandarina, hacen que experimente una mezcla de sensaciones que creía muertas.

Siempre me han llamado la atención los hombres que potencian su olor con alguna fragancia, pero en él, esta huele distinta. ¿Será verdad eso que dicen que un mismo aroma en diferentes personas nunca huele igual?

En un movimiento rápido intento apartarme el pelo de la cara. Él aún sigue sujetándome. Su pecho sube y baja muy rápido a causa de la carrera que se habrá dado. Sus firmes dedos me aprietan con delicadeza por la espalda. Todo va muy deprisa pero muy lento a la vez, como si el mundo no se detuviera pero nosotros dos sí.

—*Stai bene?*

Escucho la voz masculina. El corazón me va a mil por hora y aún así, esa voz me tranquiliza.

Intento volver a mis sentidos, sin éxito alguno.

—*Stai bene? È grave?*

Todavía me sostiene y cada vez noto más presente su mano en mi columna. Vuelvo la cara despacio y ¡ahí está!

¡Santo cielo! Es guapísimo. Ni siquiera creo que esté permitido ser tan guapo. No puedo dejar de mirarlo. Su belleza es muy distinta a la de otros hombres que me han llamado la atención en

algún momento de mi vida. Lo primero que veo son sus labios, carnosos, sensuales y, ¿por qué no? ¡Irresistibles! Lleva la barba recortada y una melena corta con aire fresco y desenfadada. Está bastante fuerte, aunque no el típico hombre de gimnasio que se pavonea por ahí luciendo musculitos. Lo sé porque mi mano izquierda sujeta su brazo musculado mientras me sostiene con firmeza.

—*Mi sono spaventato, stai bene?*

Este idioma siempre me ha fascinado y con su voz suena mil veces mejor.

Aún sigo embelesada observándolo. Sus facciones marcadas y el color de su piel tostada por el sol.

Hace todo lo posible para ponerme derecha y yo miro hacia el suelo para ver todo lo que se me ha caído. Sigo sin poder recobrar mis sentidos y sin responderle. Pensaré que soy una estúpida.

Se agacha a la par que yo para ayudarme a recoger las bolsas de tela donde llevaba las frutas y verduras que acabo de comprar en el mercado, pensando que me las ha tirado él sin querer cuando me ha golpeado. Justo cuando levanta la mirada para preguntarme, por enésima vez, si estoy bien... ¡ZAS! Su mirada se clava en mía. En mis ojos de azul océano humedecidos por las lágrimas que acabo de soltar y manchados de negro por el maquillaje. Sus hechizantes ojos claros como el color del agua del mar, que más que azules parecen grises al darles la luz del sol. Los mismos que, sin ser consciente de ello, se volverán adicción para mí.

Tan abrumada por todo lo que ha ocurrido me quedo sin saber qué decir. La cercanía que irradia y su preocupación me hacen sentir algo extraño. Nunca me había pasado algo así.

Solo puedo mirarle a los ojos mientras escucho embobada cuando me habla.

Y de nuevo, esa voz. Grave, cálida y dulce. Doy por hecho que podría hacer sentir seguro y a salvo a cualquiera.

—Sí, sí, estoy bien —consigo reaccionar al fin.

¿Pero quién es él? ¿De dónde ha salido? Lo contemplo con mucha atención como si quisiera estudiar cada rasgo de su rostro.

—Oh, ¡eres española! ¿Te he hecho daño? —vuelve a preguntarme realmente preocupado al mismo tiempo que se da cuenta que algo no va bien—. ¡Vaya! no llores por favor, no llores... no pensaba que te había dado tan fuerte, —una pequeña sonrisa de medio lado se dibuja en sus labios mientras su mirada intenta buscar la mía —¡lo siento mucho!

¡Alma, por favor, reacciona de una vez por todas! O este hombre pensará que eres completamente idiota.

—¡No, no ha sido culpa tuya! No tienes porqué disculparte. Soy yo la que me he quedado aquí en medio sin reaccionar entre tanta gente. Ha sido culpa mía, no te preocupes—. Sonríó mientras me coloco bien las bolsas en las manos e intento buscar un pañuelo en mi gran bolso para poder limpiarme el cuadro de cara que llevo. Solo de pensarlo me muero de la vergüenza.

¿Por qué nunca encontramos nada en él a la primera cuando más lo necesitamos?

—Y no, no estaba llorando por el golpe... Ojalá —vuelvo a sonreír.

—Vaya... espero que no haya sido por nada grave. Esos ojos son demasiado bonitos para verlos llorar.

Sin pensarlo acerca sus manos a mi cara, agarrándola por las mejillas y deslizándolas por debajo de mis ojos, limpiándose así el residuo negro que tengo bajo ellos.

Siento el calor de su piel rozándose. Y lo único que puedo hacer en este momento es abrir los ojos de par en par por el gesto que acaba de hacer e incrédula de que esté pasando esto. Un escalofrío me recorre el cuerpo, por toda mi columna vertebral. Una corriente eléctrica que no sentía desde hace mucho. Demasiado. Tengo sus ojos aún más cerca. Tanto que puedo verme

reflejada en ellos. Y vuelvo a sentirlo. Ese olor. Esa fragancia amaderada y cítrica. Y este es el momento justo en el que una parte de mi piensa “tierra trágame”, mientras la otra dice “no te conozco de nada, pero me quedaría en este momento para siempre”.

Es increíble como hay personas que sin conocerlas al estar frente a ellas es como si la conocieses de toda la vida. Entonces te sientes tranquila, en paz y hasta segura de ti misma.

—¡Muchas... muchas gracias! —tartamudeo—. Eres muy amable. Ya estoy mejor, de verdad, no ha sido nada—. Me limpio también todo el desastre y hago como si este momento no fuese el más extraño y romántico que he vivido en mi vida.

No sé qué me pasa, estoy súper nerviosa, tengo el vello de punta... no puedo dejar de mirarlo...

—Por cierto, soy Alma —consigo decir algo más para que no se percate de que aún sigo fascinada, y como una tonta, observándole. Le tiendo la mano a modo de presentación e intento romper un poco con este momento tan raro—. Alma Moreno.

—Hmm... Seguro que sí —y con esa afirmación me da a entender que sabe a la perfección lo que significa mi nombre—. Bonito nombre. Yo soy Alessandro, encantado—. Nuestras manos se juntan a modo de saludo haciendo que todo mi cuerpo reaccione ante su contacto.

—Un placer y... perdona —vuelvo a tartamudear. No sé qué hacer. Sigo distraída y no consigo volver al planeta tierra...—Bueno, gracias de nuevo. Debo irme.

—Claro. El gusto ha sido mío. Siento el golpe y espero que volvamos a vernos.

Ya, dándole la espalda me giro para ver si se ha marchado, pero no. Aún sigue ahí, inmóvil, con las manos en los bolsillos y una media sonrisa dibujada en el rostro que aún lo hace más atractivo, esperando a que yo desaparezca al torcer la esquina. Me hace un gesto con una mano para despedirse y le dedico una sonrisa algo avergonzada. Siento que me arden las mejillas. ¡Creo que me he ruborizado! Y me siento como una cría de quince años.

Nuestros ojos, definitivamente, se separan para no saber si se volverán a ver algún día.

Llego a casa por fin. Un apartamento en *Campo de’Fiori* lo bastante cálido para hacer de él mi hogar durante los meses que lo he alquilado. Es algo pequeño, pero tiene su encanto y, sinceramente, no necesito más. Una habitación más que aceptable, un baño con plato de ducha (en eso sí que echo de menos mi bañera), una cocina americana de lo más mona, un salón-comedor muy acogedor y la joya de la corona: un balconcito lo suficientemente espacioso para sentarme a leer un buen libro al atardecer y admirar cómo se pone el sol tras los tejados de los edificios gracias a estar en el último piso, repleto de macetas y desde donde alcanzo a escuchar cada mañana, a pesar de la altura, preparar café en la cafetería que hay justo abajo. Además, está muy céntrico y cuando me trasladé aquí tenía claro que quería algo así para empezar y ver que tal me desenvolvía en la ciudad.

Cierro la puerta al entrar sin saber muy bien qué ha pasado y totalmente desconcertada. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Me quedo helada y sin saber ni qué pensar. Suelto las bolsas en la barra de la cocina, guardo la compra en el frigorífico y caigo en la cuenta de que después de la llorera debo tener los ojos hechos un desastre. Voy directa al espejo del baño. ¡Madre mía! Hasta yo me asusto al ver el reflejo que me devuelve ese trozo de cristal. Con este calor infernal de verano que está haciendo en Roma, solo a mí se me ocurre no usar máscara de pestañas *waterproof*. ¡Y justo hoy!

Vuelvo a mirarme en el espejo. He olvidado la última vez que me vi, pero verme de verdad. Y no me refiero a lo físico.

Dejé de mirarme así cuando sentí que lo perdí todo y ya no me reconocía en el reflejo que me

devolvía el espejo. Cuando desperté aquella mañana y me vi, algo se había roto en mí.

Nunca, nunca, nunca, volví a verme igual.

Sin embargo, ahora es distinto y hoy sí hay algo que me gusta. Mis ojos brillan como hacía tiempo no lo hacían y el color azul océano se ha vuelto aún más intenso.

Me vienen a la mente imágenes del momento que acabo de vivir unos minutos atrás y mi corazón no para de latir, cada vez más fuerte, como si bombeara la sangre a toda velocidad...

No entiendo lo que está pasando ni lo que estoy sintiendo.

Saboreo algo parecido a la ilusión, aunque no estoy muy segura. Todo terminó para mí hace años y lo que yo siento como ilusión puede ser un desvarío.

Caigo en la cuenta de que no volveré a ver a ese hombre misterioso y siento un pinchazo en el pecho. Tan solo sé su nombre. Alessandro. Nada más. Ni un apellido, ni donde trabaja... Me siento la mujer más estúpida del mundo por no haberle pedido su teléfono. ¡Podía haberme inventado algo a modo de excusa! Sin embargo, al mismo tiempo me siento viva, sintiendo que mi corazón vuelve a latir después de tanto tiempo adormecido.

Un ruido ensordecedor vuelve a sonar y su melodía me saca de golpe de mis pensamientos.

Llamada entrante... Claudia.

—Alma, nena ¿qué tal estás? Llevo días queriendo llamarte pero es que no he parado con el curro... ¡Sorry! ¿Cómo te va por ahí? ¿Te has tirado ya a algún italiano buenorro? —se ríe.

—Claudia, tía que bruta eres —me río con ella.

—¡Qué! Llevas meses en esa ciudad y aún no has ligado ¿te parece eso normal?

—Clau, sabes que estoy prometida. Además no vine aquí para eso.

—Prometida, prometida... Venga, Alma por favor, todos sabemos por qué os casáis y déjame decirte, otra vez, que Rober es un capullo que no sabe valorarte. Que te ayudara o salvara, como te dé la gana llamarlo, de aquello cuando erais jóvenes no quiere decir que sea el amor de tu vida.

—Ya, pero le debo mucho. Mi vida no hubiera sido lo mismo sin él. Hemos vivido momentos muy bonitos y son muchos años juntos. No es tan fácil, Clau.

—Lo sé, lo sé mi niña... Ay, bueno, que yo te he llamado para ver cómo estás tú y no para hablar del imbécil de tu novio.

—Pues la verdad es que si que te tengo que contar una cosita de nada que me ha pasado hace un rato... —me río con picardía sabiendo que ahora mismo mi amiga estará subiéndose por las paredes para que no la deje con la intriga.

—¿Qué dices? ¿Y me lo dices ahora? ¡Alma Moreno... empieza a soltar por esa boquita de una vez por todas! —estallo de la risa al oírla.

—No sé muy bien por dónde empezar porque ha sido un momento... algo extraño y mágico a la vez.

—Alma, por favor, cuéntamelo ya que si no me va a dar algo.

—Vale, vale, te cuento—. Intento calmarle esa ansia que tiene por enterarse de todo. Siempre ha sido la más cotilla del barrio—. Me he chocado con un chico cuando venía de hacer la compra. Bueno, más bien, se ha chocado él conmigo. Parecía que tenía prisa porque estaba bastante agitado. Me ha dado un buen golpe en el brazo haciendo que casi me caiga. Si no llega a ser porque él ha reaccionado súper rápido y me ha cogido, me hubiera ido al suelo de una forma un tanto bochornosa. Clau, te prometo que era el hombre más guapo, sexi y tierno que he visto jamás.

—Alma ¿qué estás diciendo? Me estoy quedando muerta. Pero, pero, pero... ¿ha pasado algo más? ¡OMG!

—Sí. No. La verdad es que no mucho más. Ha pasado todo justo cuando acababa de tener una conversación con Rober. Yo estaba llorando porque me había dicho que en unos días vendrá para que estemos juntos y volvamos los dos a casa. ¡Así que imagínate como estaba! Conociéndolo se presentará aquí, incluso, antes de lo previsto.

—¡Será capullo! No tía, no puedes hacerlo. Este es tu sueño desde hace muchos años y no puedes hacer lo que él diga y cuando diga. Esta misma tarde voy a su oficina y le digo cuatro cosas al gilipollas petulante de...

—No, no Claudia, déjalo estar —la interrumpo antes de que siga insultando—. No hace falta, de verdad. Si quiere venir, que venga. Creo que ya va siendo hora de que hablemos seriamente y mejor que sea cara a cara. El caso es que...

—Eso, sígueme contando ¡que intriga madre mía! —suelta eufórica. No me hace falta verla para

saber que estará con el manos libres, sentada en una esquina de su sofá con una copa de vino blanco en la mano mientras lucha contra ella misma para no morderse las uñas de la otra mano al escuchar toda la historia.

Me río con tan solo saber lo emocionada que está. Es mi mejor amiga y la quiero muchísimo. Siempre hemos sido tan diferentes... aunque creo que ese ha sido la verdadera razón de nuestra amistad. Como lo que se suele decir de “los polos opuestos se atraen”. Quizás por eso nuestra amistad ha durado tanto. Ella rubia, yo morena. Ella con ojos marrones, yo azules. Ella muy alta, yo con una estatura media tirando a baja. Ella alocada, yo más centrada. Ella vivía al límite, yo... tal vez me pensaba demasiado las cosas. Pero es que nuestras vidas eran muy distintas y a veces las situaciones y los hechos que nos ocurren nos hacen ser así. Ella Lo vive todo tan intensamente que a veces siento envidia. No de la mala, está claro, pero envidia al fin y al cabo, al saber que nunca más volveré a emocionarme de esa manera con nada. Ojalá me pareciera a ella de vez en cuando.

Todo en mi vida ha sido siempre tan perfecto. Cada paso que iba a dar tenía que estar totalmente controlado. Mi vida... nuestra vida, tenía que ser impecable. Excelente. Sin cometer errores y así poder aprender de ellos. Todo bajo control. Incluso mi futuro matrimonio parece que será igual que el resto de mi existencia; una cárcel sin rejas aparentes donde no se me permita tener mis propias caídas y disfrutar de mis méritos, mis propios pensamientos y vivir. Simplemente vivir.

—Cuando nos hemos chocado, he sentido una conexión que jamás había sentido con nadie. No podía moverme, como si el centro de la Tierra me atrajera hacia ella. El corazón lo sentía en la garganta. Su voz me ha cautivado y cuando lo he mirado... me he quedado fascinada con esos ojos. En ellos podía leer la palabra hogar. ¡No me preguntes por qué! Pero lo he sentido, Clau. El calor de su cuerpo me ha hecho sentirme segura. A salvo, de verdad.

—Ay, Alma...

—Y, además... yo tenía los ojos con todo el maquillaje corrido por haber llorado y no encontraba un puñetero pañuelo en el bolso para limpiarme. ¿Sabes lo que ha hecho?

—¿Qué ha hecho, tía? Cuéntamelo ya del tirón que me va a dar un síncope. ¡Te lo juro!

Me da la risa nerviosa. Ésa que hace que te sacuda todo el cuerpo y te echas a sudar. Noto como me tiembla la voz recordando ese momento.

—Clau... me ha secado él mismo las lágrimas y me ha limpiado el resto de rímel con sus dedos. Sigo flipando con que un desconocido haya hecho eso. Tampoco me he fijado dónde se ha limpiado después con todos los dedos manchados de negro. Creo que le ha dado igual. También me ha dicho que no debería llorar, que mis ojos eran demasiado bonitos para que estuvieran tristes.

Suelto un suspiro, como si por fin pudiera coger aire y respirar como de costumbre.

Nunca he vivido un momento así. Ni cuando Rober y yo éramos jóvenes y empezamos a salir. Cuando se supone que todo te hace especial ilusión, sientes mariposas en el estómago y sabes que sin esa persona no podrías vivir. Con Rober fue todo tan... diferente.

—Muerta. Me quedo muerta... Alma, tía. O sea. Increíble. ¡Pero qué bonito, y romántico! Y... y... y... ¡Parece sacado de una película! ¿Cuándo os volvéis a ver? ¿Cómo se llama?

—Se llama Alessandro... Y... no, no nos volveremos a ver.

Un sentimiento de tristeza invade mi cuerpo, mi mente y mi corazón.

—¿Cómo que no os vais a volver a ver? No entiendo.

—Sí, solo sé su nombre. Nada más. Ya te digo que todo ha pasado muy rápido. Él solo se preocupaba de que yo estuviera bien por el golpe y yo estaba tan embobada observándole que no

podía reaccionar. Cuando he vuelto en sí, solo nos hemos presentado y le he dicho que debía irme.

No sé, ¿qué quieres que te digas? me he puesto tan nerviosa que... no sabía cómo reaccionar. Cuando me he girado aún seguía mirándome, sonriéndome. Nos hemos despedido a la distancia y... Eso es todo.

—¿Cómo que eso es todo? No puede ser, Alma. ¿No lo ves? Ese chico es tu ángel de la guarda, como caído del cielo. Justo en el momento en el que te pasa eso con Rober, en este preciso momento de tu vida... pero cariño ¿de verdad que no lo ves?

Admiro a esta mujer, en serio. De las dos, siempre ha sido la que más ha vivido, se ha dejado llevar, la que ve más allá de las cosas, la que cree en el destino y esas chorradas, la que piensa fervorosamente que una puede tener su propio cuento y con final feliz, y la que cree en los milagros. Sin embargo, yo no. No después de lo que viví. Ojalá yo viera las cosas como ella. Sencillamente, no puedo. Cuando asoma un ápice de felicidad en mi vida, llega algo que lo ensombrece para recordarme todo lo pasado y darme de bruces con la realidad.

En gran parte estoy aquí gracias a ella. Clau fue quien me animó a que cumpliera mi sueño y luchara por él. Sabía lo que significaba para mí venir a este país. A esta ciudad. Ella fue la que me regaló el billete de avión por mi cumpleaños a pesar de la negativa de Rober, y sólo de ida. Si estoy aquí, en la *Città Eterna*, es por ella.

—No veo nada, Clau. Ha sido algo extraordinario, no lo niego, pero eso no quiere decir que este chico haya aparecido de la nada para salvarme la vida. Eso solo existe en los cuentos y en esas películas románticas de Netflix que tanto te gustan y en las que tú misma te montas en tu cabecita. La realidad es que no lo volveré a ver nunca y desde luego no ha aparecido de la nada para salvarme la vida ni nada por el estilo.

—Alma, sabes que te quiero y que quiero lo mejor para ti. Las dos sabemos que tu relación con Rober está más que muerta y que para nada es el amor de tu vida. Tienes que empezar a creértelo. Eres una mujer maravillosa y que vale oro. Y no te lo digo porque sea tu amiga, lo pensamos muchos. Es más, sabes que hasta Rober lo piensa, por eso quiere atarte a él. Te mereces vivir tu vida y no ser la sombra de ningún hombre. Te mereces ser feliz después de todo lo vivido y te mereces un amor de verdad.

—Ya bueno... yo también te quiero, Clau —pensar en todo esto me está dando dolor de cabeza—. ¿Te importa si hablamos en otro momento? Quiero darme una ducha y refrescarme un poco. Intentaré descansar algo antes de salir. He quedado esta noche para ir a cenar con Giulia. Te hablé de ella ¿te acuerdas? la chica que conocí en el aeropuerto al venir aquí.

—Sí, claro que me acuerdo. Por lo que me has contado de ella me cae genial. Ya estoy deseando conocerla.

—Cuando vengas quedaremos con ella. ¡Con todos! Son increíbles y te van a encantar.

—¡Ojalá nos veamos pronto! Disfruta mucho esta noche ¿vale? Y piensa en lo que te he dicho, por favor. Ya es hora de que vivas tu vida. ¡Ya me contarás! Un besito.

—Lo haré. Un beso.

Cuelgo el móvil y lo tiro al sofá. Suelto un suspiro y me llevo las manos a la cabeza sin saber qué hacer con mi vida. En parte sé que Claudia lleva razón, pero es tan difícil salir de un pozo tan profundo que a veces decides quedarte cómo estás por miedo a lo que hay fuera y sufrir un poco más.

Voy directa al baño, me apetece una ducha fresquita después de todas las emociones vividas. Abro el grifo y escucho el agua caer. Ese sonido siempre me ha parecido tan relajante y a la vez

tan sanador. Como si el agua pudiera llevarse consigo todos y cada uno de los problemas y esos recuerdos amargos.

Me desvisto y tiro el vestido en el bombo de la ropa sucia. Me meto en la ducha y siento el frío en mis pies. Consigo regularlo para que no salga tan fría. Dejo que el agua resbale por mi cabeza y caiga por todo mi cuerpo. ¡Cuánto necesitaba este momento! Estaba súper sudada por todo lo vivido y el calor pegajoso de esta ciudad. Echo la cabeza para atrás para sentir el agua en la cara, cierro los ojos y dejo volar mi imaginación. Esa que siempre va por su cuenta y decide que no puede evitar volver a ese golpe. Ese golpe con el hombre más guapo y sexi que he visto jamás. No puedo olvidar sus brazos. Ni sus manos. Ni sus labios. Ni el color de su pelo, castaño medio con reflejos dorados. Ni su olor... Y su mirada. Esa mirada que me ha cautivado por completo.

Me enjabono el cuerpo. Huele a jazmín. Vuelvo a cerrar los ojos y por un instante fantaseo, como si mis manos fueran las de él y pudiera sentir su calor, el roce de sus dedos por mi espalda acariciándome... y de repente, el timbre del portero me devuelve a la realidad. Varias veces, por cierto. Con insistencia.

¡Mierda! ¿Se puede saber que estoy haciendo?

Salgo de la ducha corriendo, con cuidado de no resbalarme, cojo la toalla y me la lío alrededor del cuerpo. Voy corriendo al porterillo para abrir la puerta. Cuando llegué a Roma cambié la dirección para que todas las cartas y paquetes me llegaran aquí, ya que no sabía cuánto tiempo iba a quedarme.

Soy una tonta por pensar en otro hombre... No está bien.

Es el cartero. Abro la puerta y lo primero que veo es un señor bajito y calvo, con cara de tener pocos amigos y con un sobre en las manos. Lo segundo, son sus ojos abiertos de par en par al ver la guisa en la que he abierto.

—¿Qué ocurre? Me ha pillado en la ducha... —sonrío con retintín.

Me dedica una mirada de reojo y sin decir adiós, se marcha.

—*Grazie, ciao* —alzo la voz aun sabiendo que ya no me oye.

Cierro la puerta, miro la carta y no puedo evitar emocionarme por lo que contiene en su interior. Quiero abrirla, de verdad. Sin embargo el miedo a que no sea lo que espero hace que me eche para atrás. Dentro de este sobre están los papeles para saber si debo volver a España o puedo quedarme aquí. Por lo que, de momento, me niego a abrirla ahora. La dejo encima del mueble de la entrada y voy a la ducha para terminar de lavarme el pelo y ponerme cómoda.

Me desenredo el pelo y me lo dejo secar al aire. Ya tendré tiempo de arreglarme después. Me pongo una camiseta ancha de algodón y me aplico una bruma fresquita con olor a rosas en la cara. Voy directa a la cocina para hacerme algo de comer. ¡Estoy hambrienta! Aunque no tengo muchas ganas de cocinar algo muy elaborado por lo que me preparo algo rapidito y saludable porque sé que esta noche cuando salga a cenar con Giulia terminaré pidiendo pasta o pizza. ¡La comida en Italia me vuelve loca! En esta ciudad está todo tan rico que me pone muy difícil el tener que seguir una dieta que me haga mantener el tipo. Aunque, agradezco que no esté aquí mi prometido para controlar toda la comida que me llevo a la boca y, así, poder deleitar a mi paladar con cada plato que pruebo.

Creo que desde que llegué aquí he cogido algo más de peso. Pero ¿sabes? Me da exactamente igual.

Me dispongo a sacar un poco de lechuga del frigorífico, tomates *cherry* y algunos ingredientes más para prepararme una ensalada variada. Me siento en el sofá y busco el móvil entre los cojines. Intento ponerme al día con el perfil de Instagram, ya que desde que me mudé lo tengo algo abandonado. No he pasado por mi mejor momento. Estaba, y estoy, tan perdida y abatida que lo que menos me apetecía era seguir compartiendo nada. Aún así tengo que estar al día con el trabajo. Cientos de mensajes ocupan la bandeja principal. Los iré leyendo poco a poco.

La verdad es que me alegro de haber redirigido mi camino profesional hace años. Estaba claro que la abogacía no era para mí. Cuando le conté mis planes a Rober no quería entenderlo, pero al final conseguí que, aunque sólo fuera eso, dejara que tomase mi propia decisión. Desde pequeña me había gustado todo el tema de organización de bodas. Soñaba con ser una gran *Wedding Planner*, hacer de ese día el más especial para los novios y pensar en todos los detalles. Es todo un proceso desde que contratan mis servicios hasta que llega el gran día y me encanta formar parte de ese periodo. Es un trabajo muy dinámico y cada enlace es muy distinto. He conocido a parejas increíbles que, gracias a mi experiencia y a mi gran equipo, quedaban maravilladas ante el resultado de aquello a lo que le habíamos dedicado tantos meses de trabajo. ¿Hay algo más bonito que celebrar el amor? ¡Es tan mágico! Además, el cariño y la dedicación que ponía en cada organización les daban el valor que mis novios necesitaban. Y ellos preparaban, junto a mí, sus bodas con gran ilusión.

Cuando ocurrió aquello hace años me sentí tan perdida que no sabía que camino escoger. Me dejé coaccionar por una familia cuyo hijo me había salvado la vida y sin quererlo me sentía en deuda con ellos.

Cada vez tenía más claro que tenía que haberle hecho caso a mi madre en más de una ocasión. Ahora es tarde. No está conmigo. Ninguno está conmigo. Me siento tan sola sin ellos. Sé que me cuidan desde el cielo, porque no tengo ninguna duda de que ellos están allí, aunque dejara de creer en seres superiores en algún momento. En parte, si estoy aquí, también es por ellos. Por ella. Mi madre hubiese querido que luchara por mis sueños.

Contesto varios *mails* que tengo pendientes desde hace semanas mientras me limpio la boca toda llena de aceite por la ensalada.

Navego por las redes un rato y veo tantos perfiles mostrando que todas sus vidas son perfectas, idílicas... Puf ¡qué lástima! Muchas de las chicas a las que sigo las conozco en persona y son un

encanto, y la mayor parte del tiempo se muestran en redes como lo son en su vida real. Sin embargo, otras tantas las veo como una auténtica quimera; queriendo aparentar una cosa, vendiéndonos la felicidad como si no hubiera nada más en torno a ella... Sí, en este mundillo de internet hay mucha falsedad, competencia y mucha envidia. Es muy fácil dejarse llevar por esos sentimientos y lo que pensamos que es para bien puede volverse en nuestra contra. Hay que tener cuidado con no dejarse llevar por todo lo que vemos y saber dónde está la línea que separa la realidad de lo que no es. Las redes sociales, si se saben usar bien, pueden ser algo maravilloso, pero si no pueden ser algo mortal.

Aprovecho para organizar toda la agenda y ver todo el trabajo que anulé para venirme aquí. Una gran parte de mí echa de menos todo eso. Disfrutaba tanto con ello. Era mi modo de evadirme de la realidad y preparaba cada detalle de la boda que tenía que organizar como si fuera la mía propia. Hice todo lo imposible por dedicar mi cuerpo y alma a ello y destacar entre las demás. Quizás por eso siempre tenía una larga lista de novias, y novios también, que solo me querían a mí para preparar su gran día.

Sin la ayuda de nadie conseguí ganarme un nombre y era de las mejores. Y, aunque ahora esté aquí, quiero seguir siendo esa chica.

Hacía años que no me cogía vacaciones, porque eso era motivo de viajar a cualquier parte del mundo con Rober y no me apetecía. Siempre intentaba agendar todas las bodas posibles para mantenerme ocupada. Solo me tomaba unos días cuando mi prometido tenía que salir de viaje por negocios. Aprovechaba para salir a cenar o a tomar alguna copa con Clau y nuestros amigos. Esos momentos eran mi propio remanso de paz en todo el caos que tenía por vida.

En estos últimos años, el tener que pasar tiempo juntos me creaba mucha más ansiedad de la que ya tenía. Me agobiaba el hecho de tener que estar siempre a su altura. A la altura de su familia. Rober, y todo lo que lo concierne, llega a cansarme mentalmente de una forma abismal. Por lo que este viaje me ha venido genial para poder desconectar de todo y darme un tiempo. Llevo años rota. Rota por dentro y no he sabido verlo. Si hay algo que aún me mantiene en pie son los recuerdos; los más valiosos, los que me hicieron sentir viva. Esos... siempre, siempre, siempre se quedarán conmigo.

Cuando Clau me hizo ese regalo, sabía que era el momento para dar el paso. Probablemente, entendía que de no ser así, jamás sería capaz de hacerlo. Me conoce demasiado bien. Ella es la hermana que nunca tuve.

Dejo el móvil a un lado, intento no pensar en nada más y me termino la ensalada. Me tumbo en el sofá con las piernas en alto y miro al techo. Cómo no, mi imaginación vuelve a hacer lo que le da la gana y empieza a divagar. Me viene un pensamiento tras otro. No sé que me está pasando, pero desde que he tenido ese encuentro con ese chico no puedo dejar de pensar en él. No sé para qué le doy tantas vueltas a la cabeza y estoy tan obsesionada si no sé ni quién es. Y lo más importante, no lo volveré a ver jamás. Pero... es que... esos ojos eran de otra galaxia. Su mirada me ha transmitido mucho más en esos minutos que Rober en toda nuestra vida. Y su olor... madre mía...

“Lo estás volviendo a hacer, Alma. Deja ya de inventarte una vida paralela en tu mundo de fantasía. Así te haces daño. Tienes que afrontar tu vida de una vez y saber qué quieres y a quién quieres.” Me digo en voz alta presionando mis dedos en la sien creyendo que así me haré caso de una vez por todas.

Vuelvo a recordar momentos de mi infancia, la adolescencia y de mi juventud. Tantos recuerdos bonitos que quisiera volver a vivir. Los guardo grabados en mi mente y en mi retina como si de un tesoro se tratasen. Sin embargo, aquella noche siempre la tendré presente. Esa

mancha que no me deja avanzar nunca y me oprime el pecho. Hay algo que siempre intento recordar y no puedo. ¿Por qué? Sé que hubo algo más, pero una nube gris y el miedo por revivirlo esconden cualquier detalle.

Ese dolor tan profundo en el pecho. Impotencia. Un grito que no puedes soltar y un nudo, un nudo que se hace cada vez más grande y no me deja sentir más allá.

Sin darme cuenta cierro los ojos y caigo en un sueño profundo. Yo, a la que tanto le cuesta echarse una siesta. Hace meses que tengo insomnio y me cuesta dormir por las noches. Demasiadas cosas rondándome la cabeza.

Pasan las horas y está atardeciendo. Suena el móvil. Me despierto sin saber muy bien dónde estoy. Algo aturdida. ¿Qué hora es? ¡Oh no, me he quedado dormida! Pero, ¿cuánto he dormido? Es imposible. Veo las llamadas perdidas. Son de Giulia. Cientos de mensajes de Whatsapp. No tengo tiempo de leerlos ahora. Espera, espera, este sí. El de Giulia. Uf, menos mal, ha escrito para decirme que se retrasará un poco. Eso me da margen de tiempo para arreglarme. Voy directa al baño y me echo agua en la cara para refrescarme y así despejarme un poco. Hacía tiempo que no me echaba una siesta así.

Me lavo los dientes y empiezo a maquillarme, aunque no me hace falta mucho maquillaje. Tengo la piel muy bronceada de todos los días que he ido a la playa con Giulia y sus amigos. Me pongo un poco de corrector de ojeras, colorete, *eyeliner* y máscara de pestañas. En los labios... esta noche me apetece venirme arriba. Sentirme guapa y sexi, así que me los pinto de color rojo mate y, por supuesto, fijo. Me encantan mis labios y el rojo me sienta de escándalo. La verdad es que pocas veces me miro en el espejo para piropearme a mí misma, pero hoy es diferente. Me veo preciosa y con un brillo especial.

Abro el armario de la habitación y decido qué ponerme. Quería ir sencillita, pero al verme los labios rojos decido cambiar de *outfit*. Escojo un vestido largo negro de satén, de tirantes muy finos y con una apertura lateral hasta el muslo que hace que me vea más esbelta, elegante y atractiva que nunca.

Desde que estoy aquí no me pongo este tipo de prendas porque me recuerdan a todas las noches que salíamos Rober y yo a cenar. Anhelaba vestirme así y caigo en la cuenta que cuando lo hacía no era por él, sino por mí. Eso era algo que jamás dejé que contralase. Siempre vestía como me placía, a pesar de sus miradas incendiarias y sus quejas constantes.

Me calzo unas sandalias de tacón. Sí, no es muy buena opción para andar por las calles adoquinadas de Roma, pero me apetece y mucho. Por último, un poquito de mi perfume favorito, *Idôle* de Lancôme. Siempre he tenido muy buen olfato para los aromas y este me define a la perfección. Las notas de salida son pera y bergamota, las notas de corazón son rosa turca, rosa de Mai y jazmín de la India y las notas de fondo son almizcle blanco y vainilla.

Ahora sí, ya estoy lista. Cojo el bolso, la cartera, las llaves, el móvil y salgo por la puerta.

En cuanto pongo un pie en la calle noto una leve brisa en mi cara. Hace una noche perfecta de verano. Me alegro de haber elegido esta zona para vivir, está todo bastante cerca y siempre me ha gustado ir andando a los sitios.

Voy bien de hora. He quedado con Giulia en un restaurante cerca. Voy paseando tranquilamente y disfrutando de la noche tan preciosa que hace. El cielo está totalmente despejado y la Luna luce enorme y brillante, alumbrando toda la ciudad. Las calles están repletas de gente. Turistas haciéndose fotos por doquier, parejas de enamorados comiendo helados, artistas de todo tipo expresando su arte...

Todo está iluminado y en cada esquina suena una melodía distinta.

Llego al restaurante y como de costumbre, soy la primera. Si hay algo en lo que destaco es en la puntualidad. La espero sentada a la mesa que me señala el camarero y mientras llega pido una copa de vino tinto, *Montepulciano D'Abruzzo*, de los más ricos que he probado aquí. El camarero me pregunta si voy a cenar sola o tendré acompañante. Le digo que sí, que estoy esperando a alguien. El mesero, al ver mi atuendo y fijarse en mis labios, suelta una sonrisa de picardía y me dice que el hombre que me acompañe tendrá mucha suerte de cenar con una “*bellísima*” como yo. Si hay algo que caracterizan a los italianos es su labia y zalamería, no os quepa duda. En parte me siento halagada, pero la Alma fría y que no se cree nada de nadie sale a relucir. Le contesto algo malhumorada, con una sonrisa forzada y con sarcasmo.

—No. Espero a mi amiga —me mira sin saber qué decir, hace un gesto con la cabeza y se retira. Quizás me he pasado, creo que sí. Él tan solo quería ser amable. “Ay Alma, echa el freno, no seas tan borde, tienes que relajarte”, me digo a mí misma moviendo la cabeza de lado a lado.

Pasan los minutos y Giulia no llega. Empiezo a preocuparme. Saco el móvil del bolso y la llamo para ver cuánto le queda.

Un pitido, dos pitidos, tres pitidos...

—Giulia, cariño ¿estás bien?

—¡Alma! Lo siento *amore*, he intentado llamarte pero tengo los ojos de mi jefe clavados en la nuca. Aún quiere que termine un par de cosas. Me va a ser imposible ir. ¿Aún no has salido de casa verdad?

—Ya estoy en el restaurante —contesto—. No pasa nada, tranquila, son cosas que pasan. No te preocupes, de verdad. Creo que ya que estoy aquí cenaré algo. Me vendrá bien dedicarme este tiempo para mí.

—Jo, lo siento mucho. No me ha dado tiempo a avisarte. Intentamos quedar mañana y hacemos algo divertido ¿vale? Lo siento, lo siento, lo siento.... ¡Perdóname!

—Que sííí, no te preocupes, de verdad. Hablamos pronto y ten cuidado cuando salgas. Envíame un mensaje cuando llegues, así me quedará más tranquila.

—Vale, *amore*. Tú igual y disfruta la cena. *Ciao, ciao*.

Cuelgo y miro alrededor para llamar al camarero.

—Finalmente cenaré sola.

—¡Ok, *signorina*! Le traeré la carta enseguida.

El camarero se va y cuando miro al frente mi corazón se dispara y mis ojos casi se salen de sus órbitas. ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Es él!

No puedo creer lo que ven mis ojos. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Lo tengo justo delante de mí, sentado en otra mesa y no lo había visto. En el momento en el que el camarero va a por la carta me mira y cuando va a apartar la mirada se da cuenta de que soy yo; la chica con la que se ha topado esta mañana. No sé dónde meterme. Un cosquilleo recorre todo mi cuerpo, desde las puntas de los pies hasta la cabeza. La piel de gallina nuevamente. Está tan guapo, tan atractivo. Incluso más que esta mañana.

Lleva unos pantalones de pinza en color gris marengo y con un dobladillo, *sneakers* blancas y camisa blanca muy ligera y remangada. Solo lleva unos cuantos botones de la prenda abrochados dejando entrever su pecho, bastante bronceado y muy musculado.

Me dedica su sonrisa de medio lado cuando se cerciora de que soy yo y le devuelvo la sonrisa levantando la copa de vino para llevármela a los labios y darle un sorbito. Siento que quiero desaparecer, pero en el fondo estoy agradecida por este momento. Las palabras de mi amiga me martillean en la cabeza: “es tu ángel de la guarda... en este preciso momento...”

¡No digas tonterías, Alma! Espabila de una vez.

Se levanta muy decidido de la mesa y le dice algo al hombre que lo acompaña. Este se gira para ver quién soy yo. Me saluda con un movimiento de cabeza, le da un codazo a su amigo y le dice algo que no alcanzo a escuchar. Su amigo saca varios billetes y se los deja al camarero en la mesa, mira su reloj, se despide de él dándole un apretón en el hombro y se marcha.

Alessandro se está acercando a mi mesa y yo cada vez estoy más nerviosa. Aunque hago todo lo posible para que no se me note.

—*Ciao!* Qué coincidencia volvernos a encontrar —su alegría me desconcierta un poco. ¿Habrás sentido lo mismo que yo esta mañana? Ni de coña... ¿cómo puedes pensar eso Alma?— ¿Éstas esperando a alguien?

—Estaba... no ha podido venir al final —contesto cariñosamente.

—Pues mejor ¿no? A veces las cosas ocurren por algo ¿no crees?

—Y tanto que sí —le dedico una sonrisa y me siento súper agradecida al destino o a lo que sea por regalarme este momento. Quizás así pueda conocer mejor a este chico tan misterioso y saber porqué me siento así con él.

Aunque no puedo evitar acordarme de Rober y pensar que no esto no está bien. Si me viera aquí hablando con un hombre así le entrarían los siete males. Seguramente montaría un espectáculo. Pero, tampoco estoy haciendo nada malo ¿no? Somos dos personas adultas que se han conocido esta mañana y que ahora van a seguir conociéndose.

—¿Te puedo acompañar? —apoya su mano en la silla para apartarla.

—Claro, claro que sí. Siéntate, por favor —es escuchar su voz y me olvido de Rober, de lo que pensaría y me olvido del mundo entero.

—¡Gran vino! De los mejores que hay —afirma muy orgulloso sosteniendo la botella a la vez que lee la etiqueta—. ¡Una copa, *per favore!* Tomaré lo mismo que la *signorina*—. Pide al camarero y continúa hablando. —Verás, te parecerá una tontería, pero esta mañana cuando te vi me resultaste familiar. Sé que no te he visto antes, nunca me olvidaría de alguien como tú, pero hay algo en ti que... además tu nombre... —presiento que quiere decirme algo más concreto y no se atreve.

Oh, Dios mío... cada vez estoy más alterada. Yo he sentido lo mismo y no sé como decírselo, no quiero parecer una paranoica. ¿Qué pensaría de mí si le suelto algo así?

Suelo entablar muy bien las conversaciones, pero con él se me corta la respiración y no puedo pensar con claridad. ¡Que no se te note Alma! Respira hondo, suéltate, sé tú misma y déjate llevar. ¡Haz caso a Clau!

—Pues no te lo vas a creer, pero me ha pasado lo mismo.

—¡Vaya! —eleva las cejas sorprendido y llevándose una mano a la nuca—. Pues es un alivio, porque creía que me estaba volviendo loco —suelta una carcajada ronca y ese simple sonido hace que toda yo arda por dentro.

Empezamos a hablar y a interesarnos un poco sobre el otro. Me explica que vive fuera de Roma, en un pueblecito de la Toscana, pero que ha venido un par de días para solucionar algunos papeles de su familia. Yo le cuento un poco sobre mi vida, que organizo bodas en España y que mi sueño sería trasladarme aquí. Siempre quise vivir en Italia. Al menos durante una temporada y vivir la experiencia. Le hago saber que Roma me fascina desde pequeña y que tiene “un no sé qué” que me engancha. Aunque me encantaría conocer aún más el país y visitar algunos de esos pueblecitos con tanto encanto.

—Me gusta mucho estar aquí. Me gusta la gente, la cultura... Siento que no hay prisa con nada aunque la vida vaya muy rápido. No sé, en Madrid todo es frenético, siempre vas a toda velocidad, haciendo mil cosas, pero a la vez no tienes tiempo de hacer ni la mitad de lo que quieres. La ciudad te consume y nunca descansa.... Aquí siento todo lo contrario... Y bueno, la comida... ¿Qué voy a decirte de la comida? es deliciosa, es... arte. En esta ciudad todo es arte —suelto una carcajada a la par que cojo con el tenedor un puñado de *taggliatelle con pesto alla calabresse* que acabo de pedir—. La verdad es que esto me hace feliz, pero no sé cuánto tiempo más podré quedarme. Quizás pronto tenga que volver a mi vida allí, a lo de antes... —se da cuenta que lo digo en un tono menos animado que el resto de la conversación y con un semblante más triste.

—Pues brindemos porque no sea así y ojalá algún día sientas cuál es tu hogar —levanta un poco la copa acercándola a la mía, nos miramos con complicidad y brindamos de nuevo.

Seguimos hablando durante horas y horas. He perdido la cuenta de las copas de vino que llevo. Espero no arrepentirme después, el alcohol no es que me siente precisamente muy bien... No soy realmente consciente de lo rápido que pasa el tiempo. Hablamos de todo. De trabajo, de nuestras vidas, de la arquitectura en esta extensa ciudad cosmopolita, de su cultura... de la vida en general. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien y disfrutaba de cada segundo.

Cuando salía con Rober en Madrid, a comer o a cenar, apenas hablábamos. La gran parte del tiempo que pasábamos juntos en algún restaurante lujoso, de esos con unos diseños impecables y tan modernos en los que un simple bocado te tiene que bastar para tener el estómago lleno, se la pasaba pegado al móvil o intentado impresionar a algún cliente.

Casi están cerrando el local y el camarero no sabe como echarnos. Se acerca para ver si queremos algo más y viendo lo tarde que se ha hecho, Alessandro se adelanta y pide la cuenta.

—No, no hace falta que pagues tú, podemos pagar a medias— no quiero que piense que esperaba que me invitase y me sabe mal.

—Ni hablar. ¡Invito yo! —saca su cartera.

—De acuerdo, ¡pero otro día invito yo, eh! —sonrío, algo achispada por el alcohol, apuntándole con el dedo y haciéndole ver que me gustaría que nos volviésemos ver —¡O mejor aún! ¡Te invito a un helado! ¿Te apetece? —la alegría me desborda.

—Me parece genial.

—Aunque... no sé si habrá algo abierto a estas horas —me encojo de hombros.

—Pues dejémonos llevar —me dedica su sonrisa perfecta.

Caminamos juntos sin ningún rumbo fijo. Se nota que no queremos irnos a casa y, mucho menos, separarnos. La noche es espléndida y la ciudad deslumbra a nuestro alrededor.

—La luna brilla más que nunca —suelto sin más cuando llevamos un rato en silencio y no sé muy bien cómo seguir hablando con él. De hecho el silencio que nos rodea no es incómodo. Me siento muy a gusto con su compañía, como si nos conociéramos de toda la vida y nouviésemos que llenar el silencio con palabras vacías. No me resulta extraño tenerlo a mi lado. Y viéndolo de ese modo... ¿Se puede saber por qué hablo sobre la Luna? no creo que sea la mejor forma de seguir con una conversación. Durante este rato que hemos pasado juntos he podido ver que es un chico sereno, pero también divertido, inteligente y... guapo a rabiar, salta a la vista a cualquiera que lo mire. Vuelve a dibujar una pequeña sonrisa de medio lado mirando hacia el cielo antes de secundar la afirmación que acabo de hacer.

—La verdad es que sí. Tiene magia ¡como tú! —dirige su mirada a la mía con dulzura.

¿Qué ha sido eso? Me va a dar algo. ¿Está flirteando conmigo? No sé qué contestarle. Me ruborizo y no sé cómo reaccionar. Me arde toda la cara y pido por favor que no se haya dado cuenta de que mis mejillas han adquirido un tono rojo bastante llamativo.

Hacía tanto tiempo que no me decían algo así.

Sin embargo, sí que lo hace. Se da cuenta a la perfección de mi mutismo y que estoy un tanto nerviosa.

—No te sonrojes, mujer... —se acerca aún más a mí mientras seguimos andando y me da un leve empujoncito con su hombro —no he dicho nada que no sea verdad. Lo pienso desde que te cruzaste en mi camino esta mañana.

—Pues... gracias —respondo avergonzada llevándome un mechón de pelo tras la oreja. ¿Qué se supone que le tendría que decir? No me esperaba que me soltara eso—. Qué bonito que pienses eso de mí sin apenas conocerme.

—Sé que no me equivoco. Tengo buena intuición —se detiene y se agacha levemente para estar a mi altura—. Tienes magia, me lo dicen tus ojos.

Silencio. Escalofrío. Todo se vuelve a parar y solo estamos él y yo. Este coqueteo tonto provoca que no consiga que me salga la voz. Se ha perdido en algún rincón de mi garganta junto a los nervios que siento y el cosquilleo que nace en mi estómago.

—Ven, sé donde puedes invitarme a ese helado —me agarra de la mano y me arrastra con él. Sus dedos se entrelazan con los míos y, por unos segundos, me quedo mirando ese gesto y punto de unión y pensando en lo que me transmite su contacto. Nuestras manos encajan a la perfección. Puedo sentir de nuevo su calor. El mismo que he sentido esta mañana cuando me sujetaba por la espalda y cuando rozaba mis mejillas con sus dedos. Siento que floto. Creo que iría al fin del mundo con este hombre en cualquier momento. Mi mente empieza a alejarse de nuevo de la realidad y me vienen millones de pensamientos. Otra vez lo estoy haciendo... ¡Alma, vuelve al planeta Tierra! Reacciona...

Nos adentramos por un callejón hacia una heladería escondida y que al parecer Alessandro conoce muy bien por el trato que tiene hacia los dueños. Ya habían cerrado y la persiana estaba a medio bajar, pero se ve que Alessandro sabe cómo ganarse a la gente y minutos después estamos disfrutando de dos *gelatos* de pistacho con una pinta increíble. Aquí los helados son de otro mundo, me pasaría la vida comiéndolos.

Seguimos andando por los callejones mientras comemos y hablamos. El tiempo pasa tan rápido a su lado. ¿Por qué? No lo entiendo. No quiero que acabe esta noche.

Empiezo a sentir un dolor punzante en la planta de los pies, estas sandalias me están matando. Ya no puedo más. ¿A quién se le ocurre ponerse estos zapatos para pasear por estas calles? A mí, solo a mí. Aunque en mi defensa diré que para nada me imaginaba que fuese a pasar algo así. Mi plan era cenar con mi amiga y volver a casa, aunque debo reconocer que la noche se ha vuelto... ¿más apasionante?

Ya no puedo más, lo siento. Tengo que hacerlo, va a pensar que estoy loca, pero me da igual.

—Alessandro, espera. Vas a pensar que estoy mal de la cabeza y que soy una maleducada, pero no soporto más estos zapatos infernales. ¡Iré descalza! Lo siento—. Me apoyo en una esquina para quitármelos y él me mira con la cara más tierna del mundo.

—Nunca entenderé por qué os gustan este tipo de calzado, ¡tienen que ser incomodísimos! Con las Converse de esta mañana seguro que ibas más cómoda —se ríe con las manos en los bolsillos.

¿Se fijó en las zapatillas que llevaba esta mañana? Pero si el encuentro no duró ni apenas un par de minutos...

—Pues sí, tienes toda la razón, parece que nos gusta sufrir —nos reímos a la vez—. ¡Así mejor! Madre mía, que gustazo por favor. Solo espero no pisar nada raro. Tendré que ir con mil ojos.

—Sin duda no eres la típica chica. Me gusta tu naturalidad y espontaneidad —nos miramos durante unos segundos—. Ven, sigamos, estamos cerca.

—¿Adónde vamos? —vuelvo a avergonzarme por lo que acaba de decir.

—¡Ahora lo verás! —me agarra de nuevo, esta vez por la muñeca, y tira de mí a la par que me quita los zapatos de la otra mano para llevarlos él. En lo más profundo de mi ser sé que debería guardar las distancias, estoy prometida y no está bien pensar en este hombre cómo lo estoy haciendo. Pero es difícil porque me resulta muy interesante y todo él me atrae.

Es muy tarde. La calle está completamente vacía y apenas se escucha el claxon de algún coche retumbando entre los callejones. A pocos pasos que damos nuestras sombras se alejan una y otra vez con las luces de las farolas. Llegamos al final del callejón y ¡ahí está! La Fontana de Trevi. Una de las mayores fuentes monumentales del barroco en Roma. Uno de mis sitios favoritos en esta ciudad, aunque tengo tantos que no sabría con cual quedarme. Me explica parte de su historia y, aunque algo sabía de ella, escucharlo de sus labios suena distinto. No puedo evitar quedarme embobada mirándolo mientras me cuenta la leyenda de arrojar las monedas.

—Dice la leyenda que los visitantes que arrojan una moneda a la fuente aseguran su regreso a Roma. Dos monedas llevan a un nuevo romance y tres aseguran un matrimonio o un divorcio. Pero otra versión de esta leyenda es que trae suerte arrojar tres monedas con la mano derecha por encima del hombro izquierdo a la fuente.

—No tenía ni idea de esto último. ¡Qué curioso! Bueno, la última vez que vine a Roma lancé una moneda ¡y aquí estoy! —añado mirándole fijamente a los ojos y con los labios arqueados a modo de sonrisa dulzona.

—¿Y quiere lanzar alguna más, *signorina*? —incita con tono gracioso y tendiéndome la mano para que lo acompañe.

Lanzaría sin pensar esas dos monedas para vivir un nuevo romance, uno de verdad. Pero no me atrevo y me quedo en silencio. Simplemente acepto su mano y me dejo guiar.

Nos acercamos a la fuente y luce esplendida. He venido incontable de veces a verla. Siempre está tan atestada de gente que nunca me he parado a apreciar todos sus detalles.

Esta noche está tan solitaria, con las luces alumbrando la preciosa fachada y el agua cristalina. Es tan tarde que incluso el mecanismo de los chorros de agua ha dejado de funcionar para dejar descansar a la ciudad. Solo estamos ella y nosotros dos. Se me viene a la mente la mítica imagen de *La Dolce Vita* y no puedo evitar sonreír. Me siento en el borde e introduzco la mano en el

agua. Está tan fresquita. Tengo los pies tan resentidos de andar con esas sandalias que nada me apetece más que meterlos dentro. Está claro que el vino que he tomado va a ser la excusa perfecta para defenderme de lo que voy a hacer. Miro a Alessandro con ojos de travesura y encogiendo los hombros le hago un gesto llevándome el dedo índice a mis labios a la vez que estos emiten un leve sonido.

—¡Sssshhhh!

Meto los pies en el agua y cierro los ojos. La ligera brisa nocturna recorre cada parte de mi rostro y una sensación placentera recorre mi cuerpo. Disfruto este momento durante unos minutos. Para mi sorpresa, abro los ojos y en mitad de la fuente está él, con los pantalones remangados, tendiéndome, nuevamente, la mano para que lo siga y me acerque a su lado. No lo dudo ni un instante. Sostengo parte de mi vestido para que no se moje por completo, aunque a estas alturas todo me da igual. Voy hasta donde está y le agarro. Se acerca a mí y me susurra al oído.

—¿Escuchas eso?

—¿El qué? No oigo nada.

—Presta atención... —emite un susurro en mi oído y empieza a tararear casi en silencio una melodía. Como si un saxofonista estuviera tocando justo aquí al lado interpretando alguna canción para concedernos unos minutos más de esta noche.

Me sujeta por la espalda y me acerca mucho más a él, tanto que casi puedo escuchar latir su corazón. Me levanta la otra mano y empezamos a mover nuestro cuerpo al ritmo de una melodía que nosotros mismos inventamos. Nos balanceamos de un lado para otro. Apoyo mi cabeza en su pecho poco a poco y me siento en casa, protegida y más a salvo que nunca.

Ahora sí puedo sentir el eco de su corazón contra su pecho. Alessandro apoya su cabeza en la mía y nos dejamos llevar.

Vuelvo a sentir su fragancia. El olor amaderado me hace viajar en el tiempo a cuando era pequeña y mi padre nos llevaba a mi madre y a mí a nuestra cabaña en la montaña. Esa que vendieron años más tarde por no poder hacer frente a todos los gastos cuando mi madre dejó de trabajar por su enfermedad y que ya nunca más pudimos disfrutar. Las notas cítricas me transportan al mismo momento en que mi madre me preparaba zumo recién exprimido por las mañanas. ¡Me encantaba el olor que dejaba en toda la cocina!

¿Por qué me pasa esto con él? Me doy cuenta de que los echo mucho de menos. A ellos, a mis padres. Tanto tiempo sin sentir el calor de un hogar. De un verdadero hogar. Y más me convenzo de que lo que tengo en Madrid con Rober y sus padres dista mucho del concepto que tengo de formar mi propia familia y sentirme en casa.

Como si no formara parte de mí, y tuviera vida propia y no la gobernara yo, mi mente vuelve a hacer de las suyas. A recordarme cosas que no quiero por miedo a no poder evitar sentir miedo. Sin esperarlo, alguna que otra lágrima recorre mis mejillas. Las enjugo mucho antes de que Alessandro se percate de ello.

En el más absoluto silencio de la noche, nos devuelve a la realidad el espantoso ruido de un aparato escandaloso. Miramos a nuestro alrededor y vemos al típico *carabinieri* con un silbato en la boca y soltando todo su aire a pleno pulmón. Si había gente durmiendo plácidamente en sus casas, este señor acaba de despertarlos.

—¡Corre, corre! —tira de mí y me coge en brazos para sacarme rápido de la fuente. Nos partimos de la risa, recogemos las cosas del suelo y salimos corriendo mientras el policía va tras nuestra.

Menos mal que está en baja forma y se nota que le cuesta correr. Por lo que le es imposible

alcanzarnos.

Parece que lo hemos despistado y nos da un ataque de risa perdidos en cualquier callejón. Sinceramente, me quedaría horas viéndolo reír así.

—Venga, te acompaño hasta tu casa —anuncia mientras sigue sonriendo.

Al cabo de un rato, llegamos al portal. Esta vez sí que no me pasa lo mismo. Me atrevo a pedirle su número por si acaso.

—Oye, estaba pensando que nos podríamos intercambiar los números de teléfono por si te pasas otro día por aquí y te apetece tomar algo.

—Nada me gustaría más —una vez registrados, piensa por un momento. —De hecho, tengo que quedarme un día más y me preguntaba si te apetecería que mañana te enseñara la ciudad... a mi manera —se lleva las manos a los bolsillos esperando mi respuesta.

¿Cómo? ¿Quiere volver a verme? No me lo creo... Nunca ningún hombre ha mostrado este interés por pasar tiempo conmigo y conocerme. Aunque el motivo de eso siempre haya sido que Rober hacía marcar “su territorio”, a pesar de las veces que le dije que necesitaba tiempo. Tiempo para estar sola. Tiempo para conocer a más personas. Que necesitaba espacio... Nunca me lo concedió. La última conversación con mi prometido me viene a la mente de nuevo, lo que me recuerda que no sé cuando se presentará aquí y quizás lo que estoy haciendo está mal. Pero no puedo negar que esta noche me lo he pasado genial, he disfrutado como nunca. Por primera vez en muchos años me he dejado llevar por lo que me nacía y ha sido una noche mágica. Así que intento borrar esos pensamientos de mi cabeza y le contesto un sí rotundo.

—Sí, sí ¡me encantaría!

—Vaya... ¡Sé que te mueres de ganas por pasar más tiempo conmigo, pero no me esperaba tanto entusiasmo! —se ríe, bromeando.

—No seas tonto, —le doy un golpecito en el pecho —no me lo esperaba y me hace ilusión, la verdad. Creo que puede ser divertido conocer Roma de otro modo. Aunque si has venido a la ciudad por algo importante no quiero molestarte y que cambies tus planes por mí.

—Ni hablar. Para nada molestas. Me alegro que hayas aceptado. ¿Te parece si te recojo mañana aquí mismo sobre las doce y media?

—Perfecto.

—*Va bene!* —responde con énfasis—. Eso sí, ponte calzado cómodo—. Se ríe de nuevo con esa sonrisa tan embaucadora.

—Que sí, que sí, pesado.... —pongo los ojos en blanco—. Gracias por la cena y por el helado y... por toda la noche, la verdad. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. He disfrutado mucho.

—Yo también me lo he pasado muy bien. Y gracias a ti por dejar que me sentara contigo a la mesa.

—Es lo menos que podía hacer después de haber usado tus manos como pañuelo esta mañana. Gracias, por cierto.

—No hay de qué. Ha sido un placer. Espero que se haya solucionado lo que te había hecho estar así.

—Más o menos. Es... complicado.

—Si necesitas que te ayude con algo no dudes en escribirme. O llamarme, lo que quieras.

—Te lo agradezco, Alessandro. Es algo que debo solucionar sola. Si me veo con fuerzas...

—Podrás. Estoy seguro de ello. No sé si esto te servirá, pero en mi familia tenemos un dicho: si vas a hacer algo, hazlo. El miedo dura segundos, la vergüenza tan solo unos minutos, pero el arrepentimiento dura para siempre —la seguridad que tiene sobre mí sin apenas conocerme me

abruma y me quedo pensativa tras esa frase—. Bueno, se ha hecho un poco tarde. ¡Mañana nos vemos entonces!

Se acerca a mí para despedirse con dos besos. Me agarra por la cintura, apretando sus dedos en mi piel sobre la fina tela de seda y puedo sentir su respiración muy cerca de mis labios. Primero me besa una mejilla, pasa sus labios prácticamente rozándose con los míos y me da otro beso en el otro lado de la cara, a escasos milímetros de la comisura del labio. Un hormigueo me recorre el cuerpo, me da un vuelco el estómago y siento calor, mucho calor en la zona baja de la espalda por donde me tiene sujeta. Al separarse me sostiene la mirada como si no quisiera irse... Ahora sus ojos azules me vuelven aún más loca y vuelvo a estar confusa.

—Buenas noches, Alessandro —intento que me salga la voz a la vez que saco las llaves de casa.

—*Buonanotte*, Alma.

Subo las escaleras y cierro la puerta de casa. Me apoyo en la madera, descalza, con los zapatos y el bolso en la mano. Sintiéndome yo por unos instantes. Viva, segura de mí misma y sacudida por sensaciones nuevas para mí.

Aunque no niego que estoy hecha un lío. Será mejor que me acueste y descanse. Antes le envío un mensaje a Giulia, que hace horas que me dijo que llegó a casa, para que se quede tranquila. Y otro mensaje a Clau: **“Mañana te llamo. Tengo que contarte novedades. Al final voy a pensar que tienes razón y que los milagros existen. Te quiero.”**

Antes de ponerme el pijama, asearme y tumbarme en la cama, me observo en el espejo de la habitación. Algo en mí se ve distinto. Esta noche me siento totalmente Roma; en ruinas, pero preciosa.

Empiezan a colarse los rayos de luz por las rendijas de la persiana. Vuelve a lucir un día espléndido y puedo escuchar a los pajaritos gorjear a la par que el tintineo de los vasos de cristal de la cafetería que hay debajo de casa inunda mis oídos. Intento desperezarme y me estiro acaparando toda la cama. Hacía mucho tiempo que no descansaba profundamente. Ni tomándome las pastillas que me recetó el médico. Anoche se me olvidó por completo tomármela y he dormido como un tronco.

Me preparo un café con leche y mucha espuma. Le pongo un poquito de azúcar morena y espolvoreo cacao por encima. ¡Huele delicioso! Creo que no hay mejor olor por las mañanas que el de café recién hecho.

Abro las ventanas para que entre la brisa antes de que empiece a apretar el calor y me asomo al balcón. Cierro los ojos y siento el sol en el rostro, adueñándose de cada poro de mi piel. Bebo un sorbo de café y por primera vez en años me he levantado feliz, sin pensar en nada, simplemente en paz.

Aprovecho para llamar a Clau. Sin embargo, aún es pronto y no lo coge. La llamaré más tarde.

De pronto caigo en la cuenta de que hoy he quedado con Alessandro y no puedo evitar dar pequeños saltitos de alegría con una sonrisa de oreja a oreja. Parezco una adolescente ilusionada. Se me derrama un poco el contenido de la taza, pero me da igual. Me siento en el sofá para terminármelo y empiezo a recordar todo lo vivido la noche anterior. Estoy emocionada y pletórica por todas las emociones vividas. Pese a lo feliz que me siento, la Alma de siempre empieza a aparecer para recordarse que no se merece lo que está pasando y que se baje de esa nube en la que está. Seguramente Alessandro no sienta lo mismo que yo y simplemente ha querido ser amable con la chica a la que le dio tremendo golpe.

Soy muy consciente de que lo estoy volviendo a hacer. Siempre diciéndome que no me merezco lo bueno que me pase. Este es mi mayor temor, sabotearme a mí misma cuando veo que hay algo que me hace estar al borde de la felicidad. Cada vez que ocurre eso, una pequeña parte de mí me dice que no me lo merezco y la otra dice que es cierto... ¡Basta ya! Sé que a mi madre no le gustaría que pensase eso de mí, así que intento por todos los medios borrar esos pensamientos de mi cabeza.

Quiero ser feliz y de verdad que lo estoy intentando, pero siempre hay algo que no me deja avanzar.

Que esa felicidad y paz que tanto anhelo no esté sucediendo ahora no significa que no vaya a suceder pronto. Solo tengo que ser paciente y confiar. Eso mismo me decía ella. A veces la vida se toma su tiempo para estar segura de entregar las cosas correctas.

Hoy, sin duda, me siento distinta. Miro a mi alrededor y veo todo hecho un desastre. Parece una pocilga. Todo desordenado y sin que parezca “mi casa”. Cuando me mudé aquí sabía que iba a ser por un corto periodo de tiempo y ni si quiera me esforcé en sentirme a gusto entre estas cuatro paredes. Hoy quiero cambiar eso. Así que me levanto del sofá y con una energía que me desborda empiezo a poner orden en todo este caos.

Las siguientes horas me las paso recogiendo ropa, doblándola y guardándola en el lugar que le corresponde. Limpio el polvo y hasta le saco brillo a los azulejos de la cocina y al suelo de toda la casa. Lo dejo todo reluciente. Creo que no había limpiado tanto en mi vida.

En Madrid, Rober contrató a alguien para que se encargara de la limpieza y de todo lo relacionado con la casa. En parte estaba genial, lo reconozco, así yo tenía más tiempo para mi trabajo. Pero, también es verdad que a veces necesitaba sentirme más activa en mi propia casa. Ser yo quien ordenara mis cosas y quién preparase la comida. Salir a hacer la compra... Necesitaba sentirme normal y no alguien muy por encima de la mujer que venía a casa para hacer todas las tareas. Rober nunca la trataba bien. Siempre menospreciándola y haciéndola sentir inferior. Que tuviese una gran cantidad de dinero en su cuenta bancaria no lo hacía superior ni mejor que nadie, pero él se creía en su derecho de demostrar que sí. Me hacía sentir mal y nunca soporté que tratara así a la gente. Intenté disuadirla para que nos dejara, pero Rober le pagaba una gran cantidad de dinero que no podía rechazar por miedo a no encontrar nada mejor para mantener a su familia.

Me visto con unos *leggings* y bajo a toda prisa al quiosco de flores que está cerca de casa. Compro un ramo precioso de girasoles y subo corriendo para ponerlos en agua. Estas flores siempre me han llamado tanto la atención... Me gusta lo que simbolizan. Busco un jarrón muy bonito que compré cuando me mudé y que nunca llegué a usar. Lo lleno de agua bien fresquita y pongo los girasoles dentro.

Observo como ha quedado todo. ¡Ahora sí! esto ya es otra cosa. Ya parece una casa. Mi casa.

Me da por mirar el reloj y ¡madre mía! Se me ha pasado el tiempo volando. Alessandro tiene que estar a punto de llegar. Me cambio de ropa y elijo unos shorts vaqueros algo rotos, un pañuelo a modo de top anudado en el pecho y las Converse. No me ha dado tiempo hacerme nada en el pelo así que me lo recojo con una trenza. Un poco de corrector, colorete y máscara de pestañas. Esta vez los labios quiero llevarlos naturales por lo que solo me pongo un bálsamo con sabor a mango. Cojo el bolso de la entrada y las llaves del cesto que está encima del mueble del recibidor. Al cogerlas veo el anillo. El anillo de compromiso que me dio Rober y que me quité en cuanto puse un pie en este piso. Lo observo al detalle. Sinceramente, es precioso, de eso no hay duda. Un anillo de oro blanco de dieciocho quilates con un diamante redondo. Muy del estilo de Rober. Caro, demasiado caro diría yo, y llamativo. Me siento mal por habérmelo quitado, pero llevándolo siento que no soy yo al cien por cien. Caigo en la cuenta de que Alessandro no sabe que tengo novio y mucho menos que estoy prometida. No soy tan tonta como para no darme cuenta de que sus intenciones no son las de alguien que solo quiere una amistad. Pude ver cómo me miraba anoche, sus gestos, las palabras que me decía... Así que me convenzo de que si a lo largo del día me da a entender que le gusto o que esto podría ir más allá tendré que contárselo.

Cierro los ojos y me siento la mujer más desdichada del mundo. ¿O vivir una vida con alguien que dice que me quiere y en la que me siento encerrada o ser valiente, por una vez, dejarme llevar y decirle al hombre que acabo de conocer del que creo que siento algo más que una simple atracción que tengo novio y que me voy a casar? Esto último me hace pensar que se enfadará por no haber dejado las cosas claras desde el primer momento, jugar así con él y darle falsas esperanzas.

Suelto el anillo y me digo a mí misma que nada podrá entristecerme el día de hoy. Cierro la puerta y bajo las escaleras.

Nada más abrir la puerta del portal, ahí está, subido en una *Vespa* blanca. ¡Tiene que ser una broma! Reconozco que la imagen me da por sonreír. ¡Cómo no! ¡Una *Vespa*! ¿Este hombre cada vez que lo veo está más guapo? No es normal la belleza que irradia. Lleva unos pantalones de lino en color camel, una camiseta de algodón de color blanca con escote en pico y en su cuello,

lo que parece un colgante. Lo saludo y al girar la cabeza veo que lleva puestas las típicas gafas de sol Ray-Ban bajo la visera del casco.

—*Principessa! Buongiorno.* ¿Qué tal has dormido?

—*Buongiorno.* ¡Como una niña pequeña! —sonríó.

—Toma, ponte esto —me tiende el casco que tiene entre las manos—. Te dije que te enseñaría Roma a mi manera.

—Ya veo. Te parecerá raro, pero nunca he subido en una *Vespa*.

—¿No? Pues siempre hay una primera vez.

Hay tantas cosas que me gustaría hacer y que nunca tuve la oportunidad de probar. Esta es una de ellas y, aunque parezca una simple tontería, es un gran paso y me alegro de que esta primera vez sea con alguien como él.

Me coloco el casco. Tengo que reconocer que me siento un poco ridícula, pero me encanta la forma en que eso me da igual.

—¿Estás lista? —pregunta mirándome de soslayo.

—Creo que sí.

—Agárrate fuerte, *principessa*. Seguro que ya sabes la fama que tenemos los italianos en el asfalto —tira de mí para llevar mis brazos hacia delante y pueda rodearlo con ellos. Puedo sentir mis manos en su abdomen y me asombro de lo fuerte que está. Un sudor frío se desliza por mi espalda. Cada vez me pone más difícil controlar mis impulsos.

Arranca la moto y nos ponemos en marcha. Recuerdo la primera vez que llegué a la ciudad junto a toda mi clase en un viaje de estudios y nos subimos en un autobús que nos esperaba a la salida del aeropuerto para que nos llevase al hotel que pasaríamos los próximos días. Creímos que no lo contaríamos y que en cualquier momento tendríamos un accidente. ¡Qué manera de conducir! Nunca olvidaré los insultos italianos que soltaba nuestro chófer a los conductores de otros coches cuando invadían nuestro carril. Y viceversa.

Durante un buen rato conducimos por los sitios más emblemáticos de la ciudad. *Basilica di San Pietro, Piazza Venezia, Fori Imperiali, Il Colosseo, Il Palatino...* Ya me la conozco bien y me sé casi de memoria cada rincón. Sin embargo, verla de este modo lo hace aún más especial. Hace que me sienta libre, golpeándome el viento en la cara, sintiendo el aire en mis brazos y mis piernas. Sintiéndolo a él, su olor... Puedo verlo reflejado en el retrovisor y creo que cada vez me tiene más ilusionada, más embelesada... y por qué no, cautivada. Este hombre tiene algo que me atrapa y que no puedo explicar.

Dejamos la moto aparcada y el resto lo hacemos a pie. Caminamos hacia un restaurante. Caigo en la cuenta de que hoy no he desayunado, tan sólo el café de esta mañana y que con las prisas no me preparé nada. Estoy hambrienta y mis tripas piensan lo mismo.

Escogemos un restaurante con mucho encanto. Aunque para mí, aquí, todos lo tienen. Nos sentamos en una mesa pequeñita para dos, con mantel de cuadros rojos y blancos y un pequeño florero en el centro. Todo el lugar está cubierto de plantas verdes y enredaderas que hacen que la terraza sea más fresca. Pequeños aspersores están colocados en puntos estratégicos para pulverizar agua cada equis tiempo y así sobrellevar mejor el calor de la ciudad.

Pedimos un montón de comida deliciosa. *Insalata caprese* al centro, *pizza prosciutto, spaghetti al pomodoro* y una botella de vino.

Me comenta algunos detalles acerca de su familia. Viven en una finca en las afueras de *Montepulciano* y trabajan en sus propios viñedos. De ahí su sorpresa anoche al ver el vino que había pedido.

—Tiene que ser una zona preciosa y con mucho encanto —imagino el lugar—. Desde pequeñita

me veía veraneando en un sitio así con mis padres, en una casita de campo con fachadas de piedra, cálida y en plena naturaleza, con un porche grandísimo donde pudiéramos ver las puestas de sol y cenar en familia bajo las estrellas. Lástima que eso nunca pase —afirmo sin querer con nostalgia.

—Alma, siempre hay tiempo para hacer aquello que nos hace feliz. Seguro que algún día podréis cumplir ese sueño.

Si él supiera que es completamente imposible...

—Me temo que no podrá ser... Mi madre falleció por el maldito cáncer hace años y mi padre... mi padre me dejó también tiempo después. La pena por no estar con su mujer lo consumió y se metió en un callejón sin salida del que no pudo salir. En realidad, la bebida lo absorbió —creo que debería contarle toda la historia, o al menos una parte, y decirle que estoy prometida, pero no me atrevo aún. No quiero estropear esto que estoy sintiendo. Quizás sea egoísta, pero ahora que he empezado a concebir la ilusión no puedo dejar marchar a esa emoción y que vuelva la tristeza, la amargura y el dolor.

—Lo siento muchísimo, Alma, de verdad. Lo lamento —desliza su mano por encima de la mesa agarrando la mía con fuerza—. Con más razón para que lo cumplas por ellos. Quizás en un futuro te veas viviendo en un sitio así con tu propia familia.

Sus palabras se clavan muy dentro de mí y un dolor punzante se implanta en el pecho. Mi vida apunta a todo lo contrario y no me imagino un futuro así para nada. Rober y yo no estamos pasando por un buen momento. De hecho, últimamente, parece que solo hemos pasado por épocas malas, pero al final todo acaba volviendo a su sitio. Más bien él hacía todo lo posible para que lo creyera cuando me decía que me quería y yo acababa olvidando lo que me había hecho estar así y nuestra vida seguía su curso de nuevo.

Debería acabar con este sin sentido y contárselo todo. Pero sigo sin ser capaz.

—*Principessa*, no pongas esa carita tan triste, que no quiero verte así. Hoy es un día para disfrutar y estar feliz. ¿Me oyes? —acaricia mi mejilla y sujetándome la barbilla me levanta la cara para lanzarme una mirada cariñosa.

—Está bien... —obedezco borrando la tristeza de mi rostro y obligándome a sonreír. Él me lo pone tan fácil.

Tras el postre y el café, salimos del restaurante. Las horas han vuelto a pasar muy rápido. Seguimos paseando por esas calles que, aunque te pierdas por ellas y vayas sin rumbo fijo, siempre te llevan a donde quieres ir. Visitamos varias galerías, monumentos y palacios. A su lado todo se ve más bonito. Como si fuera la primera vez que veo cada rincón. Tiene el don de hacer que aprecie cada detalle que podría pasar inadvertido a cualquiera.

No sé cómo llegamos hasta la *Piazza di Spagna*. Está atardeciendo. Subimos por las escalinatas, esquivando a todo aquel que se hace fotos con ese fondo tan espectacular, hasta llegar a lo más alto. La iglesia *Trinità dei Monti* nos espera tras la subida. Desde ahí hay unas vistas preciosas a la ciudad y se puede apreciar como el sol va desplomándose para ocultarse tras la cúpula que se aprecia a lo lejos, y así ir dejando paso a la noche.

Alessandro permanece inmóvil, pensativo, con la preciosa luz anaranjada del atardecer reflejándose en su mirada, volviéndola así más intensa e hipnótica, con sus codos apoyados sobre el muro y, por lo que puedo apreciar, algo nervioso.

—¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntar.

Se gira hacia mí, acercándose aún más.

—Ocurres tú, Alma —responde sin dilación. Directo a mi corazón.

No entiendo nada. O quizás lo entienda todo y deba dejarme llevar. Sin embargo, me quedo anclada al suelo, perpleja por lo que acabo de escuchar. Sin respiración. El corazón me da un vuelco y noto como golpea en mi pecho a gran velocidad. No me esperaba que fuera a ser tan directo. Siento que quiero besarlo. Besar y escapar de este mundo con él. Pero no le respondo y, por supuesto, no hago lo que deseo y dejo que continúe.

—Pensarás que estoy loco y que, prácticamente, somos unos desconocidos... ¿Puedes explicarme porqué siento algo distinto contigo? ¿Algo que nunca había sentido y que supe en cuanto te vi? —¿Cómo voy a responder a eso si ni yo misma sé cómo ha podido ocurrir? —Tus ojos... esos ojos azules me dejaron sin aliento, esa magia que transmiten. Todo lo que transmites tú. Y cuando me dijiste tu nombre... tiene un significado muy bonito: Alma, de buen corazón o con un corazón cálido. Pude sentirlo nada más verte. Y por si fuera poco, tu nombre tiene mucho más significado para mí. Uno que no sé bien como encajar en todo esto. Eres especial, Alma, y algo me dice que ni tú eres consciente de cuánto y de todo lo que eres capaz de provocar a los de tu alrededor.

—Alessandro, yo...

—No, no digas nada. Tengo muy claro que esto es una auténtica locura... Es que... es imposible ¿no? —me suelta las manos que había agarrado con firmeza segundos antes para llevarse las suyas a la nuca—. Hay algo en ti, en la forma en que me miras... Sé que es completamente absurdo...

—Alessandro... —lo interrumpo y me vuelvo a acercar a él, mirándolo fijamente—. Lo cierto es que a mí me pasa lo mismo. No sabría cómo explicarlo, pero desde que te conocí no puedo sacarte de mi cabeza.

—Uff... Alma, desde ayer me vienes a la mente a cada instante. Haces que me vuelva loco, cada vez que me hablas, cada vez que mis ojos se pierden en los tuyos... Me había prometido tomármelo con calma y no hacerte pensar que he hecho esto con todas las chicas que he conocido, pero me es imposible contenerme.... Como si fueses una especie de imán que me atrae hasta a ti. Haces que todo mi mundo tiemble.

Por un momento solo pienso en él y en mí. El resto del mundo no existe. Me dejo llevar por todo lo que estoy sintiendo y me abalanzo sobre él. Jamás pensé que yo podría hacer algo así. Volver a guiarme por los impulsos y no razonar las cosas como es debido. Ya he desperdiciado demasiado tiempo por pensar de más.

¡Lo beso! Un beso que hace que mi corazón vuelva a latir, encendiéndolo como un relámpago y borrando los años perdidos. El golpe del destino llamando a nuestra puerta. Es como volver a casa o haber encontrado de pronto una completa mitad de mí misma que había estado perdida. Un beso lleno de emociones, miedos, pasión y mucho amor. Me agarra con fuerza, apretándome más aún contra él, sujetándome por la nuca y por la espalda.

Y me dejo llevar.

Un extraño hormigueo recorre todo mi ser. La adrenalina me martillea por todos los rincones de mi cuerpo. Sus labios acarician los míos con pasión y con ternura a la vez. Un beso largo y que no quiero que termine. Sus labios son suaves y su boca cálida. La sensación electrizante que siento en todas mis terminaciones nerviosas va a parar a la más importante de ellas, el cerebro, provocándome un gemido con cada roce y consiguiendo que una sonrisa, aún más tentadora, acompañe cada uno de sus besos.

Tras unos minutos, nos separamos con la respiración agitada. Sus manos acunan mi rostro y mirándome fijamente a los ojos me dice en un susurro:

—Por fin te he encontrado —vuelve a besarme. Esta vez más tierno, más calmado, más suave.

Vuelvo a saborear sus labios. Esos labios que hacen que sucumban todos mis sentidos.

Me separo un poco de él y me apoyo en su pecho mientras él me rodea con sus brazos, me abraza con firmeza y sus manos en mi espalda hacen que se me erice toda la piel.

Me siento inmensamente feliz, pero la imagen de Rober me viene de golpe y hace que me sienta miserable y la peor persona del mundo, y no solamente por él, sino por Alessandro. Tiene derecho a saberlo y no puedo dejar que esto que estoy sintiendo tan extraño avance de ningún modo sin que sepa que estoy prometida. Siempre he sido una mujer fiel en mi relación. Para mí, es un pilar fundamental, a pesar de saber que mi prometido no opina lo mismo. Y no puedo engañarme más. Este hombre ha conseguido tambalear mi mundo entero y no puedo empezar algo de este modo. Lo que acaba de pasar me confirma que si me caso con Rober estaré cometiendo el mayor error de mi vida.

—Tengo que contarte algo...

—No importa, seguro que puede esperar. Si quieres te acerco a casa.

Mierda, pienso. Asiento con la cabeza y suspiro. Soy una cobarde. Una cobarde que lo está haciendo todo mal. Debería haber dejado a Rober hace mucho tiempo. Nunca fui capaz. Y sobre todo no debería haber besado a Alessandro. No así.

Apaga el motor de la *Vespa* una vez paramos frente al portal de casa. En el instante que me quito el casco escucho una voz conocida.

—¿Alma!

No puede ser. Tiene que ser una broma pesada del destino. Ahí está, con su traje reluciente y que debido al calor ha optado por llevar la americana colgada en el brazo. Recibiéndome con sus facciones duras y ojos marrones e inquisidores como si estuviera enfadado con el mundo entero, con su pelo corto y negro tan perfectamente peinado. Sostiene el móvil en una mano y en la otra sujeta una pequeña maleta de mano.

—Rober, ¿qué haces aquí? —pregunto asombrada.

—Te dije que vendría. Llevo llamándote todo el día. Al final he podido adelantar el viaje. ¿Quién es éste? —señala con la cabeza a Alessandro y lo fulmina con una mirada muy poco amistosa.

—Oh, sí, claro...él es Alessandro —tiemblo de miedo.

—Genial... veo que no has perdido el tiempo ¿eh, peque? —suelta sarcástico a la par que clava su mirada fría en mis ojos—. Encantado, A-le-ssan-dro, —enfatisa —soy Rober, el pro-me-ti-do de Alma —se estrechan la mano.

—En... encantado —responde seco, con la voz temblorosa y sin saber qué está pasando. Mi mirada viaja del uno al otro, viendo cómo reaccionan, cómo se hablan, cómo se miran... hasta que me topo con la mirada desilusionada de Alessandro y su ceño fruncido.

El mundo se me cae encima. No puede ser cierto. Siento como si fuera a saltar a un abismo con el corazón acelerado. Sigo con la mirada fija en Alessandro, su cara lo dice todo. No entiende nada, me mira con decepción y sus ojos se dirigen hacia mi mano para cerciorarse de que no llevo anillo. No puedo verlo así, se me parte el alma. Siento que si me separo ahora de él no volveré a verlo nunca. Deseo a este hombre, no sé como ha pasado, pero lo deseo y negarlo sería una atrocidad. ¿Cómo ha podido pasar tan rápido? Necesito explicarle todo, pero con Rober aquí...

—Venga, peque, subamos. Tenemos que hablar y creo que ya te has divertido bastante sin mí —sus palabras bruscas y secas pierden intensidad cuando se dirige firme hacia la puerta. —Adiós, tío, ya nos veremos. ¡O no! —aunque nos esté dando la espalda sé que esas últimas palabras iban

acompañadas de una sonrisa maliciosa.

Que inoportuno y estúpido resulta a veces.

—Déjame que te lo explique, por favor, quería contártelo... —alcanzo a decirle antes de que se marche y desaparezca de mi vida.

—Mañana vuelvo a casa. Veo que esto ha sido un error. Sabía que no tenía que haberme precipitado. Siento si he entendido lo que no era... Espero de corazón que te vaya bien, Alma. Te lo mereces.

—No, no, por favor, necesito explicarte. No te vayas así. Necesito contarte toda la verdad. Lo que ha pasado contigo... todo lo que ha ocurrido... es lo más real que he vivido en la vida. Debes creerme, Alessandro, por favor. ¿Podemos hablarlo tranquilamente antes de que te marches mañana?

—¡Alma! ¿Vienes o qué? Que estoy cansado del viaje...

—¡Joder, Rober, ya voy! Dame un minuto —me dan ganas de estrangularlo. Sigo sin creer que se haya atrevido a venir al final. Estoy rabiosa y ahora mismo lo odio más que a nada.

—No te vayas, Alessandro, por favor. Mañana te llamo ¿sí? Déjame contártelo.

—Yo no soy así, *principessa*. No soy de los que se meten en mitad de una relación. *Ciao*, Alma —su despedida me desgarró por dentro. Mi mundo se hace trizas y me siento la mujer más horrible por hacerle algo así a un hombre como él.

Arranca la moto y se marcha. Un vacío se adueña de mí al separarme de él, me siento mal por todo lo que acaba de pasar y me arrepiento de no habérselo dicho antes. Ahora mismo quiero huir, desaparecer... Sin embargo, Rober está ahí de pie, repiqueteando su zapato en el suelo, mirándome fijamente, entendiendo a la perfección lo que está sucediendo y creyéndose vencedor.

Muy bien ¡esto tiene que acabar!

Cierro los ojos y suspiro. ¡Alma tú puedes!

Subimos las escaleras y en lo único que pienso en este instante es en que no quiero entrar en el piso, no con él. Sé que no voy a tener el valor de decirle lo que siento y que esto no va a ninguna parte. Necesito que sepa que no quiero casarme con él, que no quiero pertenecer a esa familia tan materialista a la que solo le importa el dinero y las posesiones.

Rober deja su pequeña maleta en un rincón de la entrada y mira con asombro a su alrededor.

—Madre mía, pero... ¿qué lugar es este? ¿En serio has cambiado tu vida en nuestro ático por esta madriguera? No te entiendo. No sé cómo puedes vivir aquí, peque.

Cojo aire mientras pongo los ojos en blanco y lo suelto poco a poco antes de contestarle alguna bordería. Ni siquiera tengo humor para responder a sus estupideces.

—Pues a mí me gusta y me hace feliz.

—Estás loca. Lo sabes ¿no?

Entro en cólera y siento furia, mucha furia. Intento calmarme todo lo que puedo y controlarme. Con desgana y por no entrar en pelea le pregunto si le preparo algo de cenar.

—¡Menos mal que he traído champán para celebrar que estamos juntos después de estos dos meses!

No me apetece nada cenar con él ni mucho menos tomar champán, me sienta fatal.

Preparo algo de picoteo y lo sirvo en la mesa auxiliar frente al sofá. Me llena una copa y, pese a que esta bebida me sienta como una patada en el estómago, me digo a mí misma que igual me viene bien para tener el valor de decirle que se acabó. Al fin y al cabo, el alcohol es la excusa perfecta que tenemos para contar las verdades.

—Brindemos por nosotros y nuestra futura boda.

Apenas rozo mi copa con la suya y me bebo el champán de un trago. Mira con asombro lo que acabo de hacer. Como si no me reconociera.

—Rober, tenemos que hablar, es importante.

Vuelve a llenarme la copa y me da que esto va a acabar mal.

—Pequeña, ya te dije que vendría a por ti y volverías a casa conmigo. Debemos estar juntos. Toda mi vida, el trabajo, nuestro piso... me he sacrificado por ti. Lo sabes ¿verdad?

—Es que... es que no te he pedido nunca nada de eso, Rober. ¡No quiero eso! No quiero una vida así, ni tu dinero ni tus lujos ni sentirme encerrada en esa prisión que tienes por familia o como si yo fuera un animal enjaulado y mucho menos quiero que me estés recordando constantemente que te debo la vida por lo que pasó cuando éramos jóvenes.

—¡Yo te quiero, Alma! No puedo vivir sin ti. Además, ¿porqué no miras a tu alrededor? Esta no es tu vida real. Esto solo es una fantasía. Un cuento de hadas. La realidad es otra muy distinta, y tu vida está junto a mí. Nos queremos, ¿qué problema hay en eso, en querer que regreses conmigo?

Me vuelvo a beber la copa de un tirón.

—¡No, Rober! tú piensas que me quieres, pero siempre has sentido que tenías que protegerme. No entiendo qué pasa realmente por tu cabeza ni cómo te afectó a ti lo sucedido, nunca lo hemos hablado de verdad. Siempre has esquivado el tema y no entiendo porqué. Fue a mí a quien le ocurrió ¿te lo recuerdo?

—Lo recuerdo perfectamente, Alma. No me vengas ahora con esas de que no te he escuchado

nunca y blablablá... —pone los ojos en blanco con sus brazos apoyados en sus rodillas.

—Rober, escúchame... —le giro la cara para que me preste atención —hace mucho tiempo que dejamos de ir en la misma dirección. No soy la misma niña que conociste, con la que bailaste y coqueteaste. He cambiado y ni si quiera yo sé quién soy ahora mismo. Te mereces a alguien que te corresponda y te de lo que necesitas. Necesito que lo entiendas, por favor. Lo que tenemos juntos no puede llamarse precisamente una vida en común. Tú casi nunca estás y siempre estás obsesionado con el trabajo. Y cuando coincidimos apenas hablamos. Siquiera sabes qué me hace feliz ni cómo me siento la mayor parte del tiempo. Y luego está tu madre que siempre está diciéndome cómo debo vestir y cómo debo comportarme cuando vamos a esas fiestas lujosas en las que todo el mundo es tan hipócrita. No necesito nada de eso y no quiero eso para mí. Entiende, por favor, que me siento como un pájaro enjaulado.

—Alma, te prometo que eso va a cambiar. Cuando nos casemos todo será distinto. Te lo juro.

No me da tiempo a reaccionar cuando cuela su mano bajo mi pelo para sujetarme y une sus labios con los míos. No puedo negar que también siento algo por él, sin embargo, es un sentimiento distinto. Quizás sea por agradecerle lo que hizo por mí, por todos estos años juntos, pero sé que no es él. Ese con el que quiero pasar el resto de mi vida. El que hace que todo mi cuerpo tiemble. El que debería electrificar cada parte de mí con tan solo un roce. No es él, o eso quiero pensar, porque hay algo que no puedo ver con claridad.

Estoy algo aturrida por el champán, creo que demasiado. Mis movimientos comienzan a ser más lentos y pesados.

—Yo te quiero, peque —pega su frente a la mía, susurrándome. Me vuelve a besar. Es un beso tierno y se nota que me ha echado de menos, lo reconozco. Estoy confusa. ¿Y si estoy equivocada con todo lo que estoy experimentando? Necesito sentirme querida, no voy a mentir. Pero, ¿de este modo? La mezcla de sentimientos, los besos, las caricias y las burbujas del alcohol creo que no son buena combinación ahora mismo. Los parpados empiezan a pesarme y ya no soy dueña de mis actos. Así es como me dejo llevar por mi prometido.

—Te he echado de menos —susurra a mi oído.

Empieza a deslizar sus dedos por mi cuello, mis hombros y hacia mi pecho. Lo hace con ternura y me dan escalofríos.

—Estás muy guapa, pequeña —sigue susurrando mientras se acerca lentamente a mi cuello para besarme.

Sus dedos alargados siguen deslizándose para desatar el nudo del pañuelo que llevo a modo de top y en ese momento necesito que pare. No puedo. No puedo hacerle esto, no puedo hacerme esto y mucho menos puedo hacérselo a Alessandro. De lo único que estoy muy segura es que solo lo necesito a él. Mi cabeza está hecha un lío y mis pensamientos van a toda velocidad.

Le digo que pare, pero mi prometido continúa. Consigue ponerme a horcajadas encima de él y a mí no me apetece nada su contacto. Cada vez me siento más vulnerable e indefensa y el alcohol no es que me haya ayudado mucho. Me va a reventar la cabeza con todo el caos, la confusión y el enredo que siento ahora mismo. Confieso que necesito sentir mucho más, porque se supone que él me quiere ¿no? Aunque siga dudándolo. Sé perfectamente que cuando yo no le daba lo que tanto anhelaba lo buscaba fuera y sin remordimientos. Pese a ello, todas las palabras que me decía después, me las creía. Quería creerlo. Por eso mismo, cierro los ojos y me dejo hacer.

Acaricia con más fuerza mis muslos y logra desnudarme mientras se acerca a mí. Con su lengua y sus labios recorre todo mi cuerpo, cada vez más fuerte. Más feroz. Y sin quererlo, imagino que es Alessandro. Ahora, sus manos, su boca, sus besos, sus susurros y su piel son las de él.

No deja de rozarse y tras unos segundos lo siento dentro de mí. Sentirlo como lo siento, me hace volver en sí. Sin embargo, no quiero abrir los ojos. No puedo abrirlos y ver que es Rober quien me está haciendo el amor.

De repente, mi mente viaja en el tiempo y *flashes* de esa horrible noche atraviesan mi retina. Diapositivas, una detrás de otra. Un destello de secuencias recordando lo que pasó me hace trizas y como si lo estuviera viviendo de nuevo. Lo veo todo con más claridad que nunca y recuerdo cosas que me hacen ver que fui engañada. Toda mi vida ha sido una mentira.

No puedo creer que lo que sucedió pasara de verdad y no entiendo porqué lo he recordado ahora. Quizás porque he conocido a Alessandro y él ha hecho que me despertara de esos recuerdos adormecidos. No sé, estoy muy confundida y no entiendo nada.

No puedo evitarlo y le digo que pare, que no me encuentre bien. Pero él hace que no me oye y se deja llevar por sus deseos. Embestida tras embestida. Estoy muy aturdida y no pongo la resistencia que debería para no dejarme llevar por mi prometido. Me sujeta por el cuello, sintiendo todo el pulso en la yema de sus dedos, y cada vez empieza a moverse más rápido y más fuerte, como si me quisiera hacer suya para siempre. Noto su respiración agitada, intensa y jadeante y yo quiero desaparecer. Necesito que termine de una vez por todas.

Unos segundos después, al fin se separa de mí. Ha acabado y su cara de satisfacción lo expresa a la perfección.

—¡Guau, pequeña! ¡Te echaba de menos! —como siempre, tan solo piensa en él y en su complacencia.

Se tumba a mi lado, acomodándose, rodeándome con sus brazos, notando así su respiración en mi nuca. Me invade un vacío inmenso y un sentimiento de tristeza enorme. Tengo muy claro que no quiero ser de él nunca más. Ni mi corazón ni mi cuerpo les pertenece. Tengo tantas ganas de llorar que no consigo aguantar la cantidad de emociones que se me atascan en la garganta y no puedo evitar que las lágrimas, que me queman tras los párpados, salgan en cascada. Intento disimularlas, pero Rober se ha quedado tan exhausto que ni se da cuenta. Mejor así. Ahora mismo no tendría fuerzas suficientes para hacerle entender todo lo que estoy sintiendo.

Como puedo, al cabo de un rato, intento deshacerme de sus brazos y me levanto del sofá sin hacer ruido. Me doy una ducha, como si así pudiera deshacer de mi cuerpo lo que acaba de pasar, intentando borrar cada rastro de él que haya podido dejar en mí. Quitándome de encima su olor y su sudor. Me pongo la ropa interior y una camiseta desgastada que hace las veces de pijama. Cojo el móvil y llamo a mi amiga. Necesito hablar con ella.

—¡Hola, mi niña! —responde al primer tono—. ¿Cómo va todo? Disculpa que no te pudiera atender esta mañana.

—No pasa nada, Clau. Necesito hablar contigo —entorno la puerta de la habitación para que Rober no me oiga y me tumbo en la cama hecha un ovillo—. No sé qué hacer... —rompo a llorar nuevamente.

—Cariño, me estás asustando ¿Qué ha pasado? ¿Es por Rober? —su voz parece verdaderamente preocupada.

—Es por todo, Clau. Por Rober, por mi vida, por Alessandro...

—¿Cómo que por Alessandro? No entiendo.

—Sí, te llamé para contarte que llevabas razón, que los milagros puede que si existan y que ese hombre era mi ángel de la guarda. Sin esperarlo me volví a encontrar con él por la noche el día que nos conocimos, mientras cenaba en un restaurante y por capricho del destino él estaba allí. Al final, entre una cosa y otra se acabó sentando en mi mesa, cenamos juntos, estuvimos hablando durante horas y paseando. Ya te contaré mejor cuando podamos vernos, pero fue una

noche mágica, Clau. No sabría explicarte bien con palabras lo que sentí junto a él.

—Ay, mi niña...

—El caso es que me invitó a que pasáramos hoy el día juntos y acepté. Todo ha sido maravilloso. Sin duda es un hombre especial y hace que me sienta la mujer más feliz del mundo sin tener que forzar nada. Y... ¡Me ha besado, Clau! Bueno, más bien lo he besado yo primero. El beso más bonito y romántico que me han dado nunca. He sentido dentro de mí todas las mariposas del planeta y el pulso se aceleraba a mil por hora. Es extraño, porque me he sentido libre por primera vez aún estando atrapada por sus brazos que ojalá no me hubiesen soltado nunca. Me he sentido como una quinceañera.

—Alma, cariño, eso es maravilloso. ¿Ves? Te lo dije, te dije que ese chico iba a poner tu mundo patas arribas y que te mereces un amor así...

—Rober está aquí —la corto mientras sigue hablándome.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Que Rober está aquí. Justo cuando Alessandro me dejaba en casa ha aparecido. Alessandro se ha enterado que estoy prometida y... no sé. Todo ha ocurrido muy deprisa. Siento que ha sido uno de los momentos más dolorosos que he vivido. Quería contárselo, pero ha sido imposible. Verlo marchar me ha roto el corazón.

—Mi niña, tienes que hablar con él, tienes que explicárselo como sea. Intenta ser sincera con Rober y haz que vuelva a España. Deja que las cosas fluyan. Si pones todo tu corazón en ello todo saldrá bien. Recuerda lo que me contabas que te decía tu madre una y otra vez: **“Aunque des la mejor versión de ti misma nunca serás suficiente para la persona equivocada, y aunque seas la peor versión de ti, siempre valdrás la pena para la persona correcta”**.

—Sí, lo recuerdo. Mi madre era muy sabia. ¡Cuánto la echo de menos!

—Por eso mismo, Alma. Lucha por lo que quieres y por lo que te llena el corazón. A ella le hubiera gustado que te dejaras guiar por él y no por la cabeza. Y si no es Alessandro, ya vendrán otros. Aquí lo importante eres tú. Lo que te pasó no te define, cariño. Y tampoco debes enfadarte contigo misma ni sentirte mal. Tú no tienes la culpa de nada. Hazme caso, si Rober no te hace feliz zanja ya ese tema. Si Alessandro es para ti, volverá. Y si no, solo debes hacer una cosa, Alma. Vive. Solamente, vive y siente todo lo que tengas que sentir.

—Gracias, Clau. Gracias por estar en mi vida. Eres una buena amiga. Necesitaba desahogarme. Voy a intentar dormir un poco ¿vale?

—Buenas noches, mi niña. Descansa y ya sabes que me tienes aquí para lo que necesites. Te quiero.

—Y yo a ti, chao.

Veo que Rober se ha quedado dormido en el sofá, así que no quiero despertarlo. Mañana intentaré que vuelva a España sin mí y veré como pongo orden a mi vida. Necesito hablar con Alessandro. Explicárselo todo, de principio a fin. Y después... después ya veremos.

Me tumbo de lado en la cama, miro por la ventana que está medio abierta y alcanzo a ver la luna que está algo escondida entre las nubes. Las palabras de Alessandro la noche que paseamos por la ciudad retumban en mi cabeza, cierro los ojos que los noto muy pesados e inflamados de tanto llorar.

Suspiro y caigo vencida por el cansancio.

Aún no sé que voy a ponerme para la fiesta. La verdad es que no tengo muchas ganas de ir, mi madre está peor por culpa de la quimio y me encantaría quedarme con ella en casa viendo alguna película. Si finalmente he cambiado de opinión es porque Clau puede ser muy convincente cuando se lo propone y porque mi madre me ha, casi, obligado a que salga para divertirme. Según ella, me lo merezco después de todo el curso estudiando a muerte para conseguir una buena nota para la universidad.

Busco en mi armario, pero como siempre, lo tengo repleto de prendas de “no sé que ponerme”. Después de un buen rato probándome modelitos, me decanto por una falda *denim* blanca y un top lencero en color turquesa. En el pelo me hago una coleta bien alta, tan estirada que hace que mis ojos se vean más rasgados. Un poco de polvos bronceadores, colorete y máscara de pestañas, ¡mucha máscara de pestañas!

He quedado con Clau a las diez para ir andando a la casa del chico de clase. Intento pensar en pasármelo bien y disfrutar de la fiesta, ¡se lo he prometido a mi madre! Además, tengo ganas de conocer un poco mejor a Rober. Lleva todo el curso detrás de mí, pero siempre le daba largas. Estaba tan inmersa en los estudios... así la pena de ver como mi madre se va iba consumiendo no era tan notoria.

Suena el timbre de casa y abro enseguida.

—Holaaaaaa, ¿estás lista? —saluda mi amiga dándome un abrazo eufórico.

—Sí, sí, déjame que coja el bolso y nos vamos.

—Mamá, me voy ya, Clau está aquí —voy hasta el salón donde está sentada leyendo su libro favorito y la beso para despedirme.

—Vale, hija. Ten cuidado y pásalo bien. Cualquier cosa me llamas a mí o a tu padre.

—Sí, mamá. Te quierooooo.

—¡No llegues muy tarde, Alma...! —grita sin darle tiempo a terminar la frase al escuchar que he cerrado de un golpe la puerta de casa.

Mi mejor amiga y yo vamos caminando por el vecindario ya que Rober no vive muy lejos. Siempre me ha gustado vivir aquí. Es un barrio muy bonito, tranquilo, con muchos árboles y las casas son muy parecidas entre sí. Casi todas tienen un jardín inmenso y, algunas, hasta piscina.

Por el camino vamos hablando de nuestras cosas. De nuestros recuerdos cuando nos conocimos, de las locuras que hemos hecho juntas, de que nos vamos a echar mucho de menos cuando vayamos a universidades distintas en ciudades diferentes.... Nos prometemos que siempre estaremos juntas pase lo que pase. Hablamos de los ligues de Clau y de que cuándo me voy a echar novio, tener mi primera experiencia sexual y esas cosas. Ella está algo más experimentada que yo en cuanto al sexo. Al fin y al cabo, yo aún no he tenido esa primera vez. Y, sinceramente, no es algo que me preocupe. Tampoco es que haya estado esperando al indicado para perder mi virginidad ni nada por el estilo. He tenido mis rollos, todos fueron un desastre para qué engañarnos, y nunca he sentido que quisiera llegar a nada más con ninguno. Desde que mi madre enfermó he estado más centrada en eso y en que quería ser una buena hija. No quería ocasionar más problemas a mi familia de los que ya tenían y para mí era más

importante pasar tiempo con ellos que salir por ahí de marcha y ligar con cualquier tío.

Por eso mismo, Clau, está casi más entusiasmada que yo por ver que voy a pasar tiempo con Rober. Sabe que está coladito por mí y no es ningún secreto que ha organizado esta fiesta para que yo también vaya, sino sabía que no me atrevería a quedar con él.

No tardamos en llegar. Se puede oír la música que está bastante fuerte. Tanto que no creo que los vecinos aguanten esta fiesta toda la noche y llamarán a la policía más pronto que tarde. Hay muchísima gente. Muchos compañeros de clase y, también, gente que no conozco de nada. Rober siempre ha sido uno de los más populares.

Alguien, que no sé quién es, nos invita a pasar y entramos directamente. En ese momento aparece Rober. La verdad es que es bastante guapo y para tener dieciocho años recién cumplidos tiene las facciones tan marcadas que lo hacen parecer mucho más mayor, sin perder esa granujería de adolescente por querer destacar.

—¡Qué bien, ya habéis llegado! Pasad, os presento a la gente —nos dice apoyando su mano en mi espalda para invitarnos a pasar.

—Madre mía, Rober esto está genial —alza la voz mi amiga, asombrada al ver cómo ha organizado todo—. ¿Verdad que está genial, Alma? —me da un codazo.

—¡Sí, sí! Es una pasada. ¿Tus padres te han dejado montar este pedazo de fiesta? Mira, si hasta tienes barriles de cerveza en aquella esquina... —señalo con la cabeza.

—Sí... —sonríe avergonzado —la verdad, es que ha sido mi madre la que se ha encargado de que no falte de nada. Ya sabéis lo controladora que es y el afán que tiene por que salga todo a la perfección.

—¡Qué considerada tu madre! Si te monta esta fiesta por empezar la Uni no quiero pensar lo que querrá organizar el día que decidas casarte...

—Tía... —susurra mi amiga haciéndome ver que mi comentario ha sonado muy mal.

—Lo siento. No quería ser maleducada.

—Tranquila. Llevas razón. Pero... así es madre —nos miramos los tres. —Bueno, ¿qué queréis tomar, chicas?

—Yo... una Coca-Cola estaría bien.

—Tía, ¿una Coca-Cola, en serio? Vienes a una fiesta ¿y pides una Coca-Cola? —pregunta Clau a la par que ambos me miran con cara de desconcierto y como si yo fuera un bicho raro.

—Está bien... pues, lo que tengas, Rober. Elige por mí, gracias —le sonrío.

—Así me gusta ¡hemos venido para pasarlo bien! Yo, lo mismo que le traigas a ella. Gracias, Rober.

—No entiendo porqué estás tan amable con él últimamente. ¿No decías que no lo soportabas? —pregunto a mi amiga en cuanto este se marcha a por las bebidas.

—Bueno, chica, démosle una oportunidad al chaval. Eres tú la que siempre me dices que deje de prejuizar.

—Ya, pero no entiendo tu interés ahora porque lo conozca más.

—Alma, nena, somos jóvenes y tenemos que disfrutar esta etapa. Sé que llevas un año duro con lo de tu madre, pero hasta ella misma te ha dicho que salieras a divertirte. Y si el tocapelotas de Rober te ayuda esta noche a evadirte un poco, ¡pues bienvenido sea! Y si al pasar tiempo con él se confirman mis sospechas sobre que es un inaguantable y un creído, pues me avisas y buscamos a otro candidato —me guiña un ojo.

—Está bien... Esta noche desconectaré de todo lo demás. ¡Vamos a pasarlo bien!

—¡Esa es mi amiga! ¿Dónde estabas escondida? —aplaude y me abraza.

Mientras tanto, recorremos la estancia esquivando a unos y a otros. La gente baila, bebe,

fuma y alguna que otra cosa más que no va para nada conmigo, por lo que intento mantenerme lejos de ellos. Todo el mundo se lo está pasando genial.

—Oye, por cierto, ¿dónde estarán las demás? —pregunta mi amiga. Y como si las hubiera invocado, aparecen al instante.

—Ah, pues mira, justo vienen por ahí.

Ahora sí estamos todas juntas. Claudia ha sido mi mejor amiga desde que teníamos cinco años. A las demás las conocimos cuando nuestros padres nos cambiaron de instituto y, a pesar de que Clau y yo estábamos juntas, nunca deja de ser difícil ser los nuevos, y más a una edad tan complicada. Rocío, María y Ana, eran inseparables y desde que llegamos el primer día nos hicieron un hueco en su grupillo. Con ellas todo fue más fácil.

La música nos envuelve por completo y empezamos a bailar como locas engullidas por ella. Rober nos acerca las bebidas y empezamos a disfrutar de la noche. No recordaba lo que sentía al dejarse llevar por lo que sientes en el momento. Aparcar las obligaciones, problemas y tristezas durante unos minutos para, simplemente, disfrutar.

Pasamos las horas bailando, bebiendo, hablando con los que hay en la fiesta. Rober ha querido acercarse en un par de ocasiones para decirme algo, pero no lo consigue. Lo noto tenso y no aparta la mirada de mí. Sé que me ha estado observando mientras bailaba con mis amigas. Sé que me ha visto hablar con algún que otro chico que se me ha acercado para ligar y que yo he mandado a paseo rápidamente. Y sé que esta celoso por ver cómo otros hacen todo lo posible por enrollarse conmigo mientras él se queda mirando.

He bebido lo suficiente como para tener la valentía de hacer lo que se me pasa por la cabeza. Por eso mismo, cuando vuelvo a verlo apoyado en el marco de la puerta y observándome descaradamente, me acerco a él.

—¿Qué miras tanto? —pregunto aún sabiendo la respuesta y dándole el último sorbo al vaso de plástico con ron, cola y mucho hielo.

—Si eres tan lista lo sabrás, Alma —lo miro por encima del vaso que aún tengo en mis labios. Lo sé, claro que lo sé. Pero quiero que me lo diga él—. Pues a ti, ya lo sabes —sonríe abiertamente.

Percibo que quiere acercarse más a mí.

—¿Te apetece bailar?

—Sabes que nada me gustaría más.

—¡Pues vamos! —sentencio sonriendo y agarrándole del brazo para tirar de él hacia dónde está todo el mundo bailando.

Empezamos a movernos, a saltar como locos, dejándonos llevar por la música, haciendo bailes extraños y poses raras. Más que bailar pareciera que estamos haciendo el ridículo. Sinceramente, siempre me ha dado igual lo que pensarán de mí y ahora no va a ser menos.

Miro alrededor para ver dónde se han metido las chicas, sin embargo, no las encuentro, así que sigo bailando con Rober. De golpe, alguien me hace la jugada perfecta, a traición. Puedo ver a una de mis amigas justo al lado del equipo de música. No me han quitado el ojo de encima desde que me acerqué a él, así que estaban esperando el momento idóneo para hacer de las suyas. Rocío, la muy espabilada, por no llamarla de otra forma, ha cambiado la canción y ha elegido una más lenta. Me hace un gesto para que aproveche la ocasión y me lance a los brazos de Rober. La miro con los ojos como platos y le hago un mohín para darle a entender que la quiero matar.

Rober me tiende la mano y yo le acepto el baile. Me acerco a él, con mis brazos alrededor de su cuello y sus manos sujetando mi cintura. Lo miro a los ojos y me da la risa tonta; esa en la que

te mueres de vergüenza cuando eres joven, estás con el chico con el que has estado coqueteando y no sabes cuál va a ser el siguiente paso. O sí, y por eso te comportas así. Porque sabes perfectamente que espera algo de ti.

Noto como, poco a poco, va deslizándose sus manos para pararse en mis caderas. Apoyo mi mejilla en la zona más alta de su pecho, muy cerca de su cuello y percibo como agacha un poco su cabeza para que el recorrido de su boca hasta mis labios sea aún más corto. Puedo sentir su respiración y sé que está nervioso. Supongo que se le pasará todo tipo de pensamientos por la cabeza y se morirá de ganas por besarme después de tantos meses detrás de mí para que aceptara conocernos más y le diera una oportunidad.

Así que no lo pienso más, levanto la mirada hacia sus labios y sin dudar, lo beso. No puedo mentir, es un beso bonito, con deseo, aunque algo nervioso y de dos jóvenes casi sin experiencia, sobre todo por mi parte. Es un beso fugaz que hace que nos quedemos con ganas de más. Rober me vuelve a mirar y puedo ver la adrenalina en sus ojos castaños.

Ahora es él quien me besa. Me agarra fuerte contra él y noto sus labios apretados con los míos. Moviéndose sin parar. Un beso con lengua tan intenso y sin esperarlo que casi parece vulgar. Está desatado, algo salvaje y siento su excitación contra mí. Empieza acariciarme los muslos y no me da casi lugar a reacción. Me pilla tan fuera de control, que lo empujo haciendo todo lo posible para soltarme de su agarre.

—¡Rober, para! —su mirada ahora es más oscura que segundos antes.

—Alma, perdona, me he dejado llevar un poco, lo siento. Pensaba que...

—Tranquilo, no pasa nada, solo te pido que vayamos más despacio ¿vale?

—Sí, claro. Lo siento mucho. Es que me gustas tanto que he perdido la razón... Si te parece te traigo algo más de beber.

—No, no hace falta, estoy bien así —si sigo bebiendo al final me sentará mal. El alcohol y yo no nos llevamos muy bien.

No obstante, él insiste.

—Venga, anda, ¡la última! ¿Sí?

—Está bien, pero sólo una más y me iré a casa. No quiero llegar tarde.

Intento buscar a mis amigas entre la multitud mientras Rober se dirige hacia la mesa de las bebidas. ¿Dónde se habrán metido?

En mitad de mi rastreo por encontrarlas, distingo cómo unos chicos que no conozco le dicen algo a Rober al oído. Parecen algo más mayores que él y, realmente, no sé qué pintan en esta fiesta. Parecen estar convenciéndolo sobre algo. No les hago mucho caso, así que sigo mirando por todos lados para ver si encuentro a mis amigas.

En ese instante, Rober se acerca y me ofrece el vaso. Lo noto algo nervioso, pero quizás esté así por lo que ha pasado antes. Seguimos moviéndonos al compás de la música, aunque esta vez algo más incómodos que unos minutos atrás. No deja de mirarme con el ceño fruncido cada vez que me llevo la bebida a los labios.

No transcurre mucho tiempo cuando empiezo a encontrarme muy mal. Todo me da vueltas. Oigo como Rober me dice al oído que ahora viene, que alguien está cambiando la música sin parar y se cargarán el equipo de música de su padre. Me empieza a faltar un poco el aire y estoy sudando mucho. Estoy completamente segura de que no estoy borracha. Un estado de relajación se va apoderando de mí haciendo que tropiece varias veces. Estoy más mareada, con los sentidos adormecidos. Necesito salir para que me dé el aire. Las piernas me flojean y casi soy incapaz de bajar las escaleras que dan paso a la terraza trasera. Salgo casi tambaleándome y logro llegar hasta el jardín. Creo que este pequeño oasis, porque sí, es lo que realmente parece, es más grande

que el de ninguna casa de la zona, casi puedes perderte en él y está demasiado solitario para toda la gente que hay que en la fiesta. Y estoy segura, al 99,99%, que el motivo de su silencio es porque se han gastado un pastón en tenerlo como si fuera el mismísimo jardín de la reina de Inglaterra y los padres de Rober le han dejado bien claro que esta zona de la cosa es intocable. De hecho, dentro de mi aturdimiento, me percato de que está bastante oscuro para toda la luz que irradia la casa.

Tras de mí, oigo unas risas que cada vez siento más cerca. Me apoyo en un gran árbol que hay en la parcela. Levanto la vista y aunque la tengo algo nublada alcanzo a distinguir tres siluetas. No sé quiénes son. Enfoco todo lo posible para saber de quienes se trata. Parecen los que estaban con Rober hace un rato, pero en este estado no estaría muy segura.

Empiezan a soltar barbaridades y a decirme cosas asquerosas. Una angustia se apodera de todo mi ser. Me siento amenazada y acorralada. Están muy cerca de mí y me toquetean. Me pasan del uno al otro a empujones y todo me da vueltas. Quiero salir de aquí. Les grito que me dejen en paz y trato de echarlos de mi lado, pero no tengo fuerzas y la voz casi se pierde en mi interior. Uno de los tres me responde con un golpe en la cara para que me calle y hace que caiga al suelo. Me ha partido el labio y el sabor de la sangre recorre mi garganta. Cada vez se ríen más, como si esto fuera un juego. Se están divirtiendo y yo estoy muerta de miedo. Otro de ellos se pone encima y siento toda su presión en mi cuerpo. Hago todo lo posible por apartarlo, muevo las piernas con brusquedad para salir de este horror, pero no lo consigo. Todo mi cuerpo pesa como una maldita losa de hormigón. Lo que sea que haya tomado ha reducido mi voluntad. Los otros dos me sujetan de las extremidades. Estoy aterrorizada y lo que sé que va a pasar hace que lllore desconsoladamente y empiece a gritar. Grito como nunca para que alguien venga ayudarme. Sin embargo, nadie me oye, pues mi voz no es lo suficientemente fuerte y el sonido de la música anula cualquier ruido. Me golpean una y otra vez, cada vez más enfadados, excitados, fumados y drogados. Como si mi sufrimiento les causara mayor placer.

Odio su olor. Huelen muchísimo a alcohol, a tabaco y a sudor.

Están más agresivos que antes. De verdad que estoy haciendo todo lo posible para no ponérselo fácil. Me dicen que esto ha sido culpa mía y que los he excitado con mi forma de bailar, por cómo contoneaba las caderas, por cómo calentaba a mi noviete para después dejarle con las ganas.... Me obligan para que deje hacer lo que quieran conmigo, tan convencidos de que me gustará.

¡Están enfermos si piensan eso!

Me golpean nuevamente en un intento de seguir chillando. Cada vez me propinan golpes más fuertes, haciéndome sangrar. Si siguen así perderé el conocimiento y hasta pueden llegar a matarme. Tengo la ropa rasgada por los tirones que le han dado para dejar casi al descubierto cada parte de mi cuerpo. Escucho como se bajan las cremalleras de los pantalones y siento que voy a vomitar.

No tardo en sentirlos. Primero uno, después otro y después otro. Ya no tengo fuerzas para gritar, ni para rogarles que paren, ni para nada.

Estoy bajo la penumbra de una noche horrible, tirada en el césped bajo la merced de sus deseos. Las lágrimas caen sin fuerza alguna mojándome todo el pelo. Estoy en el infierno y ellos son el mismo demonio. El aire se me escapa entre los labios pidiéndoles por favor que paren.

De pronto, escucho una voz familiar que grita acercándose a ellos. Los insulta, los empuja y consigue apartarlos de mí. Yo aún sigo tirada en el césped. En realidad he dejado de ser consciente de lo que está pasando a mí alrededor. La oscuridad se cierne sobre mí al cerrar los ojos y creo estar viviendo una pesadilla.

—Pero, ¿qué habéis hecho? Sois unos hijos de puta. ¡Dejadla en paz! Marchaos... voy a llamar a la policía.

—Sí, claro, y ¿qué les vas a contar? Eres tan culpable como nosotros. Solo hemos hecho lo que tú no te has atrevido a hacer —responde uno de ellos, riéndose.

—Te recuerdo que la has drogado tú, así que piénsate lo de llamar a la policía —amenaza otro.

—¡Fuera, fuera de aquí!

Rober se agacha a mi lado. Me aparta el pelo de la cara y se lleva las manos a la cabeza sin saber qué hacer. Mira hacia todos lados por si alguien más nos ha visto. Él también empieza a llorar.

—Dios mío, Dios mío... todo esto es culpa mía.

—Llama a la policía, Rober, por favor —consigo escurrir las palabras.

Del bolsillo del pantalón saca su móvil de última generación, que por supuesto es de los primeros chicos que ha logrado tenerlo, y tras pensarlo unos segundos, llama a alguien.

Sigo tan drogada que es imposible mantener los ojos abiertos ni pendiente de con quién habla. Cuando cuelga, vuelve a mi lado para cogerme en brazos. Está muy nervioso, con la respiración entrecortada y la mirada aún vidriosa. No para de repetir, una y otra vez, que ha sido su culpa. No entiendo muy bien por qué lo dice. Yo solo quiero morirme y desaparecer de este mundo.

Logramos llegar al baño de su habitación sin que nadie nos vea e intenta limpiarme con una toalla la sangre que tengo por todas partes. Estoy muy dolorida. Ya ni tengo que hacer el mínimo esfuerzo para llorar, pues las lágrimas caen por sí solas. Sigo inmóvil, sentada en la tapa del inodoro y con la mirada perdida en los azulejos blancos y relucientes que tengo bajos mis pies. Estoy en estado de *shock*. Sin embargo, él sigue derramando lágrimas por todo lo que ha pasado, da mil vueltas por todo el baño, pensando, sin dejar de decirme que esto no hubiera ocurrido de no haber sido por él y que siempre estará a mi lado para cuidarme. Me acaricia las mejillas, me agarra de las manos para que reaccione, intenta colocarme bien la ropa... sin éxito alguno a que yo me inmute. Tan solo puedo pensar en que me voy a desmayar en cualquier momento y en que si eso ocurre no quiero abrir los ojos jamás.

Al cabo, no puedo asegurar si han pasado minutos u horas, suena la puerta del baño abriéndose y Rober se queda inmovilizado al ver a su madre.

No puedo escuchar bien lo que le cuenta mientras yo sigo sentada con la mirada perdida, dolorida y repleta de sangre, con una sábana por encima de los hombros. Imagino que está tratando de explicarle lo que ha pasado. Siempre me ha parecido una mujer fría y su entereza me abruma. Logro escuchar cómo le dice a su hijo que el daño ya está hecho y que si alguien se entera de lo que ha pasado tirará su futuro a la basura.

Ella no tarda en aparecer de nuevo con unas pastillas en la mano. Ordena a su hijo que me las de y lo convence haciéndole ver que me ayudarán a relajarme. Acto seguido, su madre se detiene frente a mí con la misma entereza que cuando entró un instante antes y me convence de que nadie puede enterarse de lo sucedido. Estoy temblando, muerta de miedo por lo que acaba de pasar. Les digo que quiero irme a mi casa, contárselo a mis padres y que esos malnacidos paguen por lo que han hecho. Sin embargo, Alicia, así se llama ella, me persuade de que lo mejor será que me quede aquí, que descanse y que le dirán al médico de la familia que venga. Ni mi familia ni mis amigas pueden verme así. Ella misma se ofrece a llamar a mi madre para que se quede tranquila. No sé por qué me dejo convencer por ellos, pero lo hago.

Estoy totalmente rota, por dentro y por fuera.

Las pastillas que me han dado hacen un efecto casi inmediato y siento que voy a caer en un

sueño profundo, inconsciente.

Suena el despertador y lo apago a toda prisa, no soporto ese ruido por las mañanas. Me doy cuenta de que Rober está a mi lado, con su brazo por encima de mi cintura. No sé en qué momento de la noche se vino a la cama y se tumbó junto a mí. Lo observo durante un rato y pienso:

“¿No era esto lo que yo quería? Había intentado participar de forma activa en cada instante de la vida que tenía con él. ¿Por qué no me veía en ella?... No, esta vida con Rober la había creado él. Él y su familia controladora, mentirosa y asquerosamente rica. Están enfermos. ¿Cómo fueron capaces de hacer lo que hicieron? ¡Tengo un grandísimo problema! Y no sé qué hacer. No siento nada viviendo esa vida. Ni pasión, ni chispa, ni fe, ni emoción, ni amor... nada. Bueno, algo sí que siento... rabia y dolor. No me gusta sentir esto. Yo solía ser una chica risueña, alegre y divertida, pero me he ido apagando casi sin darme cuenta.

¿Esta es la persona que voy a ser siempre? Ojalá la vida, el destino, el universo, Dios o lo que sea me mandara una señal, la que sea... necesito una señal... ¡AYUDA!”

Me levanto con sigilo para que no se despierte, cierro la puerta de la habitación y voy a la cocina. Cojo una cápsula de café y la introduzco en la máquina. Me lo preparo como de costumbre y me tomo una pastilla para la jaqueca. Me sentó fatal el champán de anoche. Recuerdo todo lo de ayer y vuelve a mí un sentimiento de tristeza. No quiero ver a Rober cuando se despierte, no después de ver que fui engañada y manipulada. Sé que va a intentar convencerme para que vuelva con él a España y no quiero. Necesito saber qué voy a hacer con mi vida e intentar contactar con Alessandro.

Me pongo unos shorts de algodón a juego con la parte de arriba, me calzo unas deportivas, me recojo el pelo en una coleta y decido salir a dar un paseo para que me dé el aire. Quiero estar a solas conmigo misma, pensar con tranquilidad para poder tomar una decisión. Pero antes, le escribo una nota a Rober explicándole cómo me siento. En el fondo quiero dejarle, como en tantas otras ocasiones, pero soy una cobarde... son tantos años juntos que no sé qué pensar. ¿Y si me estoy equivocando? Sin duda, ahora que lo recuerdo todo es diferente, y aún así no sé cómo reaccionar. Lo que tengo claro es que no quiero mirarlo de nuevo a los ojos y ver cómo vuelve a engañarme.

“Dame tiempo por favor. No sé cuando, pero sé que volveré a ser yo de nuevo. No sé cómo... no tengo ni idea de cómo estaré, cómo veré la vida, cómo será todo, pero sé que volveré a ser yo de nuevo. Quizás no la misma, pero sí yo. Si de verdad me quieres deberías concederme eso.

Dame tiempo, lo necesito. Necesito parar, respirar y después seguir. Necesito encontrarme y poder encajar algunas piezas o tratar de hacer todo lo posible para vivir con este roto. Pero necesito paz, tranquilidad, menos miedos, menos problemas y menos pensamientos oscuros en mi cabeza. Necesito sanar. Desconectar y vaciar mi mochila porque a veces pesa demasiado. Necesito llorar menos y sonreír más. Y poder disfrutar un poco más del regalo de la vida. Necesito volver a ser yo y sé que lo haré.

Pero dame tiempo.”

Releo lo que he escrito pensando en si Rober lo entenderá y me dará espacio, y aunque lo dudo porque a veces puede ser muy convincente, tengo un ápice de esperanza.

Lo que me asombra es que la memoria haya sido capaz de enterrarlo durante tanto tiempo. Me he dado cuenta de que hay un montón de cosas que una entierra así, con apariencias de eternidad, porque de lo contrario vivir es imposible. Por eso me he sentido así todos estos años. Había algo en mí que no funcionaba por no ver toda la verdad.

“Rober, me destruiste mucho más de lo que imaginas”. Me digo en voz alta.

Las miles de preguntas que me hago a mi misma siguen torturándome. Con él ya nunca volví a ser ni la sombra de lo que era. Las heridas viejas se vuelven a abrir por golpes nuevos y vuelven a sangrar.

Duele tanto.

Pienso mientras reparo en las ruinas en las que me he convertido después de todo el desastre y sé que va a ser difícil dejar atrás todo aquello que me hace sentir así, pero tengo que hacerlo. Se lo prometí a mi madre y debo alcanzarlo por mí.

Paseo por estas calles que me han hecho sentir tan diferente. A estas horas de la mañana la ciudad sigue adormecida y continúa siendo preciosa. Se respira paz.

Me apetece escuchar música, es mi gran acompañante cuando necesito pensar y aclarar mis ideas. Pongo *Spotify*, modo aleatorio y suenan los primeros acordes: “11 razones para olvidar”, de mis canciones favoritas y justo en este momento es la señal que necesitaba. No sé si es el destino, una fuerza mayor o las paranoias que yo misma me monto en la cabeza, pero todo apunta a un solo pensamiento. El pensamiento de no seguir con la vida que tenía en Madrid. Mi vida ahora está aquí. Lo siento en mi corazón.

Sigo escuchando la letra de esta canción. “...para ya nunca olvidar que te tengo que soltar y cuidar mi corazón... necesito más... Hay una razón que no me esperé, pero mientras tú te vas, me encontré un amor que me quiere mucho más...”

Vuelvo a recordar todo lo vivido con Alessandro estos dos últimos días. Es un locura sentir lo que siento por él en tan poco tiempo, lo sé. Sin embargo, algo que no logro comprender me dice que es el indicado. Su carisma, su forma de hablarme, sus conocimientos, lo atento que ha estado cuando le hablaba y su manera de escucharme con tanta atención como si de verdad le interesara lo que le estoy contando. En las pocas horas que hemos podido conocernos he podido ver a través de él, más allá de su apariencia. Sé que de verdad quiere lo mejor para mí sin apenas conocerme.

¿Acaso es posible que haya personas así? ¿Desinteresadas y bondadosas que solo buscan lo mejor para el otro?

Solo con mirarlo me hace sonreír y es el único que ha conseguido provocarme todo esto que estoy sintiendo y llenarme de dudas en cuanto a mi vida. El que pone mi estomago del revés y el que hace que mi corazón palpite fuertemente. Quiere que sea feliz por mí misma sin necesidad de nadie más y el tiempo que he pasado con él me ha hecho sentir que puedo volver a ser yo después de todo lo vivido.

Ahora me doy cuenta que el amor puede ser real, puro y sencillo. Me ha hecho ver que puedo ser libre y, esté él en mi vida o no, me ha enseñado a ver el regalo que es la vida.

Es imposible salir inmune a algo así.

Apago los *AirPods* y decido a llamar a Alessandro. Llamada tras llamada no descuelga. Cierro los ojos y respiro hondo. Le mando un mensaje y veo que está en línea para desconectarse justo cuando voy a escribirle. Siento un nudo en el estómago, pero aún así se lo envío:

“Muchas veces tomamos decisiones que pueden ser equivocadas.

Las segundas oportunidades están para aprender de ellas y hacerlo mejor. Tenía que habértelo contado yo y, créeme, quise hacerlo, pero no pude. Fui una cobarde. No me preguntes porqué... simplemente tuve miedo. Necesito contarte todo y el porqué. Lo siento con toda mi alma. Lo que ha pasado entre tú y yo es lo más bonito que he sentido nunca. Tienes que creerme. ¿Me das otra oportunidad?”

Mensaje recibido. En línea. Doble *check* azul. Unos segundos... fuera de línea.

Casi no puedo contener mi enfado. Enfado por la manera en que ocurrió todo y enfado por mí, por tener miedo y no afrontar las cosas. Aunque, por primera vez, abrazo ese dolor que siento porque ha hecho que mi corazón vuelva a latir y sentirse vivo.

Vuelvo a casa tras unas horas divagando por la ciudad, pensando en que ojalá Rober me dé el espacio que necesito y lo comprenda. Después de tantos años y aunque por fin entienda todo, necesito dejar el pasado atrás y pasar página. No quiero más problemas y necesito estar en paz.

Para mi sorpresa, no está. Se ha ido. Y justo dónde le dejé la nota hay otra en su lugar.

“Me ha surgido algo importante en la oficina que tengo que solucionar. Espero tu llamada cuando te aclares de todo eso por lo que crees estar pasando. Recuerda que tu vida podía haber sido mucho peor si yo no hubiera aparecido aquella noche.

Te quiero, peque.”

En parte me siento aliviada de que se haya marchado, aunque cada vez me duele más que me siga recordando aquello como si fuera el gran salvador y tuviera que dedicar mi vida a él por el mero hecho de estar agradecida. Si supiera que lo sé todo...

¡Se acabó! Decidida abro el portátil y busco los vuelos que hay a Madrid. Sé que Rober estará ocupado todo el día en reuniones. Solo vive para su trabajo y no tendrá tiempo de pasarse por el ático. Ya no tengo nada que me ate allí, salvo mi mejor amiga. Ahora, ella es mi única familia. ¡La echo tanto de menos! Ojalá tenerla aquí conmigo, pero sabe que esto me hace feliz y cuento con todo su apoyo. Además, así siempre tendrá una excusa para viajar a Italia.

Primer vuelo a las una de la tarde. Miro el reloj y veo que aún me da tiempo. Saco el billete y como alma que se lleva el diablo cojo una bolsa de mano en la que solo meto un neceser con lo más esencial y una muda. Mi intención es volver a Madrid a por todas esas cosas que no pude traerme y regresar enseguida.

Marco el teléfono de Claudia.

—¿Sí? —contesta con voz de dormida.

—Clau, ¿todavía en la cama?

—Oh, Alma... sí. Es que ha sido una noche dura en el hospital, pero dime, ¿estás mejor?

—Clau, cojo un vuelo a Madrid en un rato. He tomado una decisión y pase lo que pase lo voy a hacer. Quiero recoger algunas cosas del ático y volveré lo antes posible a Roma. ¡Pero te necesito!

—Cuenta con ello, Alma, ya lo sabes.

—¿Podrías recogerme en el aeropuerto y acompañarme al piso? No quiero ir sola.

—Por supuesto, mi niña. Avísame cuando subas al avión y estaré allí esperándote. ¡Cuántas ganas de verte y darte un abrazo!

—Yo también tengo ganas de verte. ¡Te echo mucho de menos! —digo con una alegría infinita por volver a verla—. Tengo que dejarte que salgo pitando, nos vemos en unas horas.

—Chao, cariño. Ten cuidado.

Aeropuerto de Fiumicino, T3. Cuánto ha cambiado la situación desde que puse un pie en este lugar hace dos meses. ¡Quién me lo hubiera dicho!

Hay mucha gente, tanta que me cuesta la misma vida llegar hasta el mostrador para sacar la tarjeta de embarque. Paso el control y escucho por los altavoces la voz de una mujer: “Última llamada para el vuelo Roma-Madrid”.

Voy con el tiempo justo, pero antes consigo comprarme un sándwich en un restaurante frente a la puerta de mi vuelo.

El embarque es bastante rápido. Le mando un mensaje a Claudia para que sepa que vamos a despegar y pongo el móvil en modo avión.

Cierro los ojos al sentir las vibraciones de las ruedas deslizándose por el asfalto de la pista. Mi espalda se pega al respaldo por la inercia. Me agarro fuerte al reposabrazos al sentir las cosquillas en el estómago. Volar no ha sido nunca mi fuerte y siempre es como si fuera la primera vez, pero intento relajarme. Miro por la ventanilla, contemplando cómo el avión va cogiendo altura y tras un rato observando que dejamos atrás el aeropuerto y sobrevolamos el mar, consigo descansar un poco.

Llegamos a la hora fijada y no ha habido ningún contratiempo. Mejor porque no tengo tiempo que perder.

Clau está esperándome fuera, en la puerta de salidas. Cuando la veo ahí, de pie, esperándome tan guapa como siempre con su melena corta y rubia y sus ojos verdes y brillantes, no puedo evitar soltar un grito de emoción y me tiro sobre ella para abrazarla. Un abrazo largo y de hermanas más que de amigas.

—Clau, que guapísima estás —la miro de arriba abajo.

—Tú sí que estás guapa, nena. Te sienta bien Roma —se ríe a la par que me obliga a dar una vueltecita para observarme.

—¡Anda, calla! —nos volvemos a reír juntas.

—Venga, vamos —suelta excitada.

Está casi más emocionada que yo por la locura que voy a cometer. Tengo que reconocer que estoy muerta de miedo. No sé cómo voy a enfrentarme a esto. No obstante, tengo que tener el valor de hacerlo.

Mientras conduce y desvía su mirada hacia mí en varias ocasiones, se fija en que estoy bastante pensativa y me afirma con una tranquilidad que ni yo misma entiendo.

—Tú puedes, Alma. Tu felicidad depende de ti y de nadie más. Eres una luchadora, puedes con esto y con más. Y ya es hora de que no pienses en nadie más. Ya has desperdiciado demasiado tu vida por los demás y por gente que no lo merece. Ahora te toca a ti vivir.

—Gracias, Clau. Ojalá verme yo más a menudo como me veis el resto.

—Pues ya es hora de que lo hagas ¿me oyes? —expresa a la vez que no aparta la mirada de la carretera—. Por cierto, tienes que contarme todo al detalle de ese chico, quiero saberlo todo.

—¡Cómo no! La Claudia cotilla ha aparecido, señores —me da un ataque de risa.

—No sé de qué te ríes... ¿Acaso tenías dudas? —se ríe conmigo.

—¿Puedo quedarme esta noche en tu casa? No quiero arriesgarme a ver a Rober... aún no tengo las fuerzas suficientes. Si lo tengo delante sé que no seré capaz.

—Claro que sí, cariño. Puedes quedarte todo lo que quieras, es tu casa.

—¡Gracias! Si es que te tengo que querer —suelto cariñosa y me acerco para agarrarla por el brazo y achucharla.

Tras un buen rato conduciendo, llegamos al edificio. Lo observo desde dentro del coche y miro hacia lo más alto.

—¿Quieres que suba contigo? —pregunta mi amiga sabiendo lo que me va a costar.

—No, Clau, gracias. Es algo que tengo que hacer sola. No creo que tarde. ¿Me esperas aquí?

—Claro que sí, avísame si necesitas algo. No me moveré —me da un apretón de manos para transmitirme su fuerza y me bajo del coche.

Traspaso las puertas de entrada del edificio y saludo a Francisco; el conserje. Un hombre alto, delgado y con pelo canoso. Me dobla la edad y, perfectamente, podría ser mi padre. Tiene un atractivo natural y lo que más destaca en él es su elegancia al vestir, de acuerdo con el recinto en el que trabaja, y su buena educación. Todo ello ha provocado que, en más de una ocasión, haya sido motivo de miradas seductoras de todas las señoras que viven en este edificio. Aunque él solo tiene ojos para su mujer.

—Señorita Alma. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal está?

—Muy bien, Francisco. Gracias por preguntar. ¿Usted está bien? ¿Su mujer y sus hijas?

—Todo bien, señorita. No nos podemos quejar —sonríe alegre. Tiene esa sonrisa que llega a contagiar casi sin esfuerzo.

—Me alegro mucho —me acerco más al mostrador y le agarro una mano. Me mira preocupado—. Verá, Francisco, vengo a recoger algunas cosas más...

—¿Se va de nuevo? ¿No vuelve a casa? —lo observo con dulzura y sonriendo.

—En realidad... nunca fue mi casa.

—Entiendo... —no necesita saber nada más. Francisco es un hombre muy listo y no se le escapa una. —¿Y qué necesita?

—¿Cuándo baje me ayudará a cargar el equipaje en el coche?

—Por supuesto. No me moveré de aquí hasta que termine de hacer lo que tenga que hacer.

—Gracias, Francisco —le aprieto con fuerza su mano y me dirijo al ascensor.

—Suerte, señorita. Y si necesita algo solo tiene que marcar el número de la centralita —le dedico una mirada de agradecimiento antes de entrar en el ascensor.

Del bolso saco las llaves de la que un día fue mi casa. Aún no me lo creo. Introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta con nerviosismo. Me quedo petrificada. Algo me impide poner un pie en este precioso ático. He vivido tantos momentos aquí y, aunque no me sintiera como en un hogar de verdad, mentiría si dijera que no he vivido buenos momentos también. Al fin y al cabo parte de mi vida está aquí. No obstante, ha sido una vida de mentiras. Falsa y dolorosa. Sé que necesito un cambio, y uno radical. Si bien, en el fondo no es el cambio lo que más miedo me da, sino que mi vida no cambie de una vez por todas.

Decidida, me armo de valor y me atrevo a entrar por fin, cierro la puerta, y miro alrededor. Todo está tal cual lo dejé, como si nunca me hubiese ido. Sin duda es una joya arquitectónica y es un ático increíble. De eso no cabe duda.

Voy directa a la cocina para beber un vaso de agua y miro el gran ventanal que ocupa toda la primera planta. Salgo a la terraza con el vaso aún entre mis manos y me resguardo del sol bajo la pérgola. Observo las increíbles vistas a Madrid. Mi mirada viaja por cada rincón de esta inmensa terraza. En cada esquina hay un recuerdo con Rober. Los baños en la piscina infinita al caer el sol, las cenas románticas bajo el cielo de una ciudad que nunca duerme, los *brunchs* con sus

padres y amigos; esos que para nada sentía míos... Vuelvo adentro, recorriendo cada estancia de la casa con algo de nostalgia. Sin embargo, todos esos recuerdos los veo tan lejanos, como si realmente los hubiera vivido en otra vida o incluso una persona distinta. Por lo que me convenzo de que mi vida no puede seguir siendo esta y mucho menos ahora que ya no soy la misma.

Me dirijo hacia el vestidor e introduzco algo más de ropa en una maleta. Mis ojos se van directos hacia las camisas y trajes de Rober. Todos perfectamente colocados por tejidos y colores. Acaricio las mangas de una de sus chaquetas y una parte de mí siente pena. Sé que él tampoco lo está pasando bien con todo esto, al fin y al cabo también ha estado viviendo auto engañándose. Pero, llevamos muchos años con esta farsa y no quiere admitirlo.

Abro uno de los cajones del vestidor donde guardo todas las joyas que me ha ido regalando. Tras buscar todo lo que quiero llevarme conmigo, encuentro ese regalo. Esa pulsera de plata y con cierre de corazón. Ni si quiera me llaman la atención las joyas plateadas. La observo al detalle. Esa que me regaló cuando apenas éramos unos críos y empezó todo. La de aquel día cuando desperté de la pesadilla más horrible de la noche anterior, obnubilada por algo que creía que no podía haber sucedido de verdad y que cambiaría mi existencia para siempre. Nunca la llegué estrenar. Dolía demasiado. Fue una de sus tantas formas de comprar mi silencio y no supe verlo en el momento.

Cojo los pendientes de oro que me regaló mi madre antes de que falleciera. Eran los más bonitos que había visto nunca y desde que era una niña siempre me decía que algún día los llevaría yo. Se los regaló mi padre cuando supieron que estaba embarazada de mí y que formarían la familia que tanto deseaban después de tantas complicaciones. Suspiro al recordarlo.

Salgo de la habitación y doy un último repaso a todo para que no se me olvide nada.

Debería hablar con Rober en persona y decirle que esto se acabó. Pero me da miedo por cómo pueda reaccionar. Siempre que no salían las cosas como quería podía llegar a ser un poco violento, aunque a mí nunca me ha hecho nada. Aún así, temo que esto pueda afectarle más de la cuenta y no soy capaz de decírselo ahora.

Quizás si podría llamarlo o... mandarle un mensaje de voz, al menos así escucharía lo que tengo que decirle sin que me interrumpa. Pero, sé que se plantaría aquí incluso antes de que pudiera marcharme y no dejaría que me fuera. Por lo que cojo un bolígrafo de su lapicero de piel, saco un papel del cajón de su mesa del despacho y le dejo una nota:

“Querido Rober:

Sabes por lo que estoy pasando y por lo que he pasado, sino logras verlo creo que tenemos un problema. Sabes cuánto me ha costado llegar hasta donde estoy y todo lo que he soportado. No quiero que nadie me corte las alas. Necesitaba un tiempo, alejarme y llorar. A veces es tan necesario. Esta vida y todo el pasado me estaba consumiendo y agotando mi energía. Necesito aprender a quererme y reconstruirme.

Duele, y duele mucho hacer esto, pero estoy cansada de tener un corazón lastimado. Arruiné tantas cosas que podrían haber sido increíbles porque estaba afligida y no era capaz de afrontar la realidad. Esa que me arrebatasteis tu madre y tú hace años.

Necesito empezar a vivir y dejar de pensar en cómo hacerlo. Quiero ser esa chica que anhela cumplir sus sueños y que combate sus miedos.

No espero que lo entiendas, pero sí que lo respetes. No puedo aferrarme a nada del pasado contigo. Necesito amar y mucho. Soltar, ser yo misma, elegir el camino que me haga feliz y necesito perdonar. Con esto último no quiero decir que el perdón cambie el pasado, pero si le da sentido a mi futuro. No quiero seguir siendo prisionera de todo lo que sucedió, por eso te perdono Rober. Te perdono aquello que hiciste pensando que era un bien y te

perdono tu modo de actuar conmigo, aunque ni tú mismo quieras reconocerlo por miedo a ver la persona en la que te convertiste. Fuiste tan culpable de lo que ocurrió como el resto... aún así, te perdono.

De verdad que he intentado decírtelo en persona, pero no puedo, ruego que me comprendas. He terminado de recoger algunas cosas y vuelvo a Italia.

Por favor, no me busques.

Alma.”

En este momento soy capaz de entender que los malos momentos también terminan y no pasan solamente para que sufras, pasan para que aprendas.

Este era el final de nuestra historia, el cual estaba escrito desde el principio. Nunca debimos estar juntos.

Me llevo la mano al interior del bolso, saco el anillo de compromiso que tenía guardado en su cajita de piel color rojo y, junto a las llaves de este piso, los pongo sobre la carta.

El sonido de un objeto de metal jugueteando con la cerradura me atemoriza de golpe. Se abre la puerta y el ruido de unos tacones pisando fuerte anuncian la presencia de...

Ella.

—**A**lma, pero niña... ¿Qué haces aquí?

—Hola Alicia —respondo seca. Esa misma pregunta podría hacérsela yo. Sigo sin entender por qué demonios siempre tuvo que tener llaves de esta casa. Sinceramente no esperaba encontrármela a ella—. He venido a por unas cosas, pero ya me iba.

—¿Mi hijo sabe que estás aquí? —pregunta con descaro y altanería. Nunca le gusté para su hijo, pero tuvo que aceptar que su hijo me quería y por eso hizo lo que hizo. Mejor eso que no un escándalo que afectara a toda su familia.

—Tu hijo estuvo conmigo ayer... salió de Roma temprano, le había surgido algo importante. Yo he cogido un vuelo, también, horas más tarde.

—Lo llamaré para que sepa que has vuelto —saca el móvil de su *Chanel* blanco a juego con su vestido.

—¡No! Alicia, por favor. No he vuelto. Ya te he dicho que he venido solo para recoger algunas de mis cosas y me vuelvo a Roma lo antes posible.

Piensa durante unos segundos con el ceño fruncido.

—Alma, no te atrevas a dejar a mi hijo de esta forma —me señala con el dedo percatándose de que le he dejado una carta encima de su mesa del despacho junto al anillo de compromiso.

—¿O si no qué, Alicia? —respondo enfadada.

—¿Qué crees que pensará todo el mundo si se entera en la forma que has dejado a mi hijo después de contar lo que hizo por ti cuando eráis jóvenes? —me amenaza.

—Alicia, ya no puedes amenazarme. Lo sé todo. Toda la verdad y no creo que te convenga que la gente con la que te relacionas sepa lo que verdaderamente pasó en tu casa ¿no? Tu hijo se dejó enredar por unos tipos y cometió una atrocidad que desencadenó la mayor crueldad. Pero... fuiste tú la que lo convenció para que olvidara aquello y pensara en su futuro. No sé cómo pudiste ser capaz de hacer eso. No tienes perdón. Tú eres la peor de todos.

—¡No serás capaz, niña! —grita desconcertada por ver que he sido capaz de encararla.

—No me pongas a prueba. A estas alturas, yo ya no tengo nada que perder, pero ¿tú?... Tú puedes perderlo todo. Así que déjalo estar y no te metas. Te lo pido por favor.

Paso por su lado casi rozándome con ella, cargada de bolsas y maletas de viaje, cuando me agarra del brazo.

—¡Como salgas por esa puerta te arrepentirás! —sigue convencida de que me echaré atrás ante su tono.

—Suéltame y déjame en paz.

Me zafo de su mano con un gesto brusco, la dejo atrás y con un portazo cierro la puerta de la que un día fue mi casa para no volver jamás.

Presiono varias veces el botón del ascensor, como si así este trasto fuera más veloz, y una vez abajo salgo lo más rápido posible. Francisco me ayuda enseguida y salimos del edificio. Estoy alterada y la sangre circula por mi cuerpo a toda velocidad. Siento el corazón en la garganta y pienso que en cualquier momento se me va a salir por la boca. Sin embargo, me siento bien por haberlo hecho. Me he quitado un gran peso de encima. Nunca había tenido la valentía de

enfrentarme a esa mujer, pero lo he conseguido. Ya no podrá chantajearme más ni manejar nuestra vida, MI VIDA, a su antojo.

Nos dirigimos como un rayo hacia el coche, metemos las maletas en el maletero, le doy un abrazo sincero a Francisco por ser un gran apoyo cuando vivía aquí y tras desearme suerte en mi nueva vida le ordeno a Clau que arranque cuanto antes.

—¿Qué ha pasado Alma? ¿Estaba Rober? —se preocupa viéndome tan sobresaltada.

—¡No! —respondo a la par que intento coger aire—. Ha llegado su madre. Se ha atrevido a amenazarme si le hacía eso a su hijo, pero me he encarado con ella. ¡Se acabó!

—Así se hace mi niña. No les perteneces. A ver si se enteran de una vez.

Observo con detenimiento mis manos, que aún siguen temblando por lo que acaba de ocurrir, y ahora sé que no llevaré nunca más ese anillo que me ataba al pasado. Me siento libre al fin.

Tras unas paradas en las que Claudia tenía que hacer varios recados, y que yo la he acompañado gustosamente, llegamos a su casa. Echaba de menos pasar tiempo con ella.

Su piso es pequeño. Tiene la cocina abierta con el salón, dando así una sensación de amplitud, y su hogar nos recibe con la misma energía que desprende mi amiga.

—Clau, ¿y tu chico? No quiero molestar... —lleva unos meses saliendo con un muchacho y por lo que me ha contado parece que van en serio. Aunque conociendo a Claudia, nunca se sabe.

—¡Hoy no duerme aquí! —vocea desde la habitación mientras se cambia de ropa—. ¡No te preocupes, tú nunca molestas!

—El piso te ha quedado precioso —observo hacia todos lados fijándome en cada detalle. Cuando se mudó hace apenas un mes no pude venir a verlo. Tan solo lo vi por encima en algunas fotografías que me envió.

—Bah, hago lo que puedo, sabes que me gusta la decoración, pero este pisito no da para más —aparece en el salón encogiéndose de hombros.

—Pues... me encanta.

—Por cierto, nena, estás en tu casa. Date una ducha si quieres y ponte cómoda. ¿Te apetece que pidamos comida china para cenar?

—Oh sí, me apetece mucho. ¿Te acuerdas cuando siempre pedíamos esas galletitas de la fortuna y nos creíamos todo lo que decía? —sonríó al recordar viejos tiempos.

—Sí, sí —reímos juntas—. Qué ingenuas éramos. Aunque yo sí que me las creía, eh. Casi siempre acertaban.

—Anda, anda... tonterías —la contradigo moviendo la cabeza de lado a lado.

Aprovecho mientras ella hace el pedido para darme una ducha bien merecida y que, sinceramente, me sienta genial. Pudiéndome despejar así de todo lo vivido. Me pongo el pijama que me ha dejado. Cuando preparé la bolsa, lo hice todo tan rápido que no preparé nada para dormir.

Me siento con ella en el sofá.

—Bueno qué, ¿me vas a contar todo lo que pasa por tu cabecita con ese chico italiano? ¿O te lo voy a tener que sonsacar palabra por palabra?

—Que boba eres —la agarro del brazo carcajeando como si fuéramos niñas pequeñas—. Te echaba de menos.

—Y yo a ti, pero ¡cuéntame ya!

—Mujer, qué impaciente —vuelvo a reír—. Pues... no sé, Clau, no quería verlo, pero ese hombre me ha cambiado la vida en tan sólo cuarenta y ocho horas. Apareció de la nada. Alguien diferente al resto que ha transformado todo en mí. Puede parecer descabellado, pero me han bastado solo dos días para darme cuenta de que estoy loca por él. Clau, el beso que nos dimos...

nunca me habían besado así. Todo lo que sentí era nuevo, como si por fin estuviera viva de verdad. Sintiendo al fin. Conocerlo me ha enseñado que puedo volver a ser yo. Fuerte, valiente, decidida y con el coraje para

suturar heridas. Me ha sido imposible salir ilesa de la ternura y pasión de ese hombre.

—Ay, Alma, cariño, que bonito. ¡Cuánto me alegro, cielo! De verdad te mereces algo así después de todo lo que has vivido.

—Sí, bueno, ahora estoy algo confusa. He intentado llamarlo, pero no me coge el teléfono. Le envié un mensaje y tampoco me responde. Se marchó dolido y quizás se ha dado cuenta que tampoco merecía tanto la pena. Es posible que ambos nos precipitéramos.

—Mi niña, seguro que para el también fue especial. Solo dale tiempo. Si es verdad que habéis sentido todo eso, seguro que te llama. Mantén la fe, las cosas más asombrosas de la vida tienden a suceder justo en el momento en el que estás a punto de perder la esperanza.

—Tu siempre tan filosófica —pongo los ojos en blanco.

—Lo aprendí de tu madre —dibuja una pequeña sonrisa al reconocer esas palabras de mi madre—. Clau... me gustaría decirte algo que...

Suena el timbre y me interrumpe justo en el momento en el que quería contarle toda la verdad. Ella solo sabe una parte y aunque sea mi mejor amiga me acobarda la idea de que me juzgue.

—Ya está aquí la cena —se levanta contenta y a toda prisa, como si tuviera un resorte en el trasero—. ¡Qué hambre!

Pasamos el rato comiendo y bebiendo vino, recordando viejos tiempos y riéndonos a carcajadas. Necesitaba estos momentos con mi mejor amiga. Las horas pasan demasiado rápido y casi sin darnos cuenta se nos hace tardísimo.

Antes de irnos a dormir vemos que no hemos roto las galletas para ver el mensaje oculto que trae en su interior.

—Ábrela tú primero —suelto dándole un golpecito y expectante por ver qué le sale en su papel. Obedece al instante, emocionada y algo achispada por el vino.

“El fracaso más grande es nunca haberlo intentado. Proverbio chino”

—Mira, estoy de acuerdo —se troncha de la risa—. Venga, te toca.

Cojo la mía y la parto por la mitad. Saco el papelito de su interior y aunque nunca he creído en estas cosas, me asombro con lo que dice:

“El alma no vibra con cualquiera. Proverbio chino.”

—¿Ves? Si es que tienen su parte de razón —afirma Clau riéndose a más no poder, dando pequeños saltitos en el sofá y haciendo aspavientos de una forma extraña. Me contagio de su alegría.

—Que tonta eres. Vete ya a la cama, anda. Creo que tienes descansar que se te está yendo la pinza y a mí contigo —la empuja para que se vaya a su habitación—. Ya recojo yo todo esto. Si... consigo ponerme de pie —nos reímos de nuevo—. Gracias por todo lo de hoy, Clau. No sé qué haría sin ti —la abrazo y ella me achucha contra ella.

—No tienes nada que agradecerme, Alma, ya lo sabes. Para eso estamos las amigas.

—Y tú eres la mejor.

—Lo sé, lo sé... por eso me quieres tanto —dice mientras se va directa a la cama lanzándome un beso con la mano.

Cabeceo varias veces con la sonrisa aún dibujada en el rostro. Después de tomarme unos segundos para que se me pase el mareillo por haber bebido de más, termino de recoger la mesa y ordeno un poco todo. Me lavo los dientes y me tumbo en el sofá-cama. Clau me ha dejado unas

sábanas, pero solamente coloco la bajera, pues el calor por las noches es insoportable y ni si quiera tengo que usar la otra para taparme. Cojo el móvil, que lo había dejado en la mesa auxiliar que tengo al lado del sofá para cuando suene la alarma por la mañana, y vuelvo a marcar a Alessandro.

Sigue sin contestar y eso me pone muy nerviosa. Estoy algo disgustada porque pienso que debería darme la oportunidad de explicarme, pero entiendo que esté mal. Si de verdad siente todo lo que me dijo no creo que le hiciera mucha gracia que no le contara que estaba prometida. Tuve que haberlo hecho. Siempre me pasa lo mismo con tener miedo a lo que se escapa de mi control, tenía que haber tenido el valor de decírselo pasara lo que pasara.

Decido mandarle otro mensaje, aunque casi me echo para atrás cuando le doy a enviar.

“Alessandro, necesito explicarte bien todo lo que ha pasado. Estoy en Madrid, en casa de mi amiga, resolviendo un par de cosas. Mañana vuelvo a Roma. Necesito verte, por favor.”

Me quedo observando el teléfono un rato para ver si le ha llegado, pero esta vez nada. Cojo el papelito que me ha salido en la galleta y lo miro: *“El alma no vibra con cualquiera.”* Repito varias veces suspirando antes de sucumbir al sueño

No pegué ojo en toda la noche. Era imposible no imaginarme a Alma con ese engreído que tiene por prometido. No lo conozco de nada, pero no me ha hecho falta pasar mucho más tiempo con él para saber qué tipo de hombre es. Las personas como él se las ve a la legua.

¡No puede ser que se vaya a casar! Sabía que me estaba precipitando. No sé en qué momento recordé las palabras de mi bisabuelo para hacerle caso...

Sigo pensando que ella es distinta a todas las que he conocido. Aunque quiera convencerme de lo contrario, hay una fuerza mayor que me lo dice. No son sus ojos azules los que me han cautivado, sino su forma de mirar la que me ha vuelto loco. Me he convertido en un preso de su boca. Su sabor se quedó conmigo.

Aún no sé si es normal pensarla de esta manera. Noté como sentía lo mismo por mí, lo intuí. Es más, lo sé. Ese beso... esos besos... me niego a creer que no fue así.

Siempre he pensado que ya sabía lo que era el amor, pero ahora me doy cuenta que no tenía ni idea. Me tranquiliza saber que tomé la decisión correcta en aquel tiempo, aunque me doliera. Si me hubiera casado, sé que lo habría lamentado el resto de mi vida y hubiera sido muy infeliz. Hacer las cosas por inercia nunca suele ser una buena opción y menos aún si se trata de sentimientos.

Llegué a creer que jamás me pasaría esto a mí, y mucho menos de la forma en que ha ocurrido. Así, sin avisar. Tan de repente.

¿Llevaba razón mi bisabuelo cuando me dijo aquello antes de morir? Yo, apenas era un crío y no tenía consciencia sobre eso, pero lo recuerdo como si fuera ayer: **“Chaval, llegará un día en el que tú encuentres el alma que te hará brillar. Ese será tu mayor tesoro”**.

Y sí, de repente llega a tu vida esa persona que en menos de dos días te aporta más de lo que otra pudo darte en años.

Durante toda su vida me contó una historia sobre un amor que tuvo en su juventud. Para mí aquello era más una especie de cuento que una historia real. Se había enamorado completamente de la hija de uno de los trabajadores de la finca. Una familia española que buscaba la dicha en otro país. Fue un amor de esos tan intensos y bonito que cualquier persona sentiría envidia si no experimentara algo parecido. Aún cuando ya era bastante mayor y no le quedaba mucho tiempo de vida, seguía recordándola. No había olvidado nada de ella y la describía como la chica, de pelo moreno y ojos claros, más hermosa que existía. Decía de ella que tenía un corazón cálido y demasiado bueno. Un año, en plena época de vendimia, se enamoró perdidamente de ella. Sus padres ya habían elegido a la mujer con la que su hijo se tendría que casar. Por aquella época, se tenía esa costumbre, la familia decidía por ti y se tenía mucho más en cuenta lo que se podía llegar a ganar con ese enlace que los propios sentimientos. Se negó completamente, aunque sabía que no tendría nada que hacer y, tarde o temprano, obedecería a los deseos de sus padres.

Todos los días, al acabar la jornada laboral, se citaban a la hora del atardecer, escondidos entre las viñas. Eran en esos momentos cuando se dejaban llevar por la pasión y se declaraban amor eterno. Fueron semanas muy fogosas, ardientes, profundas y repletas de amor. Sin embargo, un día todo cambió. Los padres de ambos se enteraron e hicieron todo lo posible para separarlos. Sus caminos tomaron rumbos diferentes y ella, junto a su familia, volvió a España.

Años más tarde, cuando heredó la finca, quiso ponerle el nombre de aquella chica que le robó el corazón para siempre. Fue su forma de que permaneciera con él.

Sin duda el destino quería que yo me tropezara con esa chica de ojos azules; un azul tan intenso como el océano, pelo largo y sonrisa dulce y enigmática. Y cuando escuché su nombre... no podía ser. Me quedé atónito. Lo entendí. Era ella.

Quise ir detrás cuando se marchó, aunque al girar la esquina la había perdido. No sabía cómo dar con ella ni dónde encontrarla. Sin embargo, la suerte estaba de mi parte y el destino me brindó otra oportunidad. La vi sentada, tan cerca de mí, que no podía dejarla escapar de nuevo. Tenía que hacer algo. Actúe por impulso y sigo pensando que fue lo mejor que hice.

Esa noche fue de las mejores de mi vida. No quería despedirme de ella. No sabía qué excusa poner para volver a verla. No podía dejar que nuestros caminos se separasen esa noche. Me negaba a ello.

A veces uno se encuentra con la persona que está destinado a pasar la vida, aunque esa vida con ella tan siquiera esté empezando. Y yo entendí en el acto que no la dejaría marchar.

Joder, no puedo sacarla de mi cabeza. Solo de imaginarla con ese tipo... disfrutando de su aroma, ese que se quedó impregnado en mí tras el primer baile en la fuente. Sé que me pedía a gritos que la rescatara, pero ahora... no sé qué pensar. Me tenía que haber contado que estaba prometida, no lo entiendo. La hubiera escuchado atento y hubiera dejado que expresara lo que sentía. Debí dejarla hablar cuando me lo pidió, quizás quiso contármelo en ese momento. Joder, pero es que... fue todo tan perfecto que no podía dejar que nada estropeará ese instante. Fue algo especial y removió algo en mi interior que jamás pensé que sentiría.

Alma... ¿Qué me has hecho?

La imagen de sus ojos envueltos en lágrimas, reflejados en el retrovisor al marcharme, me dejó tocado. No me lo esperaba y reconozco que una parte de mí está dolida. Fueron dos días que siempre llevaré conmigo y esa mujer me perseguirá siempre a cada paso que dé.

Estoy hecho un lío y no sé qué hacer... ¿Y si me he equivocado? No sé porqué me afectó tanto verla con ese tío, si lo más normal es que una mujer como ella estuviera saliendo con alguien. ¿Tomé la decisión incorrecta? Pude haber quedado con ella cuando me lo pidió, dejar que me lo explicara y haber seguido con una bonita amistad. Sin embargo, dudo que ella y yo pudiésemos ser solo amigos. No cuando me ha hecho sentir algo tan grande dentro de mí.

Cuando leí el mensaje que me envió a la mañana siguiente, pidiéndome la oportunidad de explicarse, hubiera corrido hasta ella sin importarme las consecuencias. Pero, tampoco soy ese tipo de hombre que se entromete en una relación así como así. Primero tendría que aclararse ella y ver qué quiere sin sentirse coaccionada por lo que yo pudiera decirle en ese momento.

Joder, se van a casar. ¿Debería llamarla y permitir que se explique? No, no puedo. En realidad, me da miedo volver a sufrir. Debo dejar las cosas como están. El tiempo lo dirá todo...

Será mejor que me centre en mi familia, los viñedos y deje de darle vueltas a todo.

Las horas con ella se grabaron tan a fuego en mí, que ahora, las que paso sin ella se me hacen más duras y más lentas. Aunque el trabajo en los viñedos hace que sea más llevadero. Mi padre me dice que no sea tan cobarde y que luche por lo que me hace feliz. Que me arriesgue. Que el amor nunca ha sido fácil y no hay que rendirse. ¡Cuánta razón tiene! Sin embargo, me dolió verla con ese tío. Y sí, sé que es extraño pensar así conociéndonos tan poco, pero siento que la conozco de todo la vida. Como si hubiéramos nacido el uno para el otro. Hay algo en ella que... me resulta familiar, pero sigo convencido de que jamás la he visto antes.

Estoy haciendo todo lo posible para no extrañarla y, obviamente, me está saliendo mal.

“En tan poco tiempo te has vuelto tanto. Intento convencerme de que no me gustas y sin darme cuenta he caído rendido a tu belleza”. Pienso en voz alta.

Desde el minuto uno empecé a amar su preciosa forma de ser y su esencia. Solo fue cuestión de segundos, de ver a través de su mirada para entender la palabra felicidad. La forma en que sonrió en mitad de esos besos. Sus pensamientos. Su presencia. Quiero estar con ella. ¿Me ha aportado ese rayo de luz a mi vida para seguir sintiéndome vivo y luchar por un amor así?

Debo llamarla. Tengo que decirle lo que siento por ella, aunque eso signifique que lo que ha pasado entre nosotros no llegue a ningún sitio, pero debe saberlo.

Cuando me besó, todas las galaxias explotaron dentro de mí, sintiéndome capaz de conquistar el mundo entero si ella me lo pidiera.

Sin duda, qué intenso ha sido conocerte Alma.

Marco su teléfono, pero antes de que suene el primer tono, cuelgo. ¿Y si está tan feliz con su novio y se lo arruino todo? Creo que tampoco podría hacerle eso a una chica así. Se merece ser feliz, sea con quien sea.

Tras el otro mensaje que recibí me quedé pensando. ¿A qué fue a Madrid? Seguro que tenía cosas que hacer con su prometido. Quizás tengan asuntos de la boda que resolver.

Ese tipo, no sé... me da mala espina. No me gusta. Hay algo en él que... no me acaba de convencer. Quizás sean paranoias mías. Tenía pinta de ser un tipo arrogante y me dio la sensación de que era el típico tío al que le encanta alardear de todo lo que tiene, al que le sobra el dinero y... puede que a ella no le falte de nada. Aunque, estoy convencido de que Alma no es como él y no necesita nada material que pueda ofrecerle. Ella es más sentimental y lo que necesita no son palabras sino hechos. Solo tienes que pasar unos segundos con ella para conocerla y saber lo que anhela.

Siempre me he considerado un hombre decidido y con las ideas claras, pero esta vez estoy perdido. Muy perdido y no sé qué decisión tomar. Cuando la miré por primera vez sentí que había algo en ella que no la dejaba avanzar. ¿Quizás por eso había llorado cuando nos chocamos? Algo en mí cambió ese día, como si me viera en la obligación de protegerla, salvarla de lo que fuera y cuidarla. Es tan risueña, hermosa y jovial que quién le cause daño debe estar cometiendo la mayor equivocación de su vida.

Mierda, mierda, mierda... Alessandro, piensa por favor. Quizás deberías cometer una locura. Joder, ¿cómo dejar de anhelar lo que comenzó sin querer?

Pienso en todo mientras estoy tumbado en mi cama con el móvil en la mano por si me decido a llamarla de una vez por todas. Finalmente, como el resto de noches anteriores, no lo hago.

Debería descansar y tomar una decisión. Pelear por ella contra lo que sea y con quién sea o dejar que sea feliz con su prometido y hacer como si nada de esto hubiera pasado.

¿Por qué tengo tanto miedo a amar?

Han pasado algunas semanas y no he tenido noticias de Alessandro. No tengo ni idea de dónde puedo encontrarlo. Solo sé que vive con su familia en una finca en la Toscana, pero nada más. Me gustaría explicarme y decirle lo que siento, incluso si después decide dejar todo esto atrás.

Desde que volví me he centrado en volver a la carga con la ocupación que me hace tan feliz. Avisé a todo mi equipo sobre los cambios y en breve irá alguien a cubrir mi puesto para que no se queden sin trabajo. Echaré de menos a todos ellos, pero es mejor así. De momento, he conseguido ponerme al día con los mensajes y me he puesto manos a la obra para continuar aquí lo que conseguí en España. Tarde o temprano, lograré lo que me propongo. Respecto a mi trabajo, nunca he tenido ninguna duda de que alcanzaría hacer lo que se me metiera entre ceja y ceja. Solo hay que tener paciencia y tirar de algunos contactos.

La mayor parte del tiempo he aprovechado en hacer planes sola. Y no sabía la faltaba que me hacía pasar tiempo conmigo misma hasta que lo hice. Era tan necesario.

También he salido de compras con Giulia en varias ocasiones. Algunas noches tenía la necesidad de estar con alguien y no sentir que las paredes se me venían encima, por lo que me ofreció quedarme a dormir en su casa. Sobre todo cuando me volvían imágenes de aquella horrible fiesta y las pesadillas se adueñaban de mí. Tuve que contarle algo a Giulia, con mucho tiento y sin dar muchas explicaciones, pero lo justo para que no se preocupara demasiado.

En la última semana me he acordado más de la cuenta en Alessandro. Quiero volver a verlo, mirarle a los ojos y decirle que lo siento. Necesito olerlo y sentir el contacto de su piel.

¿Se puede echar de menos a una persona que apareció y desapareció en tu vida como un rayo? Sigue sin responderme a las llamadas y a los mensajes. Quizás debería dejarlo y seguir con mi nueva vida como hasta ahora. ¡Será lo mejor!

Estoy recogiendo cosas por toda la casa a la par que intento ordenar todos mis pensamientos. Junto a toda la propaganda que he recibido y que pensaba tirar veo la carta que me llegó hace semanas y que no llegué a abrir.

¡Cómo he podido olvidarlo!

La abro con nervios, pues en ella está la respuesta a una gran parte de mi futuro. Cada vez estoy más nerviosa por si pone lo que no quiero leer.

Para mi sorpresa, la respuesta es sí. Todos los papeles que había tramitado para trasladar mi trabajo aquí han sido aceptados y puedo abrir mi propia oficina. Yo ya había empezado ese proceso aún sin conocer la respuesta que me darían. Si hubiera recibido una negativa no iba a conformarme. Buscaría otro modo de conseguir el traslado.

La felicidad se apodera de mí y por primera vez siento que no debo rendirle cuentas a ninguna persona, ni pedir permiso y, por supuesto, tener la aprobación de nadie para hacer lo que quiero.

Sin quererlo, no puedo evitar acordarme de Rober. Ahora que lo pienso tampoco sé nada de él desde que me dejó aquella nota cuando se largó de aquí. No me ha llamado, no me enviado ningún mensaje... Nada. Y me resulta de lo más extraño que no haya hecho nada al respecto. Aparto rápidamente ese pensamiento de mi cabeza. Ahora mismo no quiero pensar en él.

Voy a marcar a Clau cuando me acuerdo que estará trabajando en el hospital y no podrá cogerlo. Ya se lo contaré más tarde.

Llamo a Giulia para darle la noticia y quedar para tomarnos un vinito. Me arreglo a toda prisa. Salgo disparada hacia la puerta y cuando me dispongo a salir, ahí está él a punto de llamar, con esos ojos que irradian luz propia y llenos de esperanza.

—¡Alessandro! —su aspecto es diferente. Tiene más barba que la ultima vez y su melena algo más larga.

—*Ciao*, Alma. Siento presentarme sin avisar pero necesitaba venir y hablar contigo. ¿Estás con alguien? —dirige su mirada hacia el interior intentado averiguar si Rober está conmigo.

—Oh no, no, estoy sola. No hay nadie. Claro, pasa, por favor. Llevo días llamándote y escribiéndote. Estaba preocupada.

Le ofrezco algo de beber y ante su negativa diciéndome que está bien así le envío un Whatsapp a Giulia para posponer ese brindis.

Lo invito a que se siente y ambos lo hacemos en el sofá, uno al lado del otro y extremadamente cerca.

—Siento no haberte respondido. Sinceramente, tenía que aclarar mis ideas y no quería entrometerme en vuestra relación... —noto como se frota las manos, nervioso y pensativo. —He estado dándole muchas vueltas a todo y quería decirte algo, pero no podía hacerlo por teléfono. Tenía que ser en persona.

—Claro, dime —escucho atenta lo que ha venido a decirme.

—Sé que me conociste inesperadamente y que realmente no sabemos nada el uno del otro, pero como te dije en su momento siento que te conozco desde siempre y vi algo en ti el día que me crucé contigo. Tu mirada tiene algo que no sabría explicarte. Toda tú eres como una adicción para mí...

Me acerco más aún a él y agarro sus manos. Hago un amago para interrumpirlo y decirle que yo siento lo mismo, pero me lo impide.

—No, espera, déjame terminar —sella mis labios con sus dedos y siento como una corriente de calor se instala en mi zona más baja del vientre, provocándome un cosquilleo—. Es imposible seguir con mi vida como si no te hubiera conocido y hacer como que no existes porque he experimentado lo que es disfrutar de alguien tan especial como tú. Quería desaparecer de tu vida y dejarte marchar. Al fin y al cabo tú ya tenías una vida sin mí, pero... no puedo dejar de pensarte. Quiero seguir conociéndote, saber todo de ti, formar parte de tu vida y que tú formes parte de la mía... Cada mañana me levanto y lo primero que se me viene a la mente es el recuerdo de tu aroma, el sabor de tus labios una y otra vez, recordando ese maldito beso que nos dimos y que me está poniendo las cosas muy difíciles. Necesitaba oír tu voz. Tenerte cara a cara. Necesitaba saber porqué no te atreviste a contarme nada. Si me hubieras dicho que ibas a casarte me hubiese apartado sin más. No hubiera dejado que pasara nada de esto... Necesito una explicación para dejarte ir con tu vida, con tu prometido o con lo que sea e intentar olvidar toda esta locura...

—¡Alessandro, para! —ahora sí lo interrumpo —no es ninguna locura. Cuando te besé fue porque yo siento lo mismo. Y no te dije nada porque en el fondo yo quería que sucediese algo así. Buscaba una excusa para hacer lo que hice después. Un aliciente que me hiciera reaccionar. Y estoy muy agradecida porque esa excusa fueras tú. Sentir lo que me hiciste sentir cambió mi modo de ver ciertas cosas y me hizo transformarme. Te pido perdón por haber actuado así, no lo supe gestionar bien. Tengo que reconocer que sigo estando hecha un lío. Todo esto no es fácil para mí, pero necesito contarte todo para que lo entiendas.

—De acuerdo, te escucho —su mirada se clava en la mía y cada vez que hace eso todas las jodidas mariposas del planeta revolotean en el estómago.

—Verás, esto es difícil de explicar y para mi es muy duro. No lo sabe nadie, salvo Rober, su madre y mi mejor amiga. En realidad, ella sólo conoce una parte. Nunca lo he hablado con nadie y es un roto que no sé si algún día llegará a sanar. Tampoco tengo la obligación de contártelo a ti, pues es algo solamente mío. Pero... contigo siento esa cercanía inexplicable que me hace ser valiente y hablarlo con alguien que sé que no me juzgará me crea una sensación de alivio.

—Alma, sabes que no juzgaré nada de lo que me cuentes. Yo no soy nadie para hacer tal cosa. Sin embargo, soy consciente de que tuviste que pasar algo horrible y viendo lo seria y nerviosa que te estás poniendo, no sé si estoy preparado para saber algo que pudo hacerte tanto daño —responde aterrado por lo que le pueda contar.

—Está bien... quizás no sea el momento más indicado. Tal vez deberíamos dejarlo para más adelante. No quiero que pienses mal de mí...

—Eh, *principessa*, mírame... —acuna mi rostro con sus manos para que levante la mirada hacia él —sé que necesitas soltarlo. Estoy aquí para escucharte y para lo que necesites. Simplemente... no quiero verte sufrir. Nunca pensaría mal de ti.

—Si te lo cuento hará que sea más real y dolerá, creo que nunca dejará de hacerlo, pero también pienso que me ayudará a continuar.

—Pues en ese caso, soy todo oídos.

Me tomo unos segundos antes de empezar.

—Todo sucedió el verano antes de empezar la universidad... —tras un rato poniéndolo en situación y explicándole como comenzó aquella espantosa noche, puedo notar en su expresión que no le está gustando nada en qué dirección va la historia. Cada vez estoy más nerviosa por recordar todo y al decirlo en voz alta me tiembla la voz.

—Alma... ¿estás segura que quieres contarme todo esto? Yo solo quiero que estés bien.

—Sí, necesito contarlo. Ya es hora de hacer frente a lo que me pasó —en la siguiente hora sigo contándole todo tal cual ocurrió. Lo de antes, lo que sucedió en el jardín, cómo me sentí en ese momento, las lagunas que vinieron después y la memoria que no volvía. Cómo me sentía en deuda con Rober cuando me dijo que me salvó por no haber acabado muerta de una paliza y habiendo sufrido una violación múltiple atroz, y todo lo que ha ido ocurriendo años después.

Las lágrimas queman mis mejillas a la par que sus ojos arden de odio. No le gusta verme así y puedo sentir la rabia y furia en su interior. Creo que cualquiera sentiría eso ante una situación así.

—Ellos decidieron por mí lo que era conveniente para ellos. Si alguien se llegase a enterar de lo que pasó, todo cambiaría. Su familia, esa mujer y su propio hijo, saldrían afectados. Nadie se enteró de aquello y mucho menos mis padres. Mi madre ya estaba enferma y yo no quería ser un problema más. ¡Qué equivocada estaba! Con el paso de los años me autoconvencí de que Rober me quería y que solo pretendía protegerme. Sin embargo, la noche que te fuiste y apareció él, lo vi todo claro. Imágenes que creía olvidadas empezaron a aparecer en mi mente, una detrás de otra, como si lo estuviera viviendo de nuevo.

Se lleva las manos a su cabeza, echándose la melena hacia atrás y cogiendo aire. Se está aguantando las ganas de levantarse, salir por esa puerta y ser él mismo quién haga justicia. Y pese a la rabia que está conteniendo ahora mismo sigue escuchándome atento y sin desviar su mirada de la mía.

—Te seré sincera, esa noche nos acostamos, pero yo no quería, no podía sentir su piel pegada a la mía. Alessandro, solo te veía a ti. Cerraba los ojos y sus manos eran las tuyas, sus besos eran los tuyos. Conocerte me ha cambiado la vida. Contigo no siento miedo. Pase lo que pase ahora, el conocerte me ha hecho ver que soy más fuerte de lo que pensaba y que puedo llegar a ser feliz. Sé que él era tan culpable como esos chicos que se dejaron llevar por sus deseos más inhumanos

esa noche. Pude ver con mis propios ojos el infierno. Y el día que te conocí, pude ver en tus ojos el paraíso. El resto de la historia puedes imaginártela y llegar a entender por qué iba a casarme con él... ¡Estaba tan confundida! ¡Apareciste tú! Al día siguiente de creer que no te vería más me armé de valor y cogí el primer avión a Madrid. Necesitaba recoger algunas de mis cosas. Le dejé una carta a Rober contándole que lo sabía todo y que me negaba a vivir más tiempo engañada. Le devolví el anillo de compromiso y le escribí que no me buscara. Apareció su madre amenazándome, pero esa familia ya no puede hacerme más daño. No sé nada de él... ni si leyó la carta, si su madre se lo contó... no sé nada. Y, sinceramente, me da igual. Estoy intentado dejar todo eso atrás...

Sin darme cuenta, lloro sin parar y siento ira, cólera y tristeza en mi interior. Ahora mis lágrimas hacen, que en gran parte, me sienta aliviada. Aliviada por haber contado todo lo que me había destrozado el corazón años atrás.

Todo el peso de mentiras y el mayor secreto que he tenido nunca y que llevaba guardando tanto tiempo, finalmente ha desaparecido. Por fin tengo fuerzas para afrontar lo que venga.

—Alma ¡Dios mío! Lo siento, lo siento muchísimo —enjuga mis lágrimas con sus manos—. Todo esto es demasiado... Ahora mismo no puedo pensar con claridad. Siento rabia. Esos hijos de puta... Me dan ganas de ir a buscar a ese tío y hacérselo pagar. ¡Tuviste que denunciarlos! Eso no tiene perdón. Deben pagar por lo que hicieron. Probablemente no fuera la primera vez que hicieron algo parecido... ¡A saber de cuantas chicas más abusaron! ¡No llores por favor! Se me parte el corazón viéndote así. No te culpes, por favor. No fue culpa tuya, eso lo tienes que tener muy claro. La culpa fue de esos cabrones que no se merecen vivir. Y el mayor delito fue el de esa madre que hizo de tu futuro un auténtico infierno.

Se acerca más a mí para abrazarme y siento el calor de su pecho. Su abrazo es de esos en los que te aprietan tanto que parece que te van romper, y en cambio, te reconstruyen de manera sobrehumana. Todo él me da la paz que necesito. Con él todo es tan diferente.

—¡Sigo sin saber cómo afrontar todo esto, Alessandro! Me siento libre, pero a la vez, siento que ese roto no me dejará avanzar nunca —mis palabras se pierden en un susurro contra su pecho.

—*Principessa*, —me separa para mirarme a los ojos y me habla con ese acento italiano que sabe que me encanta y me hace sonreír —en la vida todo son elecciones. Nunca sabemos si lo estamos haciendo bien. Elegir es renunciar siempre a algo, y nunca sabemos si es lo correcto. Pero tenemos que hacerlo. A veces la cabeza tira más que el corazón, sin darnos cuenta de que así fallaremos seguro. El corazón es un arma muy poderosa y la elección que tomemos puede llegar a ser la más maravillosa, pero hay que jugársela—. Lo miro a los ojos, esos ojos que haga lo que haga serán siempre míos. Suelto un suspiro y dibujo una sutil sonrisa en mis labios—. Alma, solo tú sabes qué camino escoger. Busca dentro de ti y escucha a tu corazón.

Cierro los ojos y lo abrazo aún más fuerte. Son las palabras más bonitas que me han dicho nunca. Si mi madre hubiera conocido a este hombre tendría clarísimo que es él.

Me quedo pegada a él durante horas, sin hacer nada. Simplemente abrazados mientras me acaricia y entrelaza sus dedos entre mi pelo. Sabiendo que este momento es completamente nuestro.

El tiempo pasa volando junto a él. Hace horas que anocheció.

—Alma, no quiero separarme de ti, lo sabes, pero tengo que irme. Creo que te vendrá bien que te tomes tu tiempo y que descanses. No obstante... he pensado en algo que quizás te alegre un poco —duda durante unos segundos si lo que me va a proponer es buena idea y aceptaré. De todas formas se lanza y sus ojos se vuelven aún más brillantes—. Mi hermana pequeña se casa este fin de semana en nuestra finca y me preguntaba si me querrías acompañar. Al fin y al cabo el día que te conocí se lo debo a Francesca. Tuve que traerla a ella y su futuro marido a la ciudad para solucionar unos papeles. Lorenzo es de aquí. De no haber sido así, jamás te hubiera conocido. Además, sé que eres de las mejores organizadoras de bodas y sé que le encantará que la ayudes con los últimos detalles y a ti... pienso que te servirá para despejarte y hacer lo que más te gusta.

—Sí, sí, claro que sí. ¡Me encantaría! —acepto sin pensar y me lanzo a su cuello para abrazarlo.

—Genial. Me alegra que te haga ilusión —responde al abrazo con una gran sonrisa. Tiene la más bonita del mundo.

—Lo malo es que no tengo nada que ponerme. Tendré que ir a comprarme algo mañana.

—Pensaba recogerte temprano para aprovechar el día— cavila unos segundos—. Sobre lo que ponerte... no te preocupes, ¡déjalo en mis manos!

—Está bien, gracias Alessandro. Estoy ansiosa por que sea ya mañana —la verdad es que es algo que me hace inmensamente feliz y creo que me vendrá bien despejarme.

—Perfecto. Me has alegrado la noche aceptando. Aprovecha para descansar y nos vemos mañana, *principessa* —me da un beso en la mejilla que hace que todas las mariposas de mi estómago vuelvan a revolotear sin parar. El calor de sus labios al roce con mi piel me impide tragar con normalidad.

—Ciao, Alessandro. *Buonanotte*.

Aprovecho que se ha marchado para ducharme y cenar algo rápido. Necesito descansar y reponer fuerzas después de todo el lastre que he soltado. Siento los ojos muy pesados de tanto llorar, pero en parte me siento liberada. Por fin, después de tanto tiempo, tengo claro que debo seguir con mi vida... mi nueva vida.

Y así es como la mayor parte de los momentos decisivos de nuestra existencia ocurren de forma inesperada.

Aún tengo cajas cargadas de recuerdos por todos lados de cuando volví de Madrid. Una de ellas, en la que guardaba objetos y cartas de mi infancia, capta mi atención. Estos últimos días estaba tan ensimismada en otros temas que ni me había fijado que aún me quedaban algunas por vaciar.

Siento nostalgia. Me siento en el borde de la cama con una de ellas y la abro. Está repleta de fotos antiguas de cuando era pequeña. Con mis padres paseando en el parque. Vestida de flamenca en la feria y comiendo algodón de azúcar sobre los hombros de mi padre. Haciendo castillos de arena con mi madre a la orilla del mar... Fue una época tan feliz. Veo fotos viejas y

en ellas había una niña sonriente, una niña que no se parece en nada a la de los últimos años. Y me pregunto: “¿Volveré a encontrarme con ella? ¿Y si eso no pasa nunca?”

Observo con detenimiento los pendientes que recuperaré de mi madre. Son tan bonitos. Se puede apreciar que tienen bastante años. Bañados en oro antiguo. Tienen forma de estrella y múltiples brillantes. Sin duda una joya única que mi padre mandó hacer para ella fundiendo varias piezas de la familia. Me los pongo al instante y me miro en el espejo de mi habitación. Al hacerlo la visualizo a ella, con su radiante sonrisa y su mirada angelical. Acaricio la joya que ahora lucen en mí y sonrío.

Sigo rebuscando entre tantos recuerdos y anhelos cuando me quedo asombrada al ver una carta que nunca llegué abrir. Está algo amarillenta. Será por la de años que tiene y el haber estado guardada en esta caja durante tanto tiempo. Le doy la vuelta al sobre para ver a quién va dirigida y me quedo paralizada: ***Para Alma.***

La contemplo durante un buen rato. Estoy en duda de si abrirla. Al cabo de unos minutos, al fin me atrevo a hacerlo.

“Querida hija;

Si estás leyendo esto es porque ya no estoy contigo. Aunque, créeme, siempre viviré contigo en tu corazón y no te dejaré jamás.

Esta carta debería habértela entregado tu padre, pero si no es así, perdónalo, sabes que este último año no lo ha pasado muy bien y el tema de mi enfermedad le ha sobrepasado. Sigue intentando ser un buen padre.

No sé como habrás dado con ella finalmente. Lo importante es que ya la tienes entre tus manos.

Antes de nada, quiero pedirte perdón. Perdón por este último año que hemos pasado juntas. Juntos. No te voy a engañar, reconozco que está siendo una lucha contra la enfermedad muy dura y cada vez me lo está poniendo más difícil. Por desgracia, me obligará a dejaros en cualquier momento, y si estás leyendo esto es porque al final no lo hemos superado. Pese a ello, si hay algo por lo que combato cada día es por ver tu sonrisa y la alegría que irradias.

Aunque... sé que este año te ha pasado algo que no me quieres contar. Soy tu madre y te conozco. Algo en ti ha cambiado por completo. Cuesta mucho ver de nuevo a esa niña que disfrutaba con cada instante que le brindaba la vida. Tú eres la que me das fuerzas para seguir aquí, con vosotros. Sabes que podías haber contado conmigo y me podías haber explicado lo que fuera. No importa qué sucediera, te hubiera apoyado y ayudado igual.

Cielo, hay un tipo de tristeza que, quizás, no te hace llorar, pese a que sé que lo haces cuando te encierras en tu habitación y nos dices que todo está bien. Nunca has sabido mentir. Esa tristeza de la que te hablo es como una pena que te vacía por dentro y te deja pensando en todo y en nada a la vez. Como si ya no fueras tú, como si te hubieran robado una parte de tu alma. ¡Tú no eres esa chica! Quiero que lo sepas y lo tengas muy presente. Quiero que recuerdes cada instante en el que eras feliz. La memoria del corazón, tarde o temprano, elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos. Así logramos sobrellevar el pasado.

Nunca he cuestionado tus decisiones, pues desde bien pequeña, tu padre y yo te hemos enseñado a que uno tiene que tomar sus propias decisiones y ser consecuente con ellas. Sin embargo, en este caso, tengo que hacerlo. Primero porque soy tu madre y te quiero, y segundo, porque no quiero que arruines tu vida. Ese chico, con el que has empezado a salir hace poco no es para ti, cariño. Nada más hay que veros. Parece un muchacho que se desvive por ti, pero más que enamorado parece obsesionado con algo. Créeme, eso no es amor.

Creo que no te he contado nunca esta historia y no quiero irme de este mundo sin hacerlo.

Mi abuela, o sea tu bisabuela, por la que te pusimos de nombre Alma, estuvo enamorada cuando era muy jovencita. Un amor de los de verdad, puro y sincero. Sus padres tuvieron que irse a Italia a trabajar. A unos viñedos en un pueblecito toscano que ahora mismo no puedo recordar su nombre. Durante el verano de ese año que emigraron, y en plena vendimia, conoció a un joven. Era el hijo del dueño de la finca. Pasaron el mejor verano de sus vidas y se desvivían el uno por el otro. Dicen que cuando se es joven no se sabe lo que es el amor, pero créeme, si lo sabían. Fueron uña y carne durante semanas. Meses. Hasta que sus familias se enteraron y decidieron separarlos. Él tenía que casarse con otra chica con más posesiones y de una familia adinerada. El día que se separaron se juraron que siempre se llevarían en su corazón y en su memoria. Que nunca sentirían un amor igual por nadie. Mi abuela tuvo que volver a España con sus padres y no se volvieron a ver jamás. Tu bisabuela rehízo su vida. Se volvió a enamorar, aunque nunca de ese modo, ese amor de primera vez. Su vida continuó y conoció a otro hombre, ese con el que sabía que formaría una familia preciosa.

Un día, en la intimidad y cuando mi abuelo no nos escuchaba, me contó todo por lo que ella pasó y que, aunque quería muchísimo a mi abuelo, nunca olvidaría a ese joven que conquistó su corazón.

Te cuento esto, porque ella no tuvo esa oportunidad. Eran otros tiempos y era muy difícil. Pero tú, hija, eres muy joven y tienes una vida por delante. Tienes que cumplir tus sueños y tienes el derecho de encontrar un amor así. Esto que estás viviendo con este chico, no lo es. No tienes que reprocharte ni echarle la culpa de nada, pero eso que tenéis no es amor, sino una estación de paso. Cuánto tiempo quieres estar en ella solo depende ti.

Llegará un día que de la nada aparecerá alguien diferente al resto. Un amor que te enseñará a querer bonito y que transformará todo en ti. Mereces un amor de esos que te hagan sonreír en la oscuridad y que a pesar de tus días malos siempre te llene de luz.

Cielo, solo quería contarte todo esto porque me duele verte así. Necesitas volver a ser tú. Y aunque tardes en hacerlo, sé que lo conseguirás algún día.

Te quiero con locura, no lo olvides nunca.

Mamá.”

Estoy en shock. Tengo la mirada nublada por las lágrimas que están a punto de brotar. No puede ser que haya tenido esta carta guardada tanto tiempo. Pensaba que era de mi padre cuando guardé aquí todas sus cosas. Dios mío, si la hubiera leído antes... me hubiera dado las fuerzas que necesitaba para dejar todo el pasado atrás. Siento tanto no haberle contado a mi madre lo que me ocurrió. Me habían drogado, violado y destrozado la vida en tan solo una noche.

Gracias, mamá. Gracias. Han pasado muchos años desde que la escribiste, pero me ayuda mucho. Sé que he hecho lo correcto y que estarías orgullosa de mí. Aunque esto no se ha acabado aún, lo sé, y más conociendo a Rober.

Me tumbo en la cama, me llevo la carta a los labios y la beso. Fuerte y cerrando los ojos, como si así mi madre pudiera sentirlo. La abrazo y por un instante la abrazo a ella y me siento feliz.

No puedo evitar pensar en el día siguiente. Me hace especial ilusión y me apetece pasar tiempo con Alessandro. Ver donde vive, como es su familia, sus viñedos... Parezco una adolescente pensando en cómo será todo y no puedo evitar ponerme un poquito nerviosa.

Me giro sobre el colchón para mirar el cielo desde mi ventana y duermo plácidamente después de leer las palabras de mi madre.

La luz del amanecer se cuela por las rendijas y me empieza a molestar en los ojos. Casi con la emoción de una niña pequeña en la mañana de Navidad por ver los regalos, me levanto con prisa para arreglarme. Me doy cuenta que la carta de mi madre está algo arrugada por haber dormido con ella. Deslizo la mano por encima para intentar quitarle todas las arrugas, aunque es imposible. La vuelvo a mirar con cariño y la guardo en el cajón de la mesita de noche.

Me pongo un vestido *midi* blanco con topitos negros, abotonado en la parte delantera y las mangas algo abullonadas. Unas sandalias marrones y en el pelo me apetece un moño alto, algo desenfadado, con un pañuelo alrededor. Me suelto algunos pelitos por delante y lista. Apenas me maquillo, tan solo un poco de mascara de pestañas y colorete en las mejillas. Preparo una bolsa de viaje para los siguientes tres días, aunque no sé muy bien qué llevarme. Aprovecho para desayunar mientras llega Alessandro y ver si Rober me ha escrito o algo, pero no. No sé cómo reaccionaría al leer lo que le escribí. Necesito saber que va a pasar y zanjar este tema de una vez por todas.

Viendo que no se ha puesto en contacto conmigo, llamo a Clau para contarle todo lo sucedido.

—Hola Clau, ¿te pillo mal?

—Hola, cariño. ¡Por tu voz suenas alegre! ¿Alguna novedad?

—Pues sí... —me río con nerviosismo—. Ayer pude hablar al fin con Alessandro. Se presentó aquí sin avisar diciendo que necesitaba que le explicara lo que había pasado porque no dejaba de pensarme, que no entendía por qué sentía eso, pero que me echaba de menos y necesitaba verme.

—Alma, cielo, ¡eso es increíble! Ves, te lo dije. Te dije que os teníais que dar una oportunidad. Esa vida que tenías con Rober no era para ti, tienes que dejar de martirizarte.

—Lo sé, Clau —contesto menos pletórica y algo cabizbaja—. De hecho se lo conté todo.

—Pero... ¿todo, todo? —por su voz noto que está sorprendida.

—Sí, todo. Todo lo que ocurrió aquella maldita noche y todo lo de después. Me ha costado mucho reconocerlo, pero por primera vez me he sentido bien al contarlo y sin sentirme culpable.

—Es que no te tienes que sentir culpable, Alma ¡nunca! La culpa fue de esos depravados.

—De hecho... verás... me hubiera gustado contarte esto en persona, Clau, y si no lo he hecho hasta ahora es porque no me veía con fuerzas para afrontarlo y sentía miedo de ser juzgada —me sincero con ella.

—Me estás asustando —contesta extrañada y algo confundida.

—La noche que estuvo aquí Rober y que nos acostamos,

recordé todo a la perfección. Algo que creía olvidado, pero que ahora no tengo ninguna duda.

—¿El qué? —por su voz sé que está más nerviosa.

Se lo cuento todo tal cual ocurrió y de la misma forma que se lo conté anoche a Alessandro. Me siento mal por no contárselo antes, sabiendo que es mi mejor amiga y que no iba a dejarme sola con esto. Le relato lo que sucedió con la última bebida. Que fui drogada y que, probablemente, Rober también quiso aprovecharse de mí, dejándose coaccionar por aquellos tres, y que por cualquier razón se arrepintió en el último momento.

—¡No puedo creerlo! Alma, Dios mío... —sé que está a punto de romperse y que sufre por mí.

—Ahora entiendo por qué siempre ha querido que estuviera con él, intentado cuidarme y darme lo mejor. No paraba de repetirse que era por su culpa y que lo sentía. Y, además, lo sabía todo e intentó ocultarlo. Todos estos años he vivido una mentira...

—Mal nacidos... ¡Cómo han podido hacerte esto! Mi niña, lo siento, de verdad. Tenías que habérmelo contado antes. Tienes todo mi apoyo para hacer lo que tengas que hacer.

—Gracias, Clau, te quiero. Como te he dicho, sino te he contado nada hasta ahora es porque ni yo misma quería verlo ni afrontarlo. Es extraño, pero cruzarme con Alessandro me ha dado las

fuerzas que necesitaba y me ha hecho despertar de toda esa especie de amnesia con mi pasado. Sin duda, me ha salvado.

—Es tu ángel de la guarda. Te lo dije, Alma.

—Ahora lo sé. Y... hay algo más.

—¿Algo más? Alma...

—Tranquila, no es nada grave, no te preocupes. Es sólo que ayer encontré algo entre las cosas que me traje de Madrid que me dejó sin aliento.

—Madre mía... ¿El qué?

—Una carta de mi madre.

—¿Cómo? ¿Y qué te dice en ella? —pregunta intrigada.

—No pone fecha, pero parece que la escribió en su último año de vida, poco después de lo que me ocurrió. Sabía que algo no iba bien y que tenía que haber confiado en contárselo ¡Llevaba razón! Nadie me hubiera ayudado mejor que ella. Fui una estúpida.

—Alma, cariño, no te atormentes más. No te hagas eso. ¿Te decía algo más?

—Sí, bueno, me narraba la historia de su abuela. De cuando era joven y tuvo que emigrar con sus padres a Italia. Que conoció a un chico que le cambió la vida y se enamoró locamente de él. Por desgracia tuvieron vidas separadas y muy lejos. Quizás por eso siempre he tenido esté ahínco de vivir aquí y conocer el país. Recuerdo que siempre que hablaba con ella me contaba historias de esos pueblos de la Toscana perdidos de la mano de Dios. Aunque no recuerdo que me mencionara a ningún chico.

—Madre mía, cielo —dice asombrada—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Pues voy hacerle caso. Voy a seguir con mi vida y hacer lo que me haga feliz. El paso más grande ya lo he dado y es haber dejado a Rober. Aunque no se ha puesto en contacto conmigo y no sé nada de él. Conociéndolo no creo que quedase muy conforme con esta situación.

—¡Di que sí, mi niña! Así se habla. Y pasa ya de ese gilipollas. ¡Que le den a ese desgraciado!

—Alessandro me ha invitado este fin de semana a su finca. Es la boda de su hermana y quiere que le acompañe. Estoy esperando a que me recoja.

—Pues haces bien. Tienes derecho a disfrutar y a encontrar el amor. Quiero que me cuentes todo ¿eh? —suelta burlona.

—Que sí, que sí ¡Ya lo sabes! —reímos juntas—. Tengo que dejarte, está a punto de llegar.

—Valeeee, disfruta mucho, Alma. La vida es una y no espera. Y cuando nos veamos quiero que hablemos, pero de verdad. Soy tu amiga y te quiero muchísimo.

—Gracias, Clau. ¡Cuenta con ello! Un besitoooo.

Cuelgo y en unos minutos suena el móvil: “Estoy abajo, *principessa*”

Son casi dos horas de viaje. No obstante, el trayecto no se hace pesado y en su compañía, menos aún. En este tiempo hemos aprovechado para contarnos anécdotas e historias del pasado, hemos hablado sobre nuestras familias y disfrutado conociéndonos muchos más. Me he dado cuenta que tenemos muchas cosas en común y, prácticamente, los mismos gustos. Me apasiona la forma en que Alessandro ve la vida. Desde una perspectiva que jamás he conseguido verla yo, pero que me muero por conocer. Siento que no he vivido lo suficiente y estoy dispuesta a darlo todo, pese a que haya momentos que aún me cuesten asimilar y consiga salir a flote, muy poco a poco, después de haberme sentido ahogada en lo más profundo.

Los minutos los pasamos hablando sin parar, escuchando música italiana; canciones de esas típicas que hacen que parezca que estás rodando una película, riéndonos y cantando. Es increíble cómo he perdido la vergüenza cuando estoy con él; esa que se adueñó de mí hace algún tiempo por miedo a sentir algo desconocido.

Faltan unos quince minutos para llegar y el resto del trayecto conduce por un camino menos asfaltado, con una gran hilera de cipreses a ambos lados de la carretera. Abre la capota del coche, un Alfa Romeo rojo del año 1967 que heredó de su abuelo. Puedo sentir el viento en mi cara. Levanto los brazos y suelto un grito de emoción. El aire hace que se me levante un poco el vestido, dejando ver algo más de mis muslos. En un acto reflejo bajo las manos para intentar taparme con rapidez, pero su mirada se dirige hacia mis piernas y no puede evitar sonreír con picardía.

Lo miro algo ruborizada, aunque en el fondo me gusta que me mire así y de nuevo me haga sentir esa llama que se prende en el acto, encendiendo el torbellino de emociones en mi interior.

Tiene su brazo izquierdo apoyado en la puerta y parece algo pensativo ¿Qué se le estará pasando por la cabeza?

Su manera de vestir, la forma en que me mira, sus gestos, la alegría que irradia... hacen que sea el hombre más atractivo y sensual del planeta. Nunca había conocido a alguien como él. Me cuesta apartar la mirada, pero me obligo a hacerlo.

Miro hacia arriba. Hoy hace un día más fresco y el sol apenas se aprecia entre las inmensas nubes grises que parecen estar pintadas en el cielo. Este olor... el olor a campo, a ciprés, a uva... me trae tan buenos recuerdos de mi infancia. Cierro los ojos un instante e inhalo, haciendo todo lo posible para que, al coger aire, ese olor se impregne por completo en mí y así poder retenerlo para siempre.

Vuelvo a mirar a Alessandro de soslayo y veo que tiene dibujada en el rostro esa sonrisa de medio lado que tanto me hace temblar.

—¡No te rías de mí! —le doy un empujoncito en el brazo.

—Me gustar verte así. Pareces... feliz —ensancha aún más su sonrisa de galán.

Le dedico una burla con los ojos achinados. Y sí, tiene razón, estoy completamente feliz. Acto seguido, vuelvo a disfrutar de los pintorescos paisajes de postal. Las colinas de siembra de colores verdes y dorados te hacen vivir como en un autentico cuento.

Llegamos a nuestro destino y me quedo absorta con el lugar. Es la casa más bonita que he visto jamás.

Alessandro detiene el coche frente a la puerta de entrada y apaga el motor. Coge aire, me

dedica una mirada expectante por mi reacción y me invita a bajar del coche.

Me cuesta reaccionar ante lo que ven mis ojos, concentrada en lo que está frente a mí. No puedo evitar mirar a todos lados como si de una broma se tratase. Es justo como me imaginaba la casa en la que algún día veranearíamos mis padres y yo. Las historias que me contaba mi madre cuando era pequeña; que a su vez ella escuchaba de mi abuela, y esta de su madre... se quedaron tan grabadas en mi memoria que soñaba con que algún día pudiera encontrar ese lugar. Me fijo en la placa que da por nombre a la finca y no creo lo que ven mis ojos. ¡Es imposible!

—¿Alma? —espeto, mirándolo incrédula y con la boca abierta.

Se quita las gafas que llevaba puestas y estira el brazo tendiéndome su mano. Voy hacia él sin pensar.

—¿Lo entiendes ahora? Tenías que ser tú. Cuando era niño, mi bisabuelo se enamoró de una española que se llamaba como tú. Pasaron el mejor verano de sus vidas, hasta que sus familias los separaron y no volvieron a verse jamás. Hay amores que duran para siempre, aunque no se besen, aunque no se toquen, aunque no se vean.

No puede ser. No doy crédito a lo que oyen mis oídos. Es imposible que fueran ellos. Le interrumpo de inmediato.

—Alessandro. ¡Era mi bisabuela! La chica de la que se enamoró tu bisabuelo, era la abuela de mi madre. Ayer cuando te marchaste, empecé a sacar objetos y recuerdos de mis padres que tenía guardados en una caja. En ella encontré una carta de mi madre en la que me explicaba la misma historia. ¡Son... son ellos! Es increíble —titubeo con una emoción pasmosa y alegría casi inhumana.

—Pero... no puede ser. Después de tantos años... —intenta encontrarle el sentido a todo esto—. Ahora entiendo todo. Desde el momento que te vi sabía que había algo en ti... como si te conociera. Mi bisabuelo, y después su hijo, me hablaron tantas veces de esa chica morena de ojos azules que por un instante parecía que fueras tú a la que él le había entregado su corazón.

Me lanzo a él y lo rodeo con mis brazos. A veces el destino tiene formas muy curiosas de hacer que dos almas se encuentren.

—Parece que desde un principio estuviésemos destinados a estar juntos. Ojalá haberte conocido antes.

—Ahora estás aquí y es lo que importa.

Uno de sus brazos rodea mi cuello bajo mi pelo, apoya su cabeza en la mía y nos damos un abrazo largo, de esos que podrían durar toda la vida y adueñándonos de nuestro olor en cada inspiración.

—¿Quieres ver la finca? Ven, te la enseño. Seguro que te gustará.

—Nada me apetece más, es preciosa —respondo ilusionada y observando a mi alrededor. Hacemos un pequeño tour por ella mientras me explica cada detalle y curiosidad. Sin saberlo, una parte de esta casa ya formaba parte mía y no puedo dejar de observar todo con especial ilusión.

Me quedo ensimismada con cada rincón de la casa. La finca es enorme y hecha al detalle. Está compuesta por una casa central; la más grande, con dos casas más, anexas y del mismo estilo, pero algo más pequeñas. Las fachadas del exterior son de piedra gruesa y con plantas florecidas y de diversos colores vibrantes en cada ventanal. Lavanda, rosales, buganvilla y madreselva adornan todas las paredes. El paisaje exuberante y la luz natural romántica que entra por los resquicios de cada ventana inspiran el diseño de los espacios interiores, donde se refleja el alma y la calidez de este hogar. El suelo y las vigas de madera dan mucho carácter a la casa, repleta de alfombras y fibras naturales en tonos muy suaves y claros para dar ese toque rural, pero con

algunos toques sofisticados y contemporáneos. Varios suelos de la casa son de piedra serena, una piedra gris azulada que le da un ambiente fresco al entorno. Algunas estancias, como la cocina y el salón, tienen acceso a un patio interior enorme, lleno de maceteros terracota con flores de todo tipo. Hay una zona donde relajarse repleta de sillones rústicos, sillas de forja y una pequeña mesa en el centro. Esta casa es un sueño la mires por dónde la mires y las vistas a los viñedos, por dónde se sabe que se esconderá el sol, parecen sacadas de un cuadro.

De repente, se escucha el sonido de las ruedas de un todoterreno que acaba de llegar.

—Ven, han llegado mis padres y mi hermana —me agarra de la muñeca y tira de mí con felicidad.

No puedo evitar sentirme algo nerviosa por este momento, no sé si Alessandro les habrá hablado mí, y si lo ha hecho no tengo ni idea en qué sentido. Por lo que me dejo llevar y decido ser yo misma y que pase lo que tenga que pasar.

—¡Madre! —sale acelerado a su encuentro para ayudarla con todas las bolsas repletas de fruta, verdura, carnes, harinas y huevos. Su padre saca de la parte de atrás varias cajas pesadas y la que creo que será su hermana se baja del coche.

—¡Oh, hijo, ya estáis aquí! ¡Qué alegría! —expresa entusiasmada mientras acaricia a su hijo.

—Alma, te presento a Gabriella, mi madre. Y a Francesca, mi hermana —las dos guapísimas y muy elegantes—. Y mi padre, Adriano.

Ahora entiendo la belleza y el atractivo de este hombre. Es una familia preciosa.

—Encantada. Es un placer estar aquí, me hace mucha ilusión. Muchas gracias por invitarme —le tiendo la mano a su madre para saludarla y ella sonríe.

—No hay de qué, hija. El placer es nuestro por tenerte aquí —se acerca Gabriella, obviando mi forma de saludar para estrecharme entre sus brazos—. Mi hijo nos ha hablado mucho de ti y nada más verte he entendido porqué se sentía así —susurra en mi oído.

Un sentimiento extraño me invade todo el cuerpo. Mis manos la rodean para corresponderla y siento lo mismo que cuando abrazo a su hijo, pero esta vez con un sentimiento más maternal. Nada que ver a los abrazos por compromiso que me solía dar Alicia cuando nos invitaba a su casa y estaba con amigos.

—Encantada, Alma —capta mi atención Francesca—. Mi hermano no para de hablar maravillas de ti —me da un codazo mientras mira a su hermano con picardía y, seguidamente, también me da un abrazo rápido—. ¡Espero que me ayudes con los últimos detalles de la boda! Tener aquí a una famosísima organizadora española es todo un lujo.

No puedo evitar sonrojarme.

—Oh, claro que sí, cuenta con ello. ¡Nada me haría más ilusión!

—Bueno... ¿vamos adentro o nos vamos a quedar aquí todo el día?

—Sí, hijo sí, ya vamos. Este hijo mío tan impaciente —se ríe mientras se dirigen hacia el interior de la casa y yo no puedo evitar emocionarme por todo lo que estoy viviendo.

Mientras su familia organiza la compra, Alessandro quiere llevarme a la parte trasera de la casa y que aún no he podido ver.

—Tengo que enseñarte algo. Creo que te va a gustar— afirma mirándome fijamente a la par que me coge de ambas manos.

—¿Más sorpresas? —sonríe.

Puedo diferenciar a lo lejos lo que parece un establo donde tienen varios caballos. Pero en el exterior del recinto, cercado por vallas de madera, observo una yegua blanca preciosa y su cría trotando de un lado para el otro.

—No me lo puedo creer, son una preciosidad, Alessandro— me emociono más de lo habitual. Siempre he sentido pasión por estos animales.

Nos acercamos a la yegua, la acaricio y nos recreamos un buen rato en observar sus movimientos. En como trota y se deja cuidar por este hombre que tengo al lado y hace que sienta mil emociones distintas en mi interior. Empieza a contarme algo que parece ponerle algo nervioso y su mandíbula se tensa al recordar.

—Verás, Alma... hace un algunos meses también iba a casarme. Todo parecía que estaba bien, pero mi corazón no palpitaba con la fuerza que debía de latir cuando sientes que tienes a esa persona frente a ti. Bianca y yo nos conocíamos desde pequeños, nos criamos y crecimos juntos, el roce hizo el cariño y nos convertimos en algo más que amigos. Empezamos a salir casi por inercia, como si fuese el siguiente paso que debíamos dar. Hasta que llegó el día en el que hablamos de casarnos. No fuimos conscientes de que al madurar nuestros caminos fueron tomando desvíos distintos y ya no nos interesaban las mismas cosas, pero por costumbre o por seguir con aquello que parecía que era lo correcto, decidimos no separarnos. Yo no quería hacerle daño, pero no sabía cómo expresarle mis sentimientos. Ella ya me había dicho en varias ocasiones que no quería quedarse aquí para siempre, que quería mudarse a la ciudad. Por lo visto tenía otras necesidades y aquí se sentía encerrada. Sin embargo, ella tampoco hacía por entenderme a mí. Este era nuestro hogar y yo lo seguía sintiendo como tal, a pesar de que ella odiase el pueblo. No le gustaba la vida del campo, por así decirlo. Tenía otros planes en mente, le costaba mucho que yo encajara en ellos y, sinceramente, en ese momento yo sopesé si la quería tanto como para marcharme. Mi corazón y mi alma pertenecen a este lugar y quizás fuera porque en el fondo sabía que mi sitio no estaba junto a ella.

Reconozco que no me esperaba que hubiera estado prometido, pero yo también lo estaba, y aunque eso forma parte del pasado y no me importa sé que necesita contármelo y desahogarse. Por lo que no le interrumpo y dejo que continúe.

—Una tarde, mientras preparaba el equipaje para marcharme con ella al día siguiente, no dejaba de darle vueltas a la cabeza. En mi corazón sentía la corazonada de que no debía hacerlo. El paso que iba a dar no me hacía feliz y, así, dudo mucho que pudiera hacer feliz a alguien más. La llamé por teléfono para decirle que nuestros caminos debían separarse y ese instante fue uno de los más horribles que recuerdo. Había sido mi amiga y mi compañera durante toda mi vida. Me reprochó el que no la quisiera como debía y, quizás llevase razón. Al fin y al cabo nunca debimos ser pareja. No me gusta hacerle daño a la gente y mucho menos cuando se trata de alguien a quién había querido, a pesar de que no la amase. No de ese modo. Me dijo que no quería verme más y me colgó al instante. Tan siquiera la noté dolida ni intentó persuadirme. Sin embargo, yo me quedé roto por esa llamada e imaginar qué estaría pesando sobre mí me mataba. Así que hice lo que debí haber hecho en lugar de hacer esa llamada. Se merecía que algo así se hablase cara a cara. Me presenté en su casa para conversar con ella tranquilamente. Quería hacerla entender que podríamos seguir siendo amigos y que tendría mi apoyo siempre que lo necesitase. Cuando llegué, vi en la puerta un coche que no era el suyo ni el de nadie de su familia. Esos días sus padres estaban fuera de la comarca. No le presté la menor atención. La puerta no estaba cerrada del todo y como en alguna que otra ocasión me aventuré a entrar. Total, este pueblo es muy pequeño y prácticamente todos nos conocemos. Escuché unos ruidos extraños en la habitación y decidí ver qué pasaba. Nunca me imaginé que ella pudiera hacerme eso. Estaban en la cama. La que iba a ser mi mujer y por la que iba a cambiar mi vida entera, con otro hombre. No te voy a negar que me destrozó. Más bien por el hecho de saber que llevaba años engañándome. Aún así, fue ella la que se hizo la víctima y por rencor me confesó que solo

estuvo conmigo para poder unir nuestras familias y poseer más bienes. Era yo el que se sentía mal de no poder ofrecerle lo que ella tanto anhelaba y me sentí engañado. En ese instante comprendí que jamás llegamos a ser amigos de verdad y, mucho menos, querernos. Al menos, ella no. Nunca pensé que recibiría ese puñal por la espalda. Tampoco le reproché nada ni le discutí. Simplemente salí de allí a toda prisa y con una angustia enorme por no haberme dado cuenta. Hubiera preferido mil veces ser yo el culpable de que lo nuestro funcionase a que su engaño me doliese de la forma en que me dolió— se apoya en la valla y dirige su mirada hacia el animal. Yo lo imito a la par que me acerco más a él y nuestros brazos se rozan sobre la madera. Sigo escuchándolo atenta y sorprendida por todo lo que me está contando—. Cuando volví a casa me encontré a esta yegua por el camino, tirada en el arcén. Alguien la atropelló y la dejó ahí. Me bajé del coche lo más rápido que pude para ver si vivía y cuando lo comprobé todo lo malo se esfumó. No me preguntes por qué, pero así fue. Los siguientes días me dediqué por completo a cuidarla para que se recuperara. Puede parecer una tontería, pero ahora que la veo aquí galopando junto a su cría, feliz y sana, doy gracias por haber tomado aquella decisión aquel día, sino jamás la hubiese encontrado.

—Alessandro, te diré lo que me dijiste tú a mí la primera noche que cenamos juntos; “a veces las cosas ocurren por algo”. Pero, no sé por qué me cuentas todo esto. No entiendo que tiene que ver esta yegua con lo que te ocurrió.

—Alma, las personas solemos vivir sin tomar consciencia de por qué estamos aquí. Hace un tiempo que decidí “vivir” más y preocuparme menos por las cosas que no tienen tanta importancia. Con esto no quiero decir que lo que me pasara a mí o lo que te pasó a ti no la tuviera, pero entendí que para ser feliz hay que valorar todo lo bueno que la vida nos regala. Por más mínimo que sea el detalle hay que disfrutarlo y agradecerlo. Siempre estaba amargado e infeliz por una vida que era mía y aún así no la sentía como tal. Decidí tomar una decisión y sí, dolió bastante, pero si no hubiera decidido ir a su casa aquel día, lo más seguro es que esta yegua no hubiese sobrevivido y mi vida no hubiese cambiado de la forma en que lo hizo aquel día. Hoy, no estaría aquí... contigo.

Lo observo con cariño.

—¿Sabes qué? el caballo es un animal que simboliza fuerza, poder, lealtad, pureza, sabiduría y fe. Encontrármela a ella aquel día fue como una señal. Me dio la oportunidad de volver a querer ser yo, más resistente y con más fortaleza. El caballo blanco, por lo general, asume el rol de héroe o del triunfo sobre lo negativo. Yo la cuidé, pero fue ella quién me salvo a mí, fue mi heroína. Al cabo de las semanas por fin logré ser yo al cien por cien y el estar con esta preciosidad me dio esperanza para volver a amar. Amar de verdad. Por eso la llamé *Speranza*.

Sigo embobada con la forma en la que habla mientras sus ojos se clavan en mí. La pasión que pone en cada una de sus palabras y en lo seguro que está de todo. Ojalá yo hubiera tenido el valor que tuvo él para cambiar mi vida hace años.

—Es un nombre precioso, Alessandro —observo a ambos.

—Alma... —ahora está más cerca de mí, tanto que puedo volver a olerlo y hasta siento su aliento en mi rostro. No soy capaz de apartar la vista de sus labios tan bien perfilados, invitándome a que los bese. Tentándome—. Todos esos momentos que te dibujan una gran sonrisa y te dan esa sensación de alegría hay que vivirlos y ser protagonistas de ellos, guardarlos como un gran recuerdo para que con esas pequeñas alegrías puedas ir construyendo la dichosa felicidad. Hemos venido a esta vida para reír, llorar, disfrutar, sentir y amar, no para sufrir. ¡Sólo hay que cambiar la perspectiva! —eleva sus dedos hasta mi mejilla, acariciándola y quemándome allí por donde su piel recorre la mía.

Sus palabras me conmueven. Me hacen sentir que por fin sé donde quiero estar y cada vez estoy más segura de que he tomado la mejor decisión al dejar atrás mi vida anterior. El corazón me golpea fuerte contra las costillas y me avergüenza pensar que hasta él pueda escucharlo.

Alessandro inclina un poco la cabeza y se acerca aún más a la par que la mano que antes me acariciaba el rostro se acomoda en mi nuca. Casi puedo sentir el roce de sus labios con los míos y su aliento instalándose en mi boca. El pellizco que siento el estómago y la sangre hirviendo circulando por todo mi cuerpo me hacen arder de deseo. Mi pecho sube y baja a la espera de sentir el calor que irradia su cuerpo. Tan solo un par de milímetros separan nuestros labios.

—¡Chicos! ¡Mamá dice que os necesita en la cocina! —grita Francesca a lo lejos y sin previo aviso.

Alessandro apoya su frente en la mía, cierra los ojos y suelta un suspiro.

—Alguien nos reclama...

Cuando entramos en la cocina vemos a Gabriella con un delantal puesto y un montón de ingredientes esparcidos encima de la isla.

—¡Bien! ¡Ya estáis aquí! Alma, hija, ¿quieres aprender a hacer pasta fresca? —dice entusiasmada con la idea.

—¡Claro! Me encantaría —aunque me muero de ganas, sería imposible decirle que no a esta mujer con lo feliz que se la ve.

—Hijo, ayúdala —impone su madre empujándolo hacia mí.

—¡Eso está hecho! —sonríe y le da un beso en la mejilla.

Y yo me derribo un poco más al contemplar la escena. ¿Puede ser más tierno este hombre?

Empezamos a colocar todo lo que vamos a necesitar sobre la encimera. Gabriella me explica los distintos tipos de masas que hay y cuál vamos a preparar para la comida de hoy.

—Bien, hija, vamos a hacer pasta fresca al huevo para que podamos comerla en un rato sino tendríamos que esperar unos días —se ríe y nosotros con ella.

Siempre me ha fascinado la comida italiana y poder prepararla hoy con ellos lo hace aún más especial.

Alessandro se coloca tras de mí, obedeciendo a su madre, asomando su cabeza por encima de mi hombro y con sus brazos por debajo de los míos. Un leve cosquilleo se implanta en mi columna vertebral. Siento su pecho pegado, firme y caliente, a mi espalda y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Cojo aire intentado que no se me note el efecto que causa en mí al tenerlo tan pegado. Amanso a la Alma impulsiva que ahora mismo se giraría para besarle de inmediato.

—Voy a ir arreglando el jardín para cuando esté todo listo— expresa Gabriella sus pensamientos en voz alta para dejarnos solos y darnos un ratito de intimidad. Está claro que no tiene ni un pelo de tonta y sabe la química que hay entre nosotros.

Alessandro sigue mostrándome lo que habíamos empezado, cumpliendo órdenes de su madre. Pone un montoncito de harina en la mesa, justo delante de mí y en forma de volcán. Casca unos huevos dentro y empieza a amasar, primero con las puntas de los dedos y explicándome como se debe hacer. Acto seguido coge mis manos para que empiece hacerlo yo. Nuestros dedos se entrelazan a la vez que amasamos. El contacto de su piel con la mía, el sentirlo detrás de mí, su respiración, su voz en mi oído... hacen que se me erice la piel. Seguimos amasando hasta darle la forma de una bola y envolvemos en *film*.

—Ahora hay que dejarla reposar un ratito, *signorina* —suelta juguetón una vez que ha introducido la masa en el frigorífico y me da un ligero toquecito en la nariz con el dedo manchado de harina.

—Ah, ¡vaya, vaya! Sí ¿no? Ahora verás...

Sin tiempo a reacción alcanzo a restregarle mi mano casi por toda la cara mientras me río a carcajadas. Frunce el ceño queriendo parecer serio y me agarra por la cintura para no dejarme escapar a la vez que coge más harina de la encimera y me la tira por encima.

—¡Ya no tienes escapatoria!

Cada vez me río más y más. Empieza a hacerme cosquillas en las costillas y creo que no voy a poder aguantarlo. Le pido que pare mientras sigo riéndome.

—¡Para, para, Alessandro! Por favor —suplico soltando carcajadas.

Hago todo lo posible por liberarme de su agarre mientras me retuerzo de la risa. Entre tanto movimiento y al haber pringado el suelo, nos resbalamos y acabamos cayéndonos uno al lado del otro. No puedo parar de reír, tanto que me falta el aire y me duele hasta la boca y parte del abdomen. No recuerdo la última vez que me reí así hasta el punto de sentir agujetas en el cuerpo. Se acomoda a mi lado, apoyado en uno de sus codos y mirándome fijamente. Me aparta un mechón de pelo que me tapa media cara y me lo pone tras la oreja.

—Incluso con harina en la cara eres preciosa, Alma —su voz está más calmada que instantes antes. Suena sincero.

Entreabro los labios, con el corazón desbocado. Vuelve a acelerarse mi pulso. Reconozco que sigo sin acostumbrarme a que me diga estas cosas tan bonitas. Y justo cuando se inclina para besarme, Gabriella entre por la gran puerta que accede del jardín a la cocina.

—¡Alessandro! ¿Pero, qué ha pasado aquí? —se lleva las manos a la cabeza.

—Maaaadreeeee, ¡tan oportuna! —exclama poniendo los ojos en blanco y suspirando. No puedo evitar sonreír.

Se levanta del suelo, coge mi mano y me ayuda a ponerme en pie para que no me vuelva a resbalar.

—Hija... ¿se puede saber que te ha hecho este chico? Anda, anda, Alessandro, llévala a que se limpie la pobre.

—No te preocupes, Gabriella, estoy bien. Tu hijo... que le gusta hacerse el gracioso —contesto risueña, sacudiéndome toda la harina de la ropa.

—Este hijo mío... Arriba hay toallas limpias. ¡Acompáñala! Y Alessandro... —lo apunta con el dedo —no te pases ni un pelo, ¿me oyes? Trátala cómo se merece—. Le dice en un susurro mientras yo me encamino a salir de la cocina y disimulando que no la he escuchado. Mi corazón siente un poquito más de liberación al escucharlos hablar sobre mí.

—Sabes que no haría otra cosa, madre —suelta también en un murmullo.

—¡Y no tardéis! —la voz de Gabriella vuelve a ser la de un principio.

—¡Sí, señora! —responde Alessandro a la orden de su madre haciendo el típico saludo militar, llevándose la mano derecha con los dedos juntos hacia la sien.

Es el baño más bonito que he visto nunca. Un gran espejo rectangular bañado en pan de oro ocupa casi toda la pared frontal, dándole así mucha más amplitud al mueble color azul con dos senos y una grifería en dorado espectacular.

Pero, sin duda, lo que capta toda mi atención al entrar es esa hermosa bañera de estilo romántico en color blanco con patas de gallo doradas frente al ventanal de cristal con vistas a las colinas ondulantes. Creo estar viviendo un sueño y temo despertarme en cualquier momento.

Alessandro saca una toalla limpia del mueble y moja un trocito de ella para limpiarme la cara.

—Te juro que eres la mujer más hermosa y perfecta que he visto en mi vida —habla sin esperarlo mientras me sujeta la barbilla con una mano y con la otra me limpia la nariz, las mejillas y el cuello de todo el desastre que hemos liado en la cocina. Sigo sin comprender como este hombre puede llegar a turbar todo mi ser.

—Alessandro, tengo miedo de que creas que has encontrado a alguien perfecto... y yo soy tan... de carne y hueso. Siento miedo de que pienses...

—Sshhh. Alma, tú eres única —posa las yemas de sus dedos en mis labios para que deje de hablar y lo escuche—. Llevas toda una vida intentando complacer a los demás. Hazte un favor, no vivas para otros ¿sí? Aprovecha tu vida haciendo lo que amas y siendo tú misma. Para mí eres perfecta tal como eres, aunque no lo creas. No debes cambiar nada para ser aceptada, ni fingir

para ser amada. No puedes malgastar tu tiempo intentando encajar para hacer felices a los demás. Primero, tienes que ser feliz tú, disfrutar de tu tiempo, tus gustos, tus deseos, tus sueños... Esta es tu vida y ¡tienes que vivirla!

Sus palabras salen de su alma, de lo más profundo de su corazón y siento que son las más sinceras que me han dicho nunca. Creo que no lo aguanto más. Mi cuerpo me lo está pidiendo a gritos y, por primera vez, mi mente y corazón también están de acuerdo. El deseo irrefrenable de besarlo me recorre cada rincón de mi cuerpo. No puedo controlarlo y sé que él lo sabe. Acorto la distancia que nos separa para que entienda que lo necesito aún más cerca. Él tampoco puede aguantar más. Trago saliva al ver como se pasa la lengua por sus labios y se los muerde. La tensión que se respira en el ambiente es imposible de soportar, así que no aguanto más. Estampo mi boca con la suya. Mis manos cubren su rostro, acariciando sus mejillas, sintiendo su barba perfilada bajo mis dedos. Mi pulso tiembla y mis manos también. Mi pecho palpita como nunca. Sus labios se pegan a los míos sin tiempo para pensar. El roce de su barba en mis comisuras turba todo mi ser. Suelto un pequeño gemido que lo enciende muchísimo más, lo que hace que me apriete más contra él. Al fin rodeo su cuello y siento sus manos en mi cintura. Que me siguen apretando con fuerza contra su cuerpo. Sus dedos me queman allí donde se instalan. Es un beso tierno, pero con pasión. Lento y con pura suavidad al principio, pero que coge más intensidad conforme nos tocamos, olemos y saboreamos. Me sumerjo por completo en esa presión de su boca con la mía que me conmueven las ganas de besarlo más y más. El ritmo cambia al compás que nuestras manos recorren nuestro cuerpo y siento las suyas deslizándose por mi espalda, mi cuello, mi pelo, mis muslos... haciendo más presión en estos últimos. Un abrigo de electricidad me invade, dejándome llevar por todo lo que causa en mí.

Una extraña sensación que recorre desde mi ombligo hasta mi columna, sacudiendo todos mis sentidos. Me besa con ternura y una pícara sonrisa. ¡Un beso a fuego lento! Me muerde el labio y me pego más aún a su cuerpo, como si eso fuera posible. Su calor me envuelve. Nos damos un beso tras otro, casi dejándonos sin respiración, rozando nuestro paladar y haciendo callar a nuestros suspiros. Se dispara mi adrenalina y se acelera mi ritmo cardíaco. Sus besos son adictivos y su forma de acariciarme me estremece hasta el alma. El beso más largo y romántico que me han dado jamás. Como si todo este tiempo lo hubiera estado esperando a él.

Nuestras bocas se separan aún con la respiración agitada, sabiendo que si no paramos ahora ya no habrá vuelta atrás. Lo que siento por este hombre es especial, mágico, sobrenatural.

—Te besaría hasta la voz —exclama susurrándome al oído.

Se me eriza la piel. Nos miramos a los ojos.

Necesito verlo. Saber que es real todo lo que está pasando. Sus hechizantes ojos azules brillan con tanto deseo que traspasa todas las corazas que pudiesen quedar.

—Esos ojos, Alma... tus ojos me gustan, me embelesan, me dejan sin palabras y sin respiración. Me gustan porque son tuyos y eso los hace más especiales.

No sólo hay fuego en esto que estamos sintiendo, también complicidad y algo que no puede faltar, miradas que se entienden sin hablar.

—Por favor, Alessandro, ¡para! no me digas más esas cosas o si no...

—Si no ¿qué?... —me tienta apretándome más a él.

—Volveré a besarte y esta vez no sé si podré parar — contesto con la respiración cortada.

Sin tiempo para reaccionar vuelve a besarme, pero está vez más calmado. Demostrándome que tenemos todo el tiempo el mundo y que no quiere ir tan rápido. Conmigo no. Un beso más tierno aún y pausado. Sabiendo a la perfección que nuestros labios ya se pertenecen.

Nos fundimos en un abrazo. Un abrazo que parece interminable e íntimo.

—Cuando llegue nuestro momento, lo sabremos. No hay prisa —su voz se pierde contra mi pelo mientras sigo perdida entre sus brazos.

—Debemos bajar, nos estarán esperando —musito contra su pecho.

—Sí, será mejor que bajemos. Sino mi madre pensará que te he hecho algo —se burla dándome un toqucito en la barbilla.

La comida está casi servida. Salimos al jardín y una mesa gigante de madera y alargada nos espera. Una mantelería de lino en *beige* cubre toda la superficie. Vajilla de loza en color azul con vasos y copas a juego llenan la mesa. En el centro, una hilera de hojas verdes de olivo con flores de jazmín y los limones más amarillos que he visto nunca lucen a modo de decoración. Tablas de madera repletas de embutidos, aceitunas negras y toda clase de panes caseros con romero hacen que se te haga la boca agua.

Entro en la cocina y me ofrezco a ayudar a Gabriella con la comida principal mientras Alessandro ayuda en el jardín a su padre y a su hermana para terminar de poner la mesa.

Gabriella me muestra como prepara la pasta. Unos *zucchini bolognese* con frutos secos. Tiene una pinta increíble que hace que babee. Mientras termina de cocinar ayudo a fregar los cacharros y que no se quede la cocina hecha un desastre.

Enjabono y enjabono. Entre tanto, mis ojos se escapan para mirar a través de la ventana. Veo a Alessandro, igual que cuando ves una película de esas románticonas en la que la escena viendo al chico que te gusta transcurre a cámara lenta. Lo observo durante minutos. Ni siquiera me percató de que sigo con las manos llenas de jabón mientras froto el estropajo por las cacerolas en movimientos muy lentos. Cada detalle de su cara, sus facciones, sus ojos, cada uno de sus movimientos, su manera de reír, cómo dialoga con su padre y la forma tan bonita que tiene de tratar a Francesca.... Todo de él me resulta tan atractivo. Veo mover sus manos explicándole algo a su hermana, esas mismas manos que hace un rato me estaban acariciando. Con tan solo pensarlo, un cosquilleo me recorre todo el cuerpo. El reguero de besos que ha dejado por cada rincón de mi cuello, su olor impregnado en mí, las yemas de sus dedos marcadas en mi piel y el calor que siento se apoderan nuevamente de mi zona más baja. Sonrío sin querer, avergonzada por todo lo que me hace imaginar. Es increíble lo que este hombre me hace sentir. Y no sé si seré capaz de no dejarme llevar a pesar de que queremos tomarnos las cosas con calma. La mente me juega una mala pasada y, de repente, me viene Rober a la cabeza. Pienso que no me quitaré su nombre de la mente jamás y que en cuanto esté saboreando la felicidad él aparecerá en mi memoria para recordarme una y otra vez lo que viví junto a él.

—¿Estás bien, hija? —interrumpe mis pensamientos Gabriella, sabiendo que algo me oprime el pecho.

—Oh, sí, sí. Es que... me siento bien, como en casa —vuelvo a mirar a través de la ventana para ver a su hijo—. Alessandro me ha cambiado. Mi vida en España era muy distinta y... sinceramente esa vida no creo que sea para mí. He decidido que quiero empezar de nuevo aquí, pero la forma en la que me marché de allí... No sé si actué bien. Todo es tan difícil. Estoy hecha un lío y no sé cómo afrontar todo lo que mi corazón está sintiendo. Tengo miedo a volver a sufrir —confieso sincera como si de mi madre se tratase. No hace falta conocer muy bien a esta mujer para saber que es muy sabia y que, a pesar de que hablemos de su hijo, ofrece la confianza suficiente para expresarle lo que siento.

—Alma, cielo, —su mirada se torna cariñosa —hay personas que aparecen sin esperarlo en tu vida y son luz. Todo parece cobrar sentido en ese momento, incluso las experiencias más horribles por las que hayamos pasado porque son las que han hecho que llegaras hasta aquí.

Suspira mientras me acaricia la mejilla como una buena madre sabe hacer.

—No te quedes en ese lugar que es incómodamente cómodo. Puede parecer el camino más fácil porque es el que conoces. Pero a la larga, puede que te perjudique. Debes tomar una decisión, la decisión de partir de dónde no quieres estar para ir adónde deseas estar. Eso será lo mejor para ti. Y si no sabes lo que quieres... prueba cosas hasta que lo sepas y lo encuentres para poder llevar tu alma hasta allí.

Asimilo todo lo que esta mujer me dice y sus palabras hacen que me reafirme en lo que siento. Si supiera que ya he encontrado dónde quiero que mi alma esté.

—Gracias, Gabriella —seco mis manos en un trapo y la abrazo con el corazón latiéndome con fuerza. Esta familia es especial sin ninguna duda.

—¿Cómo va esa comida? —interrumpe Alessandro—. ¡Que tenemos hambre, madreee!

—Ya vamos. Ya vamos, hijo. Estos chicos me tienen loca, cielo. ¡Loca! —alza las manos riéndose.

La comida está exquisita. De tal manera que es la primera vez que disfruto una comida con todos los sentidos. Me sirven una copa de vino, el mismo que me fascinó en Roma y siempre pedía cuando iba a algún restaurante. Es el más rico que he probado nunca. ¡Quién iba a imaginar que tiempo después iba a conocer estos viñedos!

Imposible negarme a repetir un poquito más de cada plato. Gabriella nos sorprende con unos postres deliciosos. “De aquí salgo con quilos de más”, me digo a mí misma, pero para el postre siempre hay sitio.

Se está de maravilla aquí fuera. El día cada vez está más nublado y corre una leve brisa que dan ganas de ponerse algo por encima. La sobremesa se alarga más de la cuenta mientras charlamos todos. Entre tanto, Alessandro no deja de lanzarme miradas. Cada vez que siento sus ojos azules clavados en mí, el corazón me bombea a gran velocidad.

Francesca me pide consejo sobre los últimos preparativos de su gran día. Me enseña cómo lo han preparado todo, el tipo de comida que servirán, los regalos, la decoración, la música elegida y un largo etc. Nos pasamos las horas hablando, tomando café y organizando algunos cambios que le he aconsejado para que sea todo perfecto. Hemos hecho muy buenas migas y es una chica encantadora. Como toda la familia.

—Alessandro, ¿me ayudas con unas barricas que hay que mover de la bodega? El lunes llegarán unos clientes y necesito que todo esté terminado antes de la boda de tu hermana —pregunta Adriano a su hijo.

—Claro, padre. Ahora voy.

Este hombre siempre tan servicial y amable. Dirijo mi mirada hacia él y le dedico una sonrisa. Se acerca a mí antes de ir tras su padre.

—Si te apetece puedes ir dar un paseo por los viñedos. No creo que llueva aún —dice atento, mirando a lo lejos y viendo que el cielo cada vez está más oscuro—. Si te parece bien, te alcanzo en un rato —ahora clava sus ojos en mí.

—De acuerdo —sonríe feliz y me da un beso en la cabeza.

Es tan agradable estar aquí. Por un momento me olvido de todo. Solo pienso en mí, respiro hondo y aprecio cada detalle de mi alrededor. Siento el viento rozando las hojas de las uvas. Su olor me alcanza junto con el de las primeras gotas de lluvia. No me gustan las tormentas, sin embargo, las de verano tienen algo especial y el olor a tierra húmeda me atrae. El cielo está completamente cubierto por unas nubes negras.

Me dejo llevar.

Por un instante, me acuerdo de mi familia, de mi madre y de mi padre. Me rodeo los brazos para darme calor. Los echo tanto de menos. Recuerdo las palabras que me dijo mi padre antes de morir, tumbado en esa fría cama de hospital, pidiéndome perdón por haberme abandonado cuando se dio a la bebida para olvidar y por no haber sabido hacerlo mejor cuando mi madre nos dejó: **“Hija, quiero verte cumplir tus sueños, aunque sea desde allí arriba. Viajar a ese lugar que siempre quisiste, disfrutar del amor, vivir la vida, cumpliendo tus metas y siendo la mejor versión de ti. Sé que lo conseguirás.”**

Si supiera que hasta ahora no me veía con fuerzas de hacerlo... Tantos años perdidos y sin poder contarles la verdad. Esa culpa que siento por no confesar lo ocurrido y encerrarme en mí es una carga que llevaré siempre.

Pese a ello, ahora soy otra. He cambiado, me siento más yo que nunca y con fuerzas. Ya no soy la niña a la que convencieron y le comieron la cabeza para dejarse llevar por una vida que no le pertenecía.

A pesar de todo sigo adelante. Me he reído de los problemas cuando he podido y he continuado hasta aquí. Tengo claro que no soy una mujer de hierro, pero sí de razones. Por eso me digo a mi misma que las grietas de mi corazón también pueden florecer y que el día de mañana puede ser un jardín hermoso.

La conversación con Grabiella en la cocina me viene a la mente. Me hace reflexionar y recuerdo algo que leí hace tiempo: **“El pasado es como un sueño. Algunos recuerdos nos dan forma, nos convierten en lo que somos. Un mosaico de imágenes y sentimientos que en gran parte nos desvelan cómo hemos llegado hasta aquí, aunque los detalles se desdibujen con el tiempo”.**

Me niego a seguir creando recuerdos en los que solo aparezcan desdicha y dolor. ¡Esa ya no soy yo!

Por fin puedo entender que la cuestión no es aprender a olvidar a la gente que me hizo mal, sino aprender a dejar ir el pedazo de mí que se quedó con ellos.

Mi móvil suena al instante y me hace volver de mis reflexiones. Al ser consciente del nombre que se ilumina en la pantalla, la inseguridad, la incertidumbre y el miedo vuelven a mí. Me armo de valor para afrontar las cosas de una vez por todas y contesto.

Después de tantos días, oigo su voz.

—¿Alma?

—¿Qué quieres, Rober? —respondo muy seria.

—Necesito que vuelvas, por favor. ¡Vuelve a casa! —implora algo entusiasmado esperando un sí por mi parte.

Me quedo desconcertada por lo que acabo de escuchar. Quizás su madre no dejó que leyera la carta que le escribí y por eso me ha llamado. Pero... ¿después de tantos días?

—No, Rober. Estuve en casa el día que te marchaste. ¿Leíste la nota que te dejé?

Su silencio me inquieta durante unos de segundos.

—¿Rober?

—Sí —responde muy frío y cortante—. Alma, no me importa, de verdad. Yo solo quiero estar contigo y hacerte feliz. Vuelve y haré que no te arrepientas.

—Pero, ¿de verdad la has leído? —vuelvo a preguntar incrédula y sin dar crédito a lo que oyen mis oídos.

—Sí. Y sé que en realidad no piensas eso, peque. Te echo de menos. Podemos hacer como si nada hubiera pasado y seguir con nuestra vida.

—No —contesto rotundamente—. No voy a volver, Rober. Te lo dejé muy claro. Además mi futuro está aquí y más ahora que me han aceptado los trámites para seguir con mi negocio en este país.

—¿Se puedes saber de qué estás hablando? ¿Cómo que tu negocio, Alma? No entiendo. ¿En qué momento decidiste eso? —responde algo más alterado y en un tono de voz más elevado.

—Hace años que lo sabes, Rober, no me vengas con esas. Sabes que me encanta mi profesión y este país me fascina. Necesitaba un cambio de aires y me hacía mucha ilusión venir aquí para continuar con mi trabajo. Te lo repetí mil veces.

—Sí, pero... peque, pensaba que lo decías en broma. Llevábamos mucho tiempo planeando casarnos y no imaginaba...

—¡No, Rober! Para de una vez. Lo llevabais planeando tú y tu madre toda nuestra vida. ¿No te das cuenta? Siempre es ella la que ha decidido todo. Hasta el mismo día de... —me llevo los dedos al puente de la nariz y me quedo callada para no volver a revivir aquello y no repetir todo lo que le dije en la carta.

—¿El día que...? —arguye intrigado, como si de verdad no supiera de lo que estoy hablando. Esto es surrealista.

—Voy a colgar, Rober.

—¡Alma! Ni se te ocurra colgarme.

—No me des órdenes ¿de acuerdo? Ya no.

—Está bien... perdona, peque. Estoy muy nervioso. Por favor, no me cuelgues. Quiero escuchártelo decir... el día que... ¿qué?

Dios mío, me está poniendo a prueba. Está claro que quiere saber si seré capaz de decirlo con palabras y no con una simple carta. Me está retando, piensa que voy a ceder y que ganará.

Está bien, si es lo que quiere, se lo daré.

—Lo sé todo, Rober, te lo dije en la carta, pero si quieres que te lo repita, lo haré. Clara y concisa. A ver si así te enteras de una vez por todas. Mi mente ve con claridad todo lo que no

recordaba de aquella noche, lo veo con más lucidez que nunca. Sé que me echaste algo en la bebida, se lo que pasó después cuando, según tú, me intentaste salvar de aquel espantoso momento en el que solo quería morirme y sé lo de tu madre al querer ocultarlo.

Noto como se queda sin palabras y la respiración agitada. Creo que escucharlo de mi propia voz le ha afectado más de lo normal.

—Alma, yo... ¡No sé de qué hablas! Estás confundida, peque. Aquella noche bebiste demasiado y... —intenta convencerme. Otra vez—. Estar ahí te está afectando, vuelve a casa, por favor.

—¡Que no me llames más peque! Se acabó. Escúchame, —contesto con más valentía que nunca —dijiste que estarías siempre, aún sabiendo que estaba mal. No me valoraste ni me diste la oportunidad de hacer justicia. Lo siento, pero el tiempo se ha acabado. Yo ya no quiero sufrir más. Me quieres hacer sentir culpable cuando fuiste y eres tú el que lo es. He estado engañada todos estos años y ahora me doy cuenta de la realidad y que tengo una segunda oportunidad para ser feliz.

—¡Alma! —pretende callarme, pero yo sigo sin hacer caso a su tono.

—He vivido una mentira. Me heriste. ¿Inconscientemente?, no lo sé, pero lo hiciste. Nunca tuve el valor de decírtelo. Me dolió tanto que incluso derramé lágrimas por ello, pero te decía que todo estaba bien. Mentí, lo acepto y no sabes cuánto me arrepiento. Han pasado muchas cosas desde que estoy aquí y siento que es hora de que salga de tu vida para siempre.

—Alma, por favor... —vuelve a interrumpirme.

—Rober, ha sido muy difícil tomar esta decisión, pero es lo mejor. Si tú no lo quieres ver ya no es mi culpa. Yo ya no puedo hacer nada más...

—¿Es por el tío ese con el que te vi la última vez? —su voz suena cada vez más fuerte, más enfadada, más desesperada.

—¡Por el amor de Dios, Rober! Alessandro no tiene nada que ver. Esto es algo que yo tenía dentro desde mucho antes, él solo... solo me ha ayudado abrir los ojos.

—¡Te ha comido la cabeza! ¿Acaso quieres estar con él o qué? —me reprende agresivo y muy celoso.

—Rober, por favor, no hagamos las cosas más difíciles. Lo nuestro estaba muerto mucho antes de que lo conociera.

—Alma, vuelve a casa, ¡ya! Sabes que tu lugar está conmigo —cada vez lo siento más violento—. Si no...

—Si no ¿qué, Rober? Dejemos las cosas como están o si no seré yo la que se encargue de contarle al mundo entero el tipo de hombre que fuiste y eres. Se lo dije a tu madre y te lo repito a ti, ¡dejadme en paz!

—Esto no se va a quedar así...

El pitido al colgar la llamada me retumba en el oído.

Nada parece aliviar un dolor tan profundo. ¿Por qué cuando tengo algo de tranquilidad ocurre algo que la desvanece? Sé que solo depende de mí afrontar esta situación y soy yo quien tiene el poder de decidir cuándo. Conociéndolo, tengo claro que no me dejará ir tan fácilmente. Si hay algo que ese hombre odia con todas sus fuerzas es sentir que ha perdido.

Miro al cielo, que pareciera que va a caer el diluvio universal y cierro los ojos. Suspiro aliviada, pero con una congoja y angustia enorme en el pecho. Mis lágrimas brotan de mis ojos como si fuera una niña pequeña. Lágrimas de dolor por cómo me sentí aquella noche y de satisfacción por haber tenido la valentía de afrontar esta situación.

—Ya estoy aquí, *principessa* —me sorprende Alessandro por detrás, agarrándome por la

cintura. No lo esperaba y ni lo he escuchado acercarse.

Me giro para mirarlo y ve que estoy llorando.

—Alma ¿te encuentras bien? No llores, por favor. ¿Es que te has hecho daño con alguna cepa? —suelta realmente preocupado. Mira al suelo y después mis pies por si me he dado un golpe con algún tronco de una vid.

—Me ha llamado Rober —entrístezco por segundos.

—Entiendo. Por lo que veo no ha ido muy bien —se preocupa por mí.

—Ha hecho como si nada. Le ha dado igual todo lo que le expresé en esa carta y le ha dado igual todo lo que le dicho ahora. Le he hecho entender que necesito avanzar. Pero sigue intentado convencerme en que lo que recuerdo no es del todo cierto y que estoy confundida. Ha sido capaz de amenazarme sino volvía con él. Me siento mal y me duele haberme fallado a mí misma por no reconocerlo y haber dado el paso años atrás —expreso verdaderamente conmovida—. No le ha gustado la forma en que le he contestado y me ha colgado de golpe. ¡Ahora mismo no sé qué pensar, Alessandro!

Me lanzo sobre él y lo abrazo fuerte. Sus brazos son el lugar en el que más segura me siento. Necesito sentirlo, olerlo y que el latir de su corazón me calme. Un abrazo bien dado tiene el poder de detener el tiempo, suturar heridas y ser paréntesis en todo el lío que llevas en la cabeza. Si encuentras un amor así, alguien a quien puedes abrazar y con el que puedas cerrar los ojos a todo lo demás, puedes considerarte muy afortunada.

—Acepta que eres humana, Alma. No seas tan dura contigo misma —susurra contra mi pelo mientras sus brazos me envuelven—. Que puedes equivocarte mil veces y está bien fracasar en el intento de seguir mejorando. En eso consiste la vida. Has sido valiente haciendo lo que has hecho y eso dice mucho de ti —sus palabras, como siempre, me llegan al corazón—. Te mereces un amor que te quiera y una familia que no te rompa —su voz me conmueve y me hace temblar.

Alzo la vista y lo miro fijamente. Desliza sus dedos por mi rostro, me seca las lágrimas como solo él sabe, acaricia mis labios y se inclina para besarme. Nuestros labios se funden en el punto justo, como si encajaran. Vuelvo a sentir ese hormigueo en el estómago. Justo debajo de mi ombligo. Me estremezco de deseo. La llama que enciende cada vez que sus labios rozan los míos va a hacer que me vuelva loca. Tengo sed de él.

De repente, el sombrío cielo se ve iluminado por una descarga eléctrica entre las nubes. Seguidamente, el estruendo llega a nuestros oídos. Sentimos el agua chocar en nuestra piel. En pocos segundos el aguacero, acompañado por los truenos y relámpagos, da paso a una gran tormenta. Empieza a llover más fuerte, con furia. Las gotas de agua son cada vez más gruesas, haciendo que nos empapemos por completo.

Elevamos la vista hacia lo alto contemplando la oscuridad y riéndonos a carcajadas. Nos volvemos a mirar y presiento que me quiere llevar a algún sitio para resguardarnos.

—¡Corre, ven conmigo! —agarra mi mano y tira de mí.

Y como hago desde que lo conozco, me dejo llevar por él.

Cuando nos resguardamos en el establo tan sólo escuchamos nuestra respiración agitada y el sonido de la lluvia repiqueteando con fuerza. No podemos parar de reír, sobre todo al ver las pintas que tenemos después del chapuzón.

Está algo despeinado y varios mechones de pelo le caen delante de su rostro. Las gotas de agua resbalan por su cara y, algunas de ellas penden de sus largas pestañas. Está mirando hacia el exterior con los brazos apoyados en sus caderas y la respiración acelerada, con su pecho subiéndolo y bajándolo, intentado inhalar todo el aire posible mientras continúa con su especial sonrisa dibujada. Mantengo la vista clavada a su figura, estudiando cada maldita parte de su cuerpo, el cual me está poniendo muy difícil el hecho de controlarme y no abalanzarme sobre él. Se sacude y se despeina el cabello con la mano, al hacerlo sus bíceps se marcan aún más bajo la fina tela. De verdad que no puedo dejar de contemplarlo. Está tan terriblemente guapo. Su abdomen definido y los músculos de sus brazos se hacen notar bajo su camisa mojada. Observarlo de este modo me corta la respiración. Como él, intento coger aire para volver a respirar con normalidad. Pienso que no soy capaz. Sentir lo que siento me nubla los sentidos, la mente por completo. Como si dentro de mí hubiese un fuego imposible de apagar cada vez que lo miro.

Se percata de que no dejo de pasear mi mirada por su cuerpo y me observa de reojo, lanzándome una sonrisa.

—Tengo que tener unas pintas horribles —afirmo mientras me desato el moño y me suelto el pelo. Hago lo posible por adecentarme un poco y disimular la manera en que lo estaba mirando.

—Eso es imposible —observa como cae por mis hombros mi melena mojada.

Se acerca a mí, apartándose el pelo hacia atrás y acariciándose el cuello muy lentamente con sus dedos. Empiezo a ponerme muy nerviosa. No puedo dejar de pensar en lo bien que huele y en como ese aroma me cala hasta lo más hondo, en la seguridad que muestra en cada gesto que hace, en todas las emociones que me hace sentir con su mera presencia... Que no se acerque más o no respondo.

—Te veo más preciosa que el día que te conocí.

—No digas tonterías, anda... —suelto avergonzada.

—Digo la verdad —me observa de arriba abajo. Mi vestido parece una segunda piel al estar tan pegado a mi cuerpo a causa de la lluvia. Marca por completo mis curvas y, sobre todo, esa zona exacta a la altura del escote que, por más que intento disimular por no llevar puesto el sujetador que tape la evidencia, capta toda la atención de Alessandro al ver cómo reacciona mi cuerpo, no solo por la ropa empapada sino por tenerlo tan pegado a mí.

Da un paso decidido, se acerca mucho más y yo tengo que elevar un poco la barbilla para seguir mirando a esos ojos tan brillantes que me hacen sentir todo un ejército de mariposas en mi estómago. Su mirada parece inquieta, impaciente y deseosa de algo. ¿De mí?

Se inclina hacia mis labios y me susurra en ellos:

—Me vuelves loco, Alma. Me has conquistado —se me eriza toda la piel. No consigo articular palabra. La voz se me queda atascada en la garganta y siento un tirón en el estómago. Mi mirada viaja de sus ojos a sus labios que siguen hablándome—. Te dije que esperaríamos, pero no puedo soportarlo más. Vas a acabar conmigo. Te necesito.

Atrapa mis labios sin darme tiempo para responder, pero esta vez con más ganas y mucha más pasión. Me besa el cuello con fuerza y de nuevo un escalofrío recorre mi cuerpo. Sigue por mis hombros, intentando bajar sin interrupción las mangas del vestido. Cuando lo consigue, sus manos me aferran con ganas apretándome contra su cuerpo.

Vuelve a besarme.

Por un momento, se separa de mí y me mira para ver si estoy bien. Sé que me está pidiendo mi aprobación para continuar. Y más aún después de todo lo que le conté. Sus ojos arden de pasión y los míos también. Nunca me había sentido tan segura de nada. Ahora soy yo quién lo beso, deseosa de más. Excitándonos por segundos. Le desabrocho la camisa y contemplo que no me equivocaba al ver su abdomen y pecho definidos. Hago lo mismo con sus pantalones y los aparta hacia un lado. Desliza la tela de mi vestido que cae por completo al suelo. Me quedo totalmente expuesta antes sus ojos que me observan como si yo fuera un misterio por resolver. El corazón me late agitado dentro del pecho. Siento la suave brisa de esta lluvia de los característicos días de verano en mi cuerpo y me estremezco.

Nos miramos durante unos segundos. Sé que me desea, y me contempla de tal forma como si el mundo se fuera a acabar después de esto. Acaricia muy lentamente mis brazos, mis costillas, mis caderas con ternura y pasión. Recorriendo todo mi cuerpo, las zonas que me gustan y las imperfecciones a las que no les dedico mi cariño como debería. Ante sus ojos me siento preciosa. Arqueo la espalda en cada caricia, en cada roce, en cada beso que implanta en mi piel. La piel se eriza allí por donde roza sus dedos. En un impulso lleno de deseo me eleva en brazos para seguir besándome a la par que rodeo con mis piernas su cuerpo musculado. Me sujeta por la cabeza y por la espalda apretándome más a él. Cada segundo que pasa estamos más encendidos. Con delicadeza me tumba en una pequeña montaña de paja que hay en el suelo, encima del montón de ropa que nos hemos quitado. Puedo sentirlo sobre mí, completamente desnudo y alumbrado por la tenue luz del exterior, con un cielo cada vez más oscurecido. Acaricia mis muslos, sus dedos aprietan mi piel, acercándose aún más a esa zona llena de deseo y que lo reclama con desesperación. Me sacude un cosquilleo. Vuelve a atrapar mi boca con la suya, a besarme... los labios, el cuello, mis pechos y bajando hasta mi ombligo. Sus manos siguen poseyéndome, acariciándome, tocándome, y nublándome todos los sentidos. Inclino la cabeza hacia atrás gimiendo de placer, pensando que jamás podría sentir lo que estoy sintiendo. Nada en mi mente, ni miedos, ni *flashes* de ese horrible día. Abro los ojos para observarlo, queriendo descifrar cada rincón de su cuerpo. Sus brazos firmes y fuertes provocándome a cada instante, su abdomen caliente casi pegado al mío y su delatada excitación, por todo lo que le hago sentir, pegada a mi cuerpo, haciendo que lo desee cada vez más mientras él sigue con lo que se ha propuesto; llenarme de placer y llevándome al límite allí donde han estado sus dedos todo este tiempo. El corazón me palpita a una velocidad pasmosa. Es la primera vez que siento algo así.

Y aquí estoy yo, pensando que la magia no existía, y ahora es lo que veo cuando lo miro.

En ese instante es él quien clava sus ojos en mí, despeinado, fogoso, excitado y con la respiración entrecortada por ver lo que ha provocado en mí. Su figura está perfectamente perfilada sobre mí con la suave luz que nos rodea. La lluvia sigue sonando de fondo como melodía. Me observa escéptico, como si no fuera real lo que está sucediendo. Dejándome ver que para él, este momento, también es mágico.

—¿Esto es real? —pregunta incrédulo a lo que sucede, mirándome fascinado. Le sonrío, asintiendo. Hago acopio de las fuerzas que me quedan para acercarme más a él y devolverle el favor. Pero me lo impide y hace que vuelva a tumbarme.

Ahora se coloca sobre mí. Su excitación roza la fuente de mi deseo. No aparta sus ojos de los

míos. Me hace sentir especial, deseada y amada. Siento su roce con mi cuerpo. Piel con piel.

—Necesito sentirte a ti, Alma.

—Pues no esperes más —emito en un susurro. Es lo único que alcanzo a decirle. Pero esas cuatro palabras bastan para darle vía libre y que su mirada se vuelva irracional.

Acorta la distancia que nos separa y roza sus labios con los míos. Su mirada se torna más oscura, más primitiva, más deseosa. Tras unos segundos se hunde en mí, lo que hace que curve mis caderas para sentirlo más. Un sonido ronco se escapa de su garganta y eso me pone a mil. Necesito sentirlo al completo. Por un momento dejo que tome el control, me sujeta con fuerza estrechándome contra su cuerpo. Nuestros besos se vuelven más desesperados. Consiento que tome el ritmo que necesita y yo pienso que no lo aguanto más. Acaricio su espalda con una fuerza incesante, suplicándole que se acerque más, con la necesidad de sentirlo más profundo. Como si fuéramos uno. Fusionándonos. Sensaciones que jamás creí experimentar se apoderan de mí. Suspiro de gozo. Nos deseamos demasiado. Gimo de placer y eso le hace sonreír. Sus jadeos me hacen querer más. Mucho más. Disfruto de este momento y, sobre todo, disfruto de él.

Intuyo que no aguantamos más y necesitamos estallar de placer. Detona en mí una sensación de satisfacción que nunca había sentido. Si sigue así va a hacer que pierda la razón. Nuestras manos y piernas se entrelazan al mismo tiempo. Nuestra respiración es agitada y un calor abrasador se apodera de nuestros cuerpos mientras ambos gemimos.

Nuestros cuerpos cobran otro ritmo, más salvaje, más apasionado... el ritmo perfecto. Está más seductor y arrebatador que antes. En cada movimiento acaricia todas las partes de mi cuerpo. En pocos minutos, temblamos de placer y en cada embestida me hace suya para siempre.

Hacemos el amor por primera vez y siento que ya nada volverá a ser como antes. Una conexión que nunca habría imaginado. Permanecemos juntos, sudorosos y jadeantes, alcanzando el clímax a la vez como punto final.

Él me mira, me sonríe y yo... yo me siento enérgica y repleta de emociones desconocidas para mí. Me vuelve loca. Es entonces cuando descubro que jamás miraré a nadie como lo miro a él.

Derrotados y con las respiraciones entrecortadas nos acomodamos, uno al lado del otro. Alessandro me rodea con sus brazos, dejándome espacio en su costado, pudiendo oír su corazón acelerado. Su olor amaderado y a mandarina ahora es más intenso y lo percibo como nunca antes. Me siento completa y en paz estando a su lado.

Deposita un cálido beso en mi frente, acariciándome el pelo. Cerramos un instante los ojos y nos quedamos así, sin hablar, deleitándonos en lo que acaba de ocurrir y con nuestros cuerpos pegados, escuchando cómo poco a poco se calma la tormenta.

Tras un rato en la penumbra y aún desnudos, Alessandro me ayuda para levantarme y empezamos a vestirnos.

—Eres maravillosa y sorprendente, Alma. Haces que pierda la razón —me coloca un mechón de pelo tras la oreja y vuelve a besarme.

Mis mejillas arden, avergonzada igual que una niña. Y lo hago escuchando esas palabras y no por lo que acaba de suceder. Como si fuera una chica distinta a la de antes, pero completa al fin.

Parece que ya no llueve y se va aclarando el cielo encapotado para ir dejando paso a una luna llena preciosa que se ve muy distinta a la que se veía en la ciudad. Ya ha anochecido y no se ve casi nada, tan solo los farolillos del exterior de la vivienda en la distancia.

—Volvamos a casa, estarás cansada —espeta echándome el brazo por los hombros y dándome un pequeño beso en la frente.

—Lo que tengo es hambre —suelto risueña y como en una nube por lo que acaba de ocurrir.

—Pues... vamos a darle solución a eso.

La casa está en silencio y casi a oscuras sino es porque aún quedan algunas luces encendidas en puntos estratégicos que la hacen más cálida y acogedora si cabe.

Entramos en la cocina sin pensarlo mucho y dejamos los zapatos en el suelo. Alessandro trae un par de candelabros de tres brazos de estilo barroco con un toque *Shabby Chic*; desgastado y sofisticado, que le da refinamiento y clase. Encendemos las velas, dándole así un toque romántico a la estancia mientras nos lanzamos miraditas picaronas y hablamos en susurros. Alessandro saca algunos *tuppers* con comida del frigorífico y los sirve encima de la isla. Me siento sobre la encimera y el tacto del mármol con mi ropa aún mojada hace que me dé un leve escalofrío por las piernas.

Empezamos a picotear directamente de los recipientes. Parece que no hubiésemos comido nunca. Nos damos de comer el uno al otro, juguetones y con un brillo especial en la mirada. Con toda la boca llena nos da un ataque de risa. Espontanea e ilusionada, pero que hacemos todo lo posible por calmar para no despertar a nadie. Disfrutamos de este momento único mientras el resto de la casa duerme.

—¿Quieres helado? —pregunta Alessandro con su peculiar sonrisa sabiendo cuál va a ser mi respuesta.

—Por supuesto. ¡Eso ni se pregunta! —bajo de un salto de la encimera e intento cotillear por encima de su hombro de qué sabor será.

—¡Chocolate! —anuncia entusiasmado.

—Hmmm, mi favorito —se lo quito de las manos y me llevo una cucharada a la boca—. ¡Riquísimo! ¿Tú no quieres? —lo incito juguetona y sexi para que se acerque a la par que cojo otra cucharada.

—Si me das tú sí —se aproxima a mí para que le dé a probar el helado y justo cuando la cuchara roza sus labios se la aparto de golpe para comérmelo yo.

—Alma, Alma... ¿Me estás provocando? —cambia su mirada a una más feroz. Me encanta cuando me mira así. En un acto repentino salta sobre mí y me besa. Saborea cada parte de mi boca, desliza su lengua por mis labios. Calmado, suave, tierno y con pasión—. Te tendré que comer enterita si me vuelves a provocar —murmura contra mis labios.

—¿Eso ha sido una amenaza, señor D'Abruzzo?

—Tómeselo como quiera, señorita Moreno.

Tengo la sensación de estar volando cada vez que me toca o me besa. Acabamos tirados por los suelos, cubiertos de chocolate por todos lados, besándonos y fundiéndonos de deseo. Intento guardar en mi mente cada poro de su piel, cada parte de su cuerpo. Todo lo que me hace sentir el roce de sus dedos, sus manos entrelazadas con las mías, sus ojos, sus labios, su melena alocada por la pasión, el calor de su cuerpo y su aroma. Pretendo recordar cada cosa de este hombre por diminuta que sea por si algún día no está a mi lado.

Siempre me había convencido de que algún día llegaría amar a alguien como Alessandro. Sino en esta vida, sería en otra. El amor verdadero solo ocurre una vez y ahora tengo claro que yo lo esperaba a él.

Un extraño golpe suena en el exterior haciéndonos volver de nuestro apetito por satisfacer nuestros deseos. Alessandro se levanta para cerciorarse de que el ruido proviene del jardín.

—Se habrá caído algo de la terraza por el aire o se habrá colado algún animal. Tranquila, no es nada —me calma.

—Que susto me he llevado. Deberíamos irnos a dormir, no quiero que tu madre o, muchísimo

menos tu padre, se levanten y nos vean así. Me moriría de la vergüenza.

—Sí, claro, es tarde. Será mejor que vayamos a descansar.

—Gracias por la cena, Alessandro, ha sido... la más romántica de toda mi vida. Y bueno... gracias, también, por ser así conmigo.

—No tienes por qué darlas, *principessa*, ¡tú haces especiales todos y cada uno de los momentos que paso contigo! Soy yo el que debería dártelas —acaricia con dulzura mi mejilla.

—Que bobo y exagerado eres. Solo... soy yo —me encojo de hombros, como si al ser simplemente yo no me mereciera que me digan esas cosas.

—Precisamente por eso, Alma, porque eres tú —me achucha contra él, hundiendo su nariz en mi cuello y yo lo rodeo con mis brazos—. Te acompaño a tu habitación.

Tras recoger la cocina, subimos las escaleras descalzos, llenos de barro seco en los pies, manchados de chocolate y con la ropa aún húmeda. Vamos hechos un desastre, pero nos da igual porque la felicidad que sentimos ahora mismo se antepone a todo eso.

Alessandro me acompaña hasta mi habitación. Sus padres me han preparado una de las más especiales de la casa para que esté lo más cómoda posible. Si supieran que ya me siento como una más de la familia.

Me percató en que es la misma habitación en la que entramos esta mañana después de todo el desastre que liamos en la cocina, pero no me fijé en ella porque iba completamente embobada por la persona que tenía justo delante.

Es de las habitaciones más bonitas que he visto y no tiene nada que envidiar a la de mi antiguo ático en Madrid. Sí, ya no es mío, pero aún estoy en duda si algún día lo fue.

Un gran cabecero tapizado en capitoné anclado en la gran pared y una ancha cama vestida en tonos claros llaman toda mi atención. Justo en frente de la cama hay un gran ventanal cubierto de suaves y finas cortinas de lino que llegan hasta el suelo. Las paredes están pintadas en un color verde laurel muy clarito, dejando ver ligeros brochazos que la hacen aún más espectacular.

—¡Esta habitación es preciosa, Alessandro, gracias! Pero no teníais por qué. Cualquier habitación hubiera estado bien.

—No es nada, Alma. Han sido ellos mismos los que se han ofrecido. Mi madre quería que te sintieras a gusto. Así que disfrútala. Es toda para ti.

Lo miro con tristeza porque lo que menos me apetece ahora mismo es separarme de él. Quiero sentirlo a mi lado a cada instante. Aprovechar cada segundo juntos.

—No te vayas, por favor —suplico sujetándole la mano—. ¡Quédate conmigo esta noche!

—¿Estás segura? —inclina la cabeza, dudando.

—Completamente —respondo sincera.

No tengo que insistirle, pues sé que él también se muere de ganas. Entra conmigo y cierra la puerta tras de sí.

Necesito un baño, de esos con mucha espuma y en el que me tiraré horas. Sumergirme bajo el agua y desconectar de todo. Solo quiero disfrutar el momento presente. Abro el grifo de la bañera, esa que parece sacada de una novela romántica antigua. Pongo mi mano bajo el agua y la siento cálida. Después de la lluvia que nos ha empapado y me ha calado hasta los huesos, me sentará bien un baño de agua caliente. Junto al sonido del agua correr puedo oír, a través de la ventana, el cantar de los grillos y demás alimañas que se han dignado a salir una vez pasada la tormenta.

No es un misterio que me encanta la música y, aunque es bastante tarde y no quiero despertar a nadie, me apetece poner alguna canción muy bajita en el móvil para relajarme entre burbujas y olores a lavanda.

Estoy desnudándome cuando Alessandro aparece por detrás, casi sin poder verme por la tenue luz que desprenden las velas que he encendido.

—¿Qué haces ahí? —inquiero a su reflejo del espejo y mordiéndome el labio.

—Observarte —sigue apoyado en el marco de la puerta y con los brazos cruzados. Ese lenguaje corporal que hacemos sin darnos cuenta a modo defensa a la altura del pecho y los pulmones por miedo a causarles daño. Aunque siempre parezca seguro de todo, quizás él también tenga miedo de volver a sufrir—. ¿De verdad eres real? ¿O eres un sueño? —suelta con su gran sonrisa de medio lado encantadora y que tanto lo caracteriza.

—Nunca me he sentido tan real como contigo, Alessandro —sonríe. Mis ganas de besarle me sacuden de arriba a abajo. Empiezo a tararear la canción que está sonando: *Perfect* de Ed Sheeran, muy coqueta y, para que mentirnos, tentadora. Nunca me había imaginado así; impulsiva, sexi, apasionada, dejándome llevar por lo que siento. Pero es que eso es lo que verdaderamente me ha hecho ver este hombre. Que deje de tener miedo a ser yo, a sentir, a hacer lo que me dicta el corazón, ver que puedo ser yo quién maneje los hilos, a fantasear, a bailar... a vivir.

—He decidido que yo también necesito un baño —sigue con esa sonrisa amplia que casi le llega a los ojos y que tanto me estremece.

Sonríó al saber lo que he provocado en él. Enloquecido por mis labios sonrosados y dándose cuenta de que cualquier amenaza que pueda originarle por miedo a sufrir ya es tarde, pues está completamente loco por mí, relaja los brazos y con firmeza se acerca para girarme y ponernos frente a frente, sujetándome por la cadera. Es un movimiento algo brusco, pero que vuelve a encender la chispa del deseo.

Vuelvo a estar pegada a su cuerpo. Una sensación de calor desde los pies hasta mi rostro me provoca un cosquilleo. Un fervor subiendo hacia mis piernas que se ponen en tensión en una especie de explosión y como si todo mi cuerpo estuviera contracturado. Entrelaza su mano por mi pelo, sosteniéndome la cabeza. Cada vez lo siento más cerca y nuestros labios se aproximan muy poco a poco para volverse a besar. Un relámpago atraviesa por mi columna vertebral hasta mi estómago. Acabamos metiéndonos en la bañera, enjabonándonos mutuamente, recorriendo nuestra piel con nuestros dedos, acariciándonos y fundiéndonos. La mezcla de su olor, el mío, la lavanda, la música de fondo casi inapreciable, las sombras que forman las velas, el contacto con su cuerpo... todo hace que no quiera despertarme de esta fantasía por miedo a que sólo sea una ilusión.

Me vuelve a hacer el amor, pero esta vez más dulce, mucho más tierno. Una ola de pasión desenfrenada que hace que volvamos a acabar al unísono. Es una locura lo que me hace sentir este hombre. No puedo dejarlo escapar, es más... no quiero dejarlo escapar.

Lo de quitar la ropa cualquiera puede hacerlo. Pero quitar los miedos, curar las heridas y sanar el corazón, solo él lo ha podido lograr.

Estamos cansados y a mí me duele todo el cuerpo. Nunca había experimentado tantas emociones en un día ni había explotado de placer tantas veces seguidas.

Ambos nos acomodamos bajo las sábanas, simplemente con el calor de nuestros cuerpos como abrigo.

—¿Sabes?, —susurro sincera pegada a su pecho —el día de hoy ha sido el mejor de mi vida, Alessandro. Gracias.

—No, Alma, gracias a ti por existir. Yo también me sentía algo perdido... Hasta que tuve que ir corriendo por la ciudad para chocarme con alguien que se quedo plantada sin reaccionar en mitad de una plaza y crucé una mirada con ella.

Me abrazo a su pecho. Ese que ya es hogar para mí, como si sus abrazos estuvieran escritos en mi piel. Un abrazo de esos que sientes que todo saldrá bien.

—Cuando vine a Italia, lo hice con un plan. Uno en el que me sintiera viva y feliz, sin las

personas que tanto daño me estaban causando —le revelo mis pensamientos más sinceros—. Aunque, ni yo misma sabía cómo hacerlo, cómo dar el paso, qué hacer exactamente... Ahora creo que mi plan eras tú.

—A veces, simplemente solo necesitas respirar, confiar, dejar ir y ver qué sucede —su voz ronca contra mi pelo me da escalofríos—. Las mejores cosas de esta vida suelen suceder cuando no las planeas.

—Gracias por aparecer un día cualquiera y cambiar mi mundo para siempre —lo beso en la comisura de sus labios.

Nos quedamos así durante un buen rato, sin articular palabra alguna. Piel con piel. Acariciándonos. Sintiéndonos.

Alessandro ya tiene los ojos cerrados, pero de repente caigo en la cuenta de que al día siguiente es la boda de su hermana.

—Oh no...

—Mmm ¿Qué ocurre? —abre un ojo expectante.

—¡Mañana es la boda de Francesca! Me dijiste que no me preocupara con lo que ponerme, pero... ¡no tengo nada!

—¿Es eso? Tranquila, *principessa*. ¡Déjate llevar! Te dije que me encargaba ¿no? Qué pasa, ¿no confías en mí? —suelta gracioso mientras me estrecha más a él.

—Solo confío en ti.

—Así me gusta —complacido, dibuja una pequeña sonrisa y vuelve a cerrar los ojos.

—Espero que no siga lloviendo, sino tu hermana... pobre...

—expreso con sincera preocupación.

—No te preocupes, mañana hará un día espléndido. ¡Ya verás! —su voz a penas es un susurro por el cansancio.

Este hombre sería capaz de calmar incluso al león más feroz con esa voz y su manera de hablar.

Nos abrazamos y dormimos juntos por primera vez.

Es muy temprano, apenas ha amanecido hace unos minutos y escucho a lo lejos el canto de algún gallo. Nos fuimos a la cama bastante de madrugada y no tengo ni idea de las horas que habremos dormido. Aún así, me siento bastante descansado y he dormido como un lirón. Abro los ojos lentamente y parpadeo varias veces, intentado descifrar el porqué no estoy en mi habitación. Recuerdo todo lo de ayer, lo de anoche, las emociones vividas y giro la cabeza para averiguar si sigue aquí, temiendo lo contrario. En cuanto lo hago, mi miedo se desvanece.

Duerme plácidamente, como un ángel. Al observarla detenidamente una felicidad enorme se apodera de mí. Mirarla se ha convertido en mi vicio. Le aparto varios mechones de pelo de la cara para estudiar cada parte de su rostro. Me gusta su piel. Tiene ese tono de otoño parecido al café con leche y canela. Es sumamente preciosa, de eso no hay duda.

Me ha enloquecido por completo. Poder tener sus marcas en mi piel, poseer un trocito de su alma; esa a la que tantas veces han lastimado, estar en su mente y en su corazón. No sé qué sentirá ella exactamente por mí, pero creo que me he enamorado como un niño. De una forma en la que nunca pensé que lo haría.

Siento vértigo al decir en voz alta en mis pensamientos que estoy enamorado de ella. Como la sensación que se tiene cuando se sube a una montaña rusa, que te dan nervios y sientes ese cosquilleo en el estómago, pero aún así quieres hacerlo.

Cuando le hice el amor anoche me di cuenta de que la necesito, que quiero formar parte de su vida, hacerla feliz. La atracción que siento hacia ella, las ganas de conocerla en profundidad, la emoción intensa e incontrolable que me provoca cuando la tengo frente a mí, la sensación de placer, de bienestar, incluso las palpitaciones aceleradas que experimento cuando rozo mis dedos en su piel... Todo eso me ha descolocado por completo porque pensé que el amor estaba sobrevalorado y que jamás encontraría a alguien que me hiciera sentir todo esto. Quizás si a esa persona con la que compartir tu vida y quererla. Dicen que el roce hace el cariño y yo puedo dar fe de ello. Pero esta vez es distinto. Lo que siento por esta mujer va más allá de lo que siempre imaginé y sigo alucinando por la manera en que ha ocurrido.

He soñado con ella, con nosotros en realidad, por eso pensaba que todo lo que pasó ayer fue fruto de mi imaginación. Pero no, la tengo aquí, a mi lado, oyendo su respiración pausada. Sonríe al recordar el día que la conocí. Sentir su magia por primera vez y ver esos ojos tristes, pero hermosos. Supe que ese momento lo cambiaría todo. Su mano agarrando la mía por las calles de Roma. Su naturalidad y lo diferente que es al resto. Su primer abrazo cuando bailamos en la fuente. El calor que desprende su cuerpo. El sabor de sus dulces labios. El saber que le erizo la piel con tan solo una mirada. Parece mentira que en tan pocas semanas haya pasado todo esto y sienta por ella cosas que no podría ni explicar.

Ella es como un elixir. La sustancia que necesito para tener vitalidad. Creo que ella misma es incapaz de ver lo especial que es. La inocencia de niña que tiene y la madurez de una mujer para amar. Me sobrecoge la facilidad que tiene para que caiga rendido a su belleza.

Me he enamorado de quién no imaginaba ni buscaba. Ese momento me enseñó que el amor no se elige, es él quién nos elige a nosotros. Pase lo que pase, de ahora en adelante, este amor será único e irrepetible. Por eso la necesito. Quiero estar con ella, hacer que este amor sea infinito y

que dure siempre. Que sea trascendente.

Sé cuánto le está costando volver a confiar en alguien más, así que me juro no hacer nada que pueda dañarle esa sonrisa tan hermosa. A partir de hoy mi corazón le pertenece por completo.

No quiero despertarla aún, así que después de observarla durante un rato y reconocer que esta es la imagen que me gustaría ver cada día, salgo de la cama con mucho cuidado.

Recojo toda mi ropa del suelo. Me acerco a ella y la arropo con la sábana para que no coja frío su cuerpo, aún desnudo, con la leve corriente que entra en la habitación. Busco un papel y bolígrafo. Le dejo una nota para cuando se despierte.

La beso en la cabeza con cautela y cierro la puerta con sigilo.

Mi despertar es muy distinto al de otros muchos. Esta vez no ha sonado el despertador. Los pájaros cantando y la brisa de un nuevo día me arrancan de un sueño reparador. Cada rayo de luz entrando por el ventanal hace visible la transparencia del día, pudiendo ver desde la cama las deslumbrantes colinas doradas de la Toscana. Giro la cabeza para ver si Alessandro sigue durmiendo, pero por lo que veo se ha tenido que levantar mucho antes que yo. Alcanzo a ver que me ha dejado una nota encima de su almohada.

“Buongiorno, principessa. No quería despertarte, estabas tan guapa y se te veía durmiendo tan plácidamente que no quería molestarte. Cuando estés lista te espero en el jardín.”

Al estirar los brazos para desperezarme se me escapa una sonrisa tonta al recordar todo lo vivido ayer, Sin duda, estar entre sus brazos y las sábanas ha sido otra forma de definir el cielo. Se quedó dormido antes de que yo también sucumbiera al cansancio. Lo que me dio algo más de tiempo para deleitarme con su aspecto. Se le notaba tranquilo y una pequeña expresión de felicidad se le quedó dibujada en el rostro. Verlo así me provocaba unas ganas de locas de gritar, de gritar muy alto para que se enterase todo el mundo de lo feliz que me hace estar junto a él. Me permití el gusto de acariciar su cara mientras seguía vencido por el sueño, pensando en lo imposible que parece todo. No puedo explicar con palabras lo que me hace sentir Alessandro. Siento con él una conexión única, como si después de todo lo que tuve que pasar lo estuviera esperando a él. Solamente a él. Toda su familia, este lugar y todo lo que concierne a este hombre estaba destinado para mí. Estaba arraigado a mis venas, a mi sangre, muchos antes de que yo naciera y es alucinante como nuestras decisiones, actos y la misma vida manejan los hilos para llegar hasta ese mismo punto al que tenías que haber llegado, aunque el camino haya sido difícil y te hayas desviado en numerosas ocasiones.

Decido que es hora de levantarse. Me visto con un vestido de lino y unas sandalias. Me lavo los dientes y me echo agua fresquita en la cara para despejarme. Me asomo al ventanal y la suave brisa de la mañana acaricia mis mejillas, mis brazos y mis piernas, haciendo que se me erice la piel. Huele a septiembre y a nuevos comienzos. Respiro hondo cerrando los ojos y, por primera vez, me doy cuenta de que mi corazón está tranquilo, nada duele, nada angustia, nada grita.

Ya no sufro por mi pasado y menos aún por mi tristeza. Y es que después de tantas heridas por fin entiendo que hay algo más grande que mis miedos y que el amor puede curar el alma. Finalmente me he dado una oportunidad para llegar a conectar con la parte de mí que he estado ignorando durante tanto tiempo. Conocer a Alessandro me ha servido para llegar a esa etapa de la vida en la que ya no quiero adaptarme al algo si no me hace feliz, no querer estar con alguien que me robe la energía, elegir por mí misma a quién le dedico mi tiempo porque es lo más valioso que tengo, valorarme más porque me ha hecho entender que es un honor estar conmigo.

Bajo al jardín y lo veo ahí, sentado, de espaldas, mirando hacia los viñedos y tomando un café que, al parecer por el olor que ha calado en toda la casa, está recién hecho. Me parece la imagen más bonita del mundo y me detengo unos segundos para observarlo hasta que decido acercarme para darle los buenos días.

Me coloco tras él, rodeando mis brazos a su cuello. Lo que él recibe de muy buena gana al agarrarme con sus manos y soltar un sonido ronco. Acercó mi nariz a su cuello para olerlo, lo

necesito, es como una droga para mí. Después, lo beso en la mejilla.

—Buenos días... —susurro en su oído.

—Te echaba de menos —en un movimiento rápido me atrae con fuerza para ponerme en su regazo.

Me aparta el pelo de la cara tras la oreja. Aún ni me he peinado y he dejado lucir mis ondas naturales por haber dormido con el pelo húmedo. Siendo sincera, me hace sentir sexi.

Me agarra con ambas manos por el cuello y me acerca a sus labios, dándome el beso más tierno de buenos días que me han dado en mi vida.

—Eres la mujer más guapa que he visto nunca... y recién levantada más aún —musita contra mis labios.

—No digas tonterías —sus palabras vuelven a hacer que me sonroje.

—Digo lo que siento —afirma muy seguro—. ¿Tienes hambre?

—Muchísima.

—¡Pues a desayunar, *principessa*! Hoy nos espera un largo día.

La mesa está repleta de comida. Todo tiene una pinta increíble. Una cesta de tostadas recién hechas, con botecitos rellenos de mermeladas caseras de varios colores, desprende un aroma increíble, haciéndome dudar por qué sabor decantarme. Una jarra de zumo de naranja recién exprimido y bandejas repletas de uvas, higos y kiwis aportan un estallido de color a la mesa. Pero sin duda, la gran variedad de croissants, napolitanas y dulces típicos de la zona captan toda mi atención.

Me sirve un capuchino, mi favorito. Con tanta espuma que al darle el primer sorbo me dibuja un pequeño bigote blanco.

—Que rico está todo, Alessandro. ¿Lo has preparado tú? —pregunto aún con la boca llena y toda manchada de blanco.

—He tenido algo de ayuda —suelta a carcajada limpia.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te ríes? —extrañada, dibujo una pequeña sonrisa en mi rostro, contagiada por su humor.

—Nada, nada, solo que... te has manchado de espuma— dirige su mano hacia mí y desliza su pulgar por mi labio. En un gesto rápido, pero que yo veo muy a cámara lenta, se lo lleva a su boca.

—Hmmm, así sabe mil veces mejor —su voz burlona y tierna me vuelve loca y mi corazón se agita al escucharlo.

No me da tiempo ni a reaccionar cuando veo que se chupa el dedo con el que acaba de limpiarme. Mi estómago vuelve a retorcerse y una corriente eléctrica sube por mi espalda hasta la nuca, provocándome un escalofrío. Creo que en cualquier momento voy a derretirme por este hombre.

—Venga, anda, tú disfruta del desayuno —suelta cariñoso al ver que me he quedado pasmada—. Después mi hermana y mi madre necesitan tu ayuda y de tu gran experiencia para terminar de decorar todo.

—Oh, claro, claro. Me hace mucha ilusión —como cada vez más rápido para no tener tiempo que perder.

Enciendo el teléfono que, desde que hablé ayer con Rober, lo tenía apagado. Empieza a sonar como loco, notificación tras notificación. Miles de mensajes de Clau, de trabajo, de Giulia y... de Rober.

—Veo que estás muy solicitada. Te dejo unos minutos para que hagas lo que tengas que hacer y después te llevo con ellas —me sostiene por la barbilla y me da un beso suave en los labios

antes de irse a la cocina para recoger todo lo del desayuno.

Leo primero los mensajes de Rober. Todos con una inquietud por saber dónde estoy y en los que me dice que vuelva con él. El último es de esta mañana muy temprano en el que me explica que ha cogido un avión.

Saber eso me turba, aunque realmente no sabe dónde estoy y siento que no podrá hacerme nada. Nunca ha sido capaz de hacer algo así.

Le envío un Whatsapp a Giulia quedando en que la llamaré en cuanto pueda.

Llamo a Claudia viendo la cantidad de mensajes que tengo de ella y así poder explicarle todo.

—¡Ya era hora, Alma! ¿Dónde te metes? —contesta al primer tono y muy preocupada.

—Lo siento, Clau. ¿Me perdonas? —pongo carita de pena aún sabiendo que no puede verme—. ¡Han pasado muchas cosas desde que hablamos!

—Pero, ¿estás bien? Tengo miles de mensajes de Rober preguntándome si sabía dónde estabas.

—Sí, sí, estoy muy bien. Mejor que bien. Nunca me había sentido así, Clau. No te vas a creer todo lo que ha pasado. Y por favor, no le digas nada a Rober —suplico.

—¡No! Tranquila, mi niña. ¿Cómo iba a hacer eso? Soy una tumba. Bueno, ¡ya estás tardando en contarme lo que pasa! —ya está de vuelta mi amiga la curiosa y su risa contagiosa.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Ya sabes que Alessandro me invitó a pasar el fin de semana con él y su familia para celebrar la boda de su hermana. ¡Esto es de cuento, Clau! Si estuvieras aquí te encantaría —suelto con entusiasmo—. Además... no te vas a creer lo que averiguamos ayer en cuanto vi esta preciosa casa...

—¡El qué, el qué? —se emociona conmigo.

—En la puerta de entrada a la finca hay una placa con un nombre en honor a la mujer de la que se enamoró el bisabuelo de Alessandro. ¿Y sabes qué nombre es?

—Ni idea, nena... ¡Pero quieres decírmelo ya! Tú y tú manía de hacerme sufrir cuando me cuentas las cosas...

Me río de su impaciencia.

—En la placa pone Alma. ¡Esa mujer era mi bisabuela! ¿Lo entiendes?

Noto como se queda impactada.

—¿Cómo? ¡Increíble! ¡Te lo dije, Alma! Siento decir siempre esa frasecita, pero es que nunca me haces caso, tía y, y, y... llevaba razón, te dije que ese hombre era para ti y que era el destino. ¿Por qué no me crees cuando te digo las cosas? Creo que me he equivocado de profesión, debería haber sido pitonisa o algo así...

Vuelvo a reírme con sus chifladuras.

—Sí, Clau, tenías razón. Me ha cambiado por completo la vida. Ahora lo veo todo de otro modo y me siento viva y feliz. Aunque... ayer me llamó Rober y tuvo el descaro de hacer como si no hubiera pasado nada. Me dijo que volviera con él, que todo cambiaría y que lo que le dije en la carta era un confusión mía. Que quizás no recuerdo bien lo que sucedió aquella noche ¡Será cabronazo! Encima quiere dejarme de mentirosa, pero ¿qué se cree? Fue duro, pero le dejé claro que no quería estar con él, aunque no se quedó muy convencido y acabo de ver que he recibido un mensaje muy raro en el que me decía que iba a coger un avión a primera hora —lo suelto todo de una vez para que no se ponga nerviosa mi amiga.

—¿Qué me dices? No puede ser ¿No creerás que sea capaz de ir a por ti? —pregunta algo asustada.

—No creo, pero aún así, él se piensa que estoy en Roma. No tiene cómo encontrarme.

—No sé, Alma, me da miedo por ti y conociéndolo, tengo un mal presentimiento —parece

preocupada de verdad.

—Que va, no te preocupes, Clau. Yo estoy tranquila. Por primera vez no siento miedo. Además... —me callo para intrigarla aún más. Sí, reconozco que adoro hacerla sufrir.

—Qué, qué... ¿además, qué? No seas mala, tía —contesta más cotilla aún.

Me da la risa floja.

—Pues que... ayer, Alessandro y yo, pasamos la noche juntos —recuerdo cada momento maravilloso que pasé con a él y suelto un suspiro.

—¡¿Cómo?! —suelta incrédula—. ¿Tú y Alessandro...?

—Sí, Clau, y fue lo más mágico y maravilloso que he sentido nunca. Me he enamorado por completo de este hombre.

De pronto escucho un pequeño ruido tras de mí. Es él, que sin quererlo ha escuchado lo que le cuento a mi amiga. No sé cuánto tiempo ha estado ahí para saber lo que ha oído exactamente, pero su cara me demuestra que lo suficiente.

Mis mejillas se encienden por momentos y me pongo muy nerviosa sin saber dónde meterme, pues no se qué va a pensar de que haya dicho algo así con tan solo conocernos de unas semanas. Noto que está inquieto por lo que acaba de escuchar y moviendo los labios sin emitir sonido me dice que no pretendía molestarme.

Me acuerdo que mi amiga sigue expectante al teléfono.

—Oye, Clau, tengo que dejarte. Te llamo en otro momento... ¿vale? —intento terminar la llamada lo antes posible para poder explicarle lo que he dicho—. En cuanto tenga un ratito te mando fotos de este lugar.

—Oh sí, por favor, mi niña, quiero verlo. Y ya quiero conocer a ese chico que te tiene tan locamente enamorada —expresa ilusionada y feliz por mí.

—Espero que sea pronto. Un beso, Clau.

Cuelgo y me pongo aún más nerviosa.

—Verás, Alessandro... yo... —me doy cuenta de que no sé cómo abordar este tema y me turba lo que pueda pensar de mí. No quiero que piense que soy una loca que se va enamorando de cualquiera—. No sé qué has escuchado exactamente, pero...

Acorta la distancia que nos separa y me interrumpe al instante.

—He escuchado justo lo que tenía que escuchar y déjame decirte que...

Da un paso y se aproxima mucho más a mí. Sus ojos están demasiado cerca de los míos y vuelvo a quedarme embobada con ellos. Mi cuerpo empieza a temblar y siento un pequeño nerviosismo en mi interior por no saber lo que me va a decir.

—Alma, yo también estoy enamorado de ti —enmudezco en el acto, me quedo petrificada y anclada al suelo. Trago saliva para intentar aflojar el nudo que se me había implantado en la garganta y solo puedo mirarle a los ojos. Esos ojos que sabía que algún día no podría dejar de mirarlos. Dejo que continúe porque no me esperaba esa confesión y me he quedado sin habla. Intento asimilar esta situación.

—Quizás pienses que apenas te conozco lo suficiente, pero mi corazón me dice lo contrario. No tengo muy claro si es porque, en el fondo, una parte de mí ya sentía que te conocía por el recuerdo de esa mujer que cautivó a mi bisabuelo y todo lo que me contaba de ella me recuerda a ti o por qué exactamente. Aunque, en realidad, no creo que sea nada de eso. Simplemente, me he enamorado porque eres tú. Déjame decirte que me cautivaste desde el primer día que te vi, con el brillo de tus ojos y esa sonrisa perfecta. Porque... sí, cuando ríes lo haces a carcajadas, cuando amas lo haces locamente, cuando piensas lo haces con el corazón y cuando me besas... eres capaz de hacerme el amor. Cualquiera, en su sano juicio, se habría vuelto loco por ti.

No puedo decir nada, tengo una congoja en el pecho que sé que si empiezo a hablar me pondré a llorar. Las palabras se me agolpan y no sé si podré expresarle lo que siento. Pero necesito decírselo.

—Alessandro... en mis miedos no encontraba la forma perfecta de acercarme a ti sin que mi pasado me afectara. A pesar de que con tu sola presencia has logrado acelerar hasta el último latido de mi corazón. Te has convertido en el eje de mi vida y no puedo remediarlo. Y, eso, en parte, también me hace sentir miedo. Siento algo muy fuerte en mi corazón que jamás había sentido. El modo en el que siento como mis pies dejan de tocar el suelo cuando tus ojos se encuentran con los míos, la descarga eléctrica que recorre mi columna vertebral al apenas rozarte, el sonido de tu voz siempre haciendo eco en mi mente. Todo eso y mucho más ha hecho que me enamore de ti. Y ahora entiendo que siempre has sido tú. Todo por lo que he pasado era necesario para llegar a ti. Y ahora... ahora soy la mujer más feliz del mundo.

Mis ojos están a punto de estallar en lágrimas por la seguridad y la felicidad que siento ahora mismo. Nos miramos intensamente durante unos segundos. Acuna mi rostro con sus manos y me acerca rápidamente a sus labios. Nos fundimos en un beso apasionado, silencioso y con alma.

Sus brazos me rodean como únicamente él sabe hacerlo, haciendo de ellos mi lugar favorito.

—¡Quiero escucharlo otra vez! —susurra en mi oído con una sonrisa que me hace cosquillas.

—Estoy enamorada de ti.

Tras un rato envueltos en nuestros brazos y besándonos como si no hubiera un mañana, regocijándonos en lo que acabamos de confesar, volvemos a la realidad para empezar con todo lo que hay que hacer para el gran día de su hermana.

Francesca y Gabriella reclaman mi atención.

—Ya era hora... ¿Se puede saber dónde os metéis? ¡Aún queda mucho por hacer! —comenta su hermana, intrigada y bastante calmada para todo lo que supone este día—. ¡Compártela un poquito con nosotras, hombre! —le suelta a su hermano con complicidad. Ambos se ríen y a mí se me encienden las mejillas.

—Yo os dejo, chicas. ¡Haced lo que tengáis que hacer! Voy a ayudar a los del catering que ya han llegado y han empezado a descargar todo para el montaje de las mesas.

—Está bien —contestamos todas al unísono.

Se despide de su madre y de su hermana dándoles un beso en la cabeza. Me parece el gesto más bonito, cariñoso y de amor profundo que hay. No puedo evitar sentir un gran anhelo por vivir eso con mi familia, pero me siento feliz de estar aquí y formar parte de esta gran familia tan bonita.

Alessandro me agarra de la cintura, acercándose a él y me susurra al oído:

—Aún no me he ido y ya te echo de menos, *principessa*.

—Y yo a ti —contesto risueña y algo avergonzada por las miradas alegres de su madre y hermana.

Me besa en la frente, para no ser tan descarado y se marcha.

—Bueno, chicas, ¡pongámonos en marcha! —les ordeno con ímpetu y entusiasmo. Ha salido a relucir mi vena diligente y a la que le encanta su trabajo.

El resto de la mañana la pasamos de aquí para allá por toda la finca. Revisando la decoración que se pondrá en las mesas, el jardín, la zona de baile y demás sitios de alrededor.

Aunque lo tenían casi todo bajo control y muy bien organizado, les comento algunas ideas que hablamos ayer Francesca y yo y que creo que les pueden ir genial. Aceptan mis sugerencias y quedan encantadas sabiendo que quedarán fabulosas como último toque.

Las horas pasan muy rápido y casi no da tiempo a hacer nada elaborado para comer. Por lo que picoteamos algo rápido que hemos preparado entre todos en la cocina.

—Alma, estás hecha una auténtica *crack*. Tienes mucho talento y me alegro de que hayas podido venir —expresa Francesca, achuchándome cariñosamente y con verdadera exaltación. La siento como si fuera mi propia hermana. Son una familia tan especial y afectuosa que poder disfrutar este gran día con ellos me hace inmensamente feliz.

—¡Es la mejor! —suelta de golpe Alessandro que está apoyado en la encimera, dedicándome una sonrisa desde el otro lado de la cocina. Le devuelvo la sonrisa y les doy las gracias.

—¡Tengo que contarte algo! —muevo los labios en silencio para que los lea y que aún no se entere nadie.

—¿Ocurre algo malo? —me imita con cara de preocupación.

—No, no. Después te cuento.

Asiente y me lanza un guiño.

Ha llegado el momento tan esperado. Todos se están preparando para la ceremonia. Una vez que termino de colocar todo lo que sugerí a Francesca, subo a la habitación para peinarme y maquillarme. En el pelo opto por un recogido con coleta baja y algunos mechones delanteros sueltos. Realmente no se qué tipo de traje me tiene preparado Alessandro, así que me maquillo lo más natural posible realzando mis ojos.

Reconozco que estoy algo nerviosa, queda poco tiempo y Alessandro aún no se ha dignado a aparecer por aquí. Pienso que quizás no conozca lo suficiente mis gustos como para elegirme vestido. ¿Y si no me gusta? ¿Y si me queda horrible? Madre mía, debí traer en el equipaje una segunda opción, por si acaso. En las bodas que organizo siempre me las apaño para llevar una segunda prenda por si pasara cualquier cosa de última hora. Esta vez me he dejado llevar tanto por este hombro y por la confianza que siento con él, que nubla toda capacidad de pensar por mí misma y me confunde la mente.

Lllaman a la puerta sacándome de mis pensamientos.

—Adelante —respondo a quién sea que esté llamando.

Miro a través del gran espejo de pie, dorado y envejecido, para ver quién es. Me quedo totalmente asombrada. Mi primera reacción es abrir los ojos de par en par observando su imagen. Es él. Está más guapo que de costumbre, aunque creo que eso ya es imposible. Me quedo embobada y sin poder soltar palabra alguna, igual que el día que nos conocimos. Nunca había apreciado así la belleza de un hombre, pero él es bello por fuera y por dentro y creo que eso es lo que hace que evoque en mí todo estos sentimientos que siento cuando estoy junto a él.

Lleva puesto un conjunto de pantalón y chaleco en color claro, camisa blanca y zapatos en color *cognac*. Está más peinado de lo normal, con el pelo hacia atrás y engominado, la barba más perfilada y recortada. Su imagen es la de todo un *gentleman*. Desde los pies a la cabeza.

—Te traigo lo que te prometí —señala su brazo donde lleva la prenda metida en una de esas fundas para guardar los trajes y que no se arruguen. Me había quedado tan atontada mirándolo que por un momento se me había olvidado el traje, la boda y todo lo demás.

Intento volver en sí.

—Claro, pasa, pasa... ya creía que no vendrías y que me dejarías sin vestido.

—Imposible olvidarme de ti —cierra la puerta tras de sí.

—Que guapo estás y que elegante —pongo voz sexi y paseo mi mirada de arriba abajo por todo su cuerpo.

—Y tú estás radiante. Toma, esto es para ti.

—¡Ya era hora! Me daba un poco de miedo dejarte la elección de algo así para este gran día —sonrío burlona.

—Te encantará, ya verás.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo estás tan seguro? A ver... sorpréndeme.

Por un momento se queda pensativo, observa de reojo al techo, me vuelve a mirar y clavando sus ojos en los míos, contesta:

—Pues, porque desde que te conozco no he podido separar la vista de ti y me he fijado muy bien en cómo vistes, los colores que te fascinan y en lo que le sienta tan bien a tu cuerpo —sonríe de esa forma tan pícara que me pone el corazón a mil. Me sorprende lo seguro que está—. Y... porque, simplemente, lo sé. Pero... ¡comprobémoslo! —me acerca el portatrajes, sonriendo.

Deslizo la cremallera de la funda y la emoción se apodera de mí. Nada más verlo me quedo sin palabras.

—¡Alessandro, es precioso! Muchas gracias, en serio.

—Me alegro de que te guste. Perteneció a mi abuela y después a mi madre. Tiene sus años,

pero está intacto y mi hermana lo mandó a arreglar hace un tiempo para modernizarlo un poco por si lo usaba en alguna ocasión. Le he preguntado y le parece bien que lo lleves tú en un día así.

—¡Dios santo, Alessandro! No sé si es buena idea que... ¿Estás seguro?

—¡Tú, pruébatelo! Te quedará perfecto, ya verás. Tengo buen ojo —me guiña sonriendo. No dudo de ello.

Me coloco frente al espejo y me quito la bata de algodón blanca con flores mostazas bordadas que me había prestado Francesca. Mi cuerpo se refleja semidesnudo, excepto por la ropa interior de encaje que he escogido para la ocasión. Los ojos de Alessandro me repasan de arriba abajo y de esa forma tan descarada que tanto me gusta. Se muerde el labio, intentado controlar sus deseos hasta que su mirada conecta con la mía a través del espejo.

—Tendrás que vestirme rápido o no respondo de mis actos— suelta muy pillo, con esa media sonrisa que lo hace tan sensual y que me hace temblar el corazón imaginándome de nuevo sus manos acariciando mi cuerpo. Esas manos que podrían calentar inviernos. Me da la risa y no puedo evitar hacer un pequeño contoneo muy sensual para picarlo y tentarlo aún más.

—*Principessaaaaa...* ¡Quién avisa no es traidor! —vuelve a morderse el labio y su mandíbula se tensa—. Ponte el vestido ahora mismo o llegaremos tarde y seremos el centro de atención antes las miradas cotillas de los invitados.

—Está bien, está bien —me río como una quinceañera al imaginarme tal situación. Obedezco a su orden para no hacérselo pasar mal y frenar cualquier deseo que podamos tener en este momento.

El vestido me queda perfecto, como si lo hubieran hecho a mi medida. La tela cae hasta rozar el suelo y con una abertura lateral. El color azul índigo hace que resalten mis ojos. Las hombreras marcan mucho más la figura de mis hombros y el escote pronunciando en la espalda deja al descubierto mi piel bronceada.

—Me encanta, Alessandro —me quedo maravillada mientras acaricio el tacto de la seda por mis muslos.

—Sabía que te gustaría. Estás preciosa te pongas lo que te pongas. Aunque, no sé si es buena idea que vayas con este escote tan pronunciado... Estás muy sensual y me va a costar horrores no cogerte ahora mismo y demostrarte lo que provocas en mí —se acerca por detrás y desliza sus dedos por mi espalda. De nuevo, me hace temblar—. Quizás sea buena idea hacer esperar a la gente un poco más.

Me giro y le planto un beso en esa sonrisa de medio lado que turba todo mi ser. Todavía no me creo lo que siento por él y concibo esto como si fuera un sueño del que despertaré tarde o temprano.

—Después de la boda seré toda tuya. Te lo prometo. Ahora tengo algo que contarte —susurro en sus labios.

—Cierto. Me has dejado muy intrigado en la cocina. ¿Qué ha pasado?

—El día que te conocí recibí una carta importante, aunque no la abrí hasta días más tarde. Cuando vine a Italia me atreví a solicitar el cambio de residencia y comenzar con el papeleo para seguir con mi profesión aquí. Nunca pensé que me lo fueran a conceder, pero lo han hecho. Parece que todo cambió el día que te cruzaste en mi camino.

—¡Que alegría, Alma! No tienes que darme las gracias por nada. Todo eso lo has conseguido tú solita. Yo no he tenido nada que ver. Además, fuiste tú la que cambiaste mi mundo al completo, haciéndome sentir cosas que no había sentido con ninguna otra mujer. Eres especial y te mereces todo lo bueno que te pase —desliza su mano por detrás de mi cuello y me acerca más

a él—. Sabes que puedes contar conmigo siempre que lo necesites, en este nuevo comienzo y en los que vengan. Te lo mereces todo.

—Gracias, Alessandro, significa mucho para mí oírte decir eso —me da un suave beso en los labios que me hace estremecer—. En mi anterior vida, por así decirlo, no me sentía nunca comprendida ni apoyada en este tipo de decisiones y que me digas esto me hace muy feliz.

—No entiendo cómo has podido aguantar tantos años a esa gente insufrible. ¡Suerte que aparecí y te salve! —se hace al gracioso animándome y haciendo que las risas vengan a mí de nuevo. Me conoce tan bien en tan poco tiempo que alucino. Me sostiene de la barbilla para que lo mire directo a los ojos—. Nada de ponerse triste. Quiero ver esa magia, ese brillo en tus ojos y esa hermosa sonrisa.

Me abraza contra su pecho, cálido y firme. Un abrazo que ojalá durara para siempre.

—Venga, es la hora. No quiero que lleguemos tarde.

—Ya voy. Termino enseguida. Dame un par de minutos

—Te espero en el coche.

Aprovecho que se ha marchado, me calzo los tacones, saco el móvil del pequeño bolso y me hago una foto en el espejo con este vestido tan espectacular. Se la mando a Clau y aprovecho para actualizar mi perfil de Instagram que he tenido tan abandonado estos últimos meses. Me parece la ocasión perfecta para volver con mi cuenta.

Foto subida: “Wedding day en Montepulciano... #hevuelto #tuscany #wedding #happygirl”

Le queda tan bien ese coche. Tiene sus años, pero sin duda está muy bien cuidado y me parece un gesto muy bonito que quiera seguir la tradición y que pase de generación en generación.

Cuando vivía con Rober, siempre que salíamos en coche, cogíamos el suyo, un *Aston Martin Rapide* en color negro. Reconozco que era una pasada, aunque para nada de mi estilo. Quizás no es que no me gustara, sino que odiaba que siempre estuviera alardeando de todas sus posesiones. Cuando no era el coche, era el ático. La mayoría de veces sobre negocios en los que se metía y, en numerosas ocasiones, incluso de mí. Quería lucirme como un trofeo que se merecía. Siempre queriendo pavonearse de lo bien que le iba todo y llamar la atención de la gente con la que se codeaba. Tal y como le habían enseñado sus padres.

Cabeceo varias veces para borrarlo de mi mente, pues esa vida ya no me interesa, y me centro en el hombre que hace temblar mi mundo.

Me encanta observarlo cuando no sabe que lo hago. ¿Cómo puede transmitir tanta paz y serenidad una persona? Cuando me choqué con él aquel día supe que era distinto y algo en mí que no quise ver me decía que había llegado para salvarme. Nunca me hubiera imaginado sentir todo lo que estoy sintiendo por alguien que lleva en mi vida tan sólo unas semanas. Me ha hecho sentir mucho más en estos días que nadie en toda mi vida. Ahora entiendo el por qué y qué era aquello que no me dejaba avanzar años atrás. He estado engañada siempre, pero gracias a lo que mi corazón empezó a sentir en ese instante pude abrir los ojos.

Decido montarme en el coche y no demorarme más. El lugar donde se hará la ceremonia no está lejos, apenas son unos cinco minutos en coche, pero ya lo he hecho esperar bastante.

—¿Lista? —vuelve a mirarme impresionado.

—Contigo, siempre —y yo lo miro aún más enamorada que unos minutos antes.

La ceremonia se celebra en una abadía con una mística construcción gótica. Algo aislada del pueblo en lo alto de una colina y que perdió parte de su tejado hace siglos. Una auténtica maravilla que hace que te teletransportes a otra época con su mera presencia.

Nos sentamos en los bancos delanteros y observo con gran admiración al novio, de pie junto al altar. Aún no conocía a Lorenzo, pero a priori se nota que es un hombre con mucha clase y estilo, con pelo oscuro y ojos marrones. Se le nota algo nervioso por la llegada de Francesca y muy emocionado. El caso es que me resulta familiar.

Empieza a sonar la música de entrada con la increíble voz de una soprano interpretando *Domine Deus*, de Vivaldi.

Aparece Francesca por el gran portón de madera que da paso a la abadía y recorre con seguridad la alfombra roja que llega hasta el altar. Va agarrada del brazo de su padre, que también se emociona una vez que llegan hasta el novio. Es de las novias más guapas y espectaculares que he visto en toda mi vida, y eso que llevo muchos años trabajando en este tipo de eventos. Sin duda la magia del lugar, la música, esta increíble familia y tener a mi lado a Alessandro hace que lo vea todo de un modo más pasional y saboreando todo esto como si me adentrara en una novela romántica.

La ceremonia ha sido hermosa, como sacada de una película.

Una vez dado el “sí quiero”, volvemos a la finca para celebrarlo por todo lo alto. No hay muchos invitados, solo parientes y los amigos más cercanos. Eso hace que sea una boda más entrañable e íntima. Perfecta para poder dedicarle más tiempo a cada uno de los presentes.

El exterior de la casa ha quedado increíblemente espectacular. A cada paso que das la decoración te sorprende por completo. En el gran jardín con vistas a los viñedos hay una gran mesa alargada y en forma de U, repleta de candelabros dorados con velas alargadas y centros de mesa con flores en colores borgoñas, melocotón y rosa pastel. Miles de farolillos y bombillas colgantes adornan cada pared y rincón de la finca, lo que creará un ambiente mágico en cuanto anochezca. Una barra libre de bebidas refrescantes, como limonada y cocteles sin alcohol, llama la atención de los invitados al llegar. La comida tiene una pinta exquisita y los invitados se están divirtiendo como nunca.

Tras cortar la tarta, que tengo que decir que estaba riquísima, los novios se dirigen al centro de la pista para su gran baile. No puedo dejar de observarlos con cariño. Por un momento mis ojos se quedan mirando a la nada, totalmente ensimismada y pensando en lo distinto que hubiera sido todo si no hubiese venido a Italia. Me alegro de haber cancelado mi boda, una boda con un hombre que no era para mí. Alessandro tira levemente de mí para acercarme a él y me pregunta al oído si me encuentro bien. Intento volver al baile y seguir disfrutando del convite.

Francesca está resplandeciente, parece una novia sacada de cuento y el vestido le favorece muchísimo. Muy ligero y romántico, con un corte en A y un estilo sencillo. Las vaporosas mangas francesas ondulan en que cada movimiento que hace al bailar. La espalda del vestido es al descubierto, unida por un fino y suave lazo en la parte superior. La falda es muy ligera y fluye con una cintura ajustada que cae elegantemente en las caderas, rozando el suelo con la exquisita cola. Ese vestido estaba hecho para ella. No obstante, el accesorio que mejor acompaña a ese vestido, y a todo lo demás, es esa sonrisa tan jovial que ocupa todo su rostro y que no puedo dejar de admirar.

La música cambia por completo para que el resto de invitados se animen a bailar con ellos en la pista.

—¿Me concede este baile, *signorina*? —Alessandro tiende su mano para invitarme al centro de la pista.

—Por supuesto —no lo dudo ni un segundo.

Me agarra por la cintura con aplomo para pegarme a su cuerpo, notando sus cálidos dedos rozando cada parte de mi columna. Nos movemos al compás de la música como si fuéramos unos auténticos profesionales y hubiéramos nacido para ello. No imaginaba que bailara tan bien. Creo que me voy a dar por vencida en encontrar algo que este hombre no sepa hacer.

El ritmo de la música vuelve a cambiar, siendo esta vez más marchosa. Nos separamos y empezamos a darlo todo, volviéndonos locos, saltando, cantando y desprendiendo todas las endorfinas que hacen que rebose de felicidad.

Nos intercambiamos de pareja, bailando unos con otros. Bailo con gente que no conozco de nada, pero me da igual, no me da vergüenza y me siento como nunca. Emocionada, feliz y liberada. Sintiendo que mi mundo ha cambiado por completo.

Los novios se acercan a mí y, por fin, Francesca puede presentarme como es debido a Lorenzo. Ahora que me fijo bien, recuerdo que era el hombre con el que estaba sentado Alessandro la noche que cenamos juntos en Roma.

—Encantado. ¿Así que tú eres la famosa Alma? —se acerca para darme dos besos.

—Alma, sí. Famosa, no tanto.

—No es lo que parece si nos dejamos guiar por lo que cuenta aquí mi amigo —sonríe dándole

un golpe en la espalda. Yo sonrío ruborizada y miro a Alessandro con cara de querer matarlo.

—Alma, gracias por todo. Ha quedado todo perfecto, tu apoyo y últimos detalles nos han sido de gran ayuda y la gente está encantada.

—No ha sido nada, Francesca. Lo he hecho con todo el amor del mundo. Me alegro de que os haya gustado y que estéis disfrutando de vuestro gran día.

—Tienes un gran corazón, Alma —me abraza con un cariño desmesurado y reparo en que no sólo estoy enamorada de su hermano, sino también de ella y de toda su familia. De algún modo extraño y que sigo sin comprender, los quiero y creo que ya no podría seguir mi vida sin ellos.

Llevamos horas bebiendo, bailando y disfrutando como si fuéramos unos críos. Aprovecho un momento, en el que Alessandro se ha perdido con sus padres para seguir saludando y hablando con los invitados, y así pasear alrededor de la casa.

Me dejo llevar hasta la cuadra donde está *Speranza*, la yegua blanca de Alessandro. La observo con admiración. Siempre me han fascinado los caballos, hacen referencia al amor y a la estabilidad, dos cosas que no he tenido la suerte de contar hasta ahora. La analizo al detalle, viéndola trotar en el recinto y después de lo que me contó Alessandro de ella la veo feliz. Estaba rota como yo y el amor de ese hombre la curó.

Unos pasos silenciosos me sacan de mis pensamientos y noto como unas manos me hacen dar un respingo del susto.

—Tonto, me has asustado —le doy un leve puñetazo en el pecho.

—No era mi intención, *principessa*. No soportaba más estar sin tu presencia, necesito un poquito de tu elixir para continuar con la velada —afirma gracioso, mordiendo el labio. Acerca su nariz a mi cuello e inhala profundamente para oler mi perfume como si fuese su último aliento.

—Hmmm... el mejor olor del mundo.

—¡Cállate, anda! Que tonterías dices...

Y a modo de excusa para que no siga diciéndome esas tonterías que hacen que me vuelva aún más loca por él, cambio de tema.

—Mira, se está poniendo el sol —se coloca tras de mí rodeándome la cintura con sus brazos. Me apoyo en su pecho—. Soy fan de los atardeceres ¿sabes? De sus luces, sus naranjas... dejando paso a unos tonos más azules y rosados para la llegada de la noche, de su forma de enamorar, de hacernos ver lo hermoso de la vida... He visto atardeceres en lugares paradisíacos y puedo decir que nunca imaginé que pudiera contemplarlo desde un lugar como este.

—*Opacarofilia*.

—¿Cómo? —intento comprender lo que ha dicho.

—*Opacarofilia* —repite—. Es el amor o pasión por los atardeceres.

—No tenía ni idea. Sin duda, los atardeceres son la prueba de que los finales también pueden ser hermosos.

—Esto no es el final, Alma, es sólo el principio.

Me doy la vuelta y lo miro con admiración.

—Creo que he encontrado a alguien que me apasiona más que un atardecer —sonrío cariñosa, rodeando su cuello con mis brazos.

—Yo también —me besa dulcemente. Cuando hace eso siento que floto. Me complementa y me hace sentir plena, feliz.

Llevo mis brazos por debajo de los suyos y acerco mi cabeza a su pecho. Cierro los ojos por un instante y casi sin quererlo nos dejamos llevar por la música que suena de fondo junto a las

risas y voces de la gente.

—Es la segunda vez que bailamos así ¿recuerdas?

—Nunca podré olvidarlo, Alma. Esa noche comprendí que era tarde para no enamorarme de ti.

Siento como su corazón late a toda velocidad y ahora entiendo porqué el día que lo conocí y miré por primera vez a esos ojos que me hechizaron pude leer la palabra hogar. Él es donde quiero estar. Aquí me siento en casa. Él es mi hogar.

Ojalá mis padres estuvieran aquí, conmigo, para ver que por fin soy feliz.

Un ruido extraño nos hace regresar de nuestra burbuja en la que solo existimos él y yo, y una voz familiar y fuerte grita:

—¡Alma!

—¡Rober! Pero... ¿qué haces aquí? —abro los ojos de par en par sin entender nada.

—¿Se puede saber que haces con este tío? —pregunta enfadado. Nunca lo había visto de este modo. Tiene una pinta horrible. Su aspecto es desaliñado, con la camisa medio abotonada y una parte de ella fuera del pantalón del traje. Está completamente despeinado, el rostro pálido y unas ojeras que muestran que no ha de debido pegar ojo en horas.

—Rober, ¿cómo has dado conmigo? —insisto en averiguar.

—Te llamé esta mañana, varias veces por cierto, para decirte que estaba en tu piso, pero... claro, no estabas. He hecho de todo para encontrarte. Hasta que... te dio por publicar una foto... y aquí estoy. ¡Te creía más lista, Alma! Solo he tenido que llegar hasta aquí e indagar un poco por el pueblo —responde con desdén aún con los ojos clavados en Alessandro y con mirada desafiante.

—Estás loco, Rober —suelto casi en un susurro—. Te dije por teléfono que no iba a volver. ¡Te lo dije! No entiendo que haces aquí. Vete por favor, no lo hagas más difícil.

—Alma... peque, ¿vas a tirar toda nuestra vida a la basura por esto? ¿Por éste?

—¡Que no me llames más peque! —grito yo ahora más enfadada que nunca—. Estoy harta, Rober, harta de que me mangonees como se te antoja, de que planees cada instante de mi vida, de que me asfixies y no pueda coger ni una simple bocanada de aire sin tener tu aprobación y, además... —me callo por no chillar a los cuatro vientos lo que le quiero decir de verdad.

Alessandro aún me tiene sujeta porque sabe que estoy alterada y puedo hacer algo de lo que me arrepentiré después.

—Alma, tranquilízate, no merece la pena. Llamemos a la policía, ellos se encargarán —me calma para que esta situación no se vuelva más complicada.

Intento mantenerme entera y fría, pero me cuesta la misma vida.

—¡Quítale las manos de encima a mi prometida, imbécil! —da un paso al frente, señalándome con el dedo.

—Que ya no soy tu prometida, ni tu novia, ni nada, Rober, joder. ¿Es que no lo ves? Lo nuestro terminó hace mucho. Si es que llegó a empezar alguna vez... Tuviste que haberme contando toda la verdad desde un principio. Quisiste ir de héroe, pero te salió mal la jugada —le reprocho—. ¡Estás enfermo! ¡Y tu madre también por haberte metido esa idea en tu cabeza aquella noche y permitirlo!

Comienza a dar pasos lentos y con una gran descoordinación, prácticamente arrastrando los pies. Se nota que ha bebido de más y tan siquiera sé cómo ha podido llegar hasta aquí en coche sin haber provocado un accidente.

—Alma, por favor, no digas esas cosas. Estás confundida, vuelve a casa conmigo. Mi vida sin ti no tiene sentido.

—No, Rober, ¡se acabó! ¡Lo veo muy claro, más que nunca y ahora que lo sé todo no voy a hacer como si nada! ¡Ahora, sí soy feliz! —le grito con la mayor certeza que he tenido nunca sobre lo que siento.

—¿Feliz? —levanta las cejas sorprendido—. Peque, si yo no hubiera aparecido aquella noche... quién... quién sabe lo que te podía haber pasado. Yo te salvé, Alma —su forma de decirlo suena más para convencerse a sí mismo que para hacerme entender a mí.

Ahora lo tengo más cerca, frente a frente, y puedo ver la rabia contenida en sus ojos, el olor que desprende a alcohol y que te echa para atrás. Sus pupilas están muy dilatadas, tiene los puños totalmente cerrados, intentando aguantar toda la furia de su interior. Controlándose de tal forma para no sacar a relucir su cara más oculta y violenta. Sin embargo, ya no le tengo miedo. No pienso callarme más.

—Tú me condenaste, Rober. Si no hubiera sido por ti, no me hubiera pasado lo que pasó. ¡Fue por tu culpa! —le recrimino gritando.

—¡Te vienes conmigo, Alma! No digas más estupideces—. Me agarra del brazo para tirar de mí. Siento sus dedos apretados contra mi piel, haciéndome daño. Intento soltarme a la primera, pero no lo consigo.

—¡Déjala en paz! —se adelanta Alessandro, que hasta ahora había permanecido algo apartado para dejarme a mí la situación, pero atento por si tenía que intervenir.

El puñetazo que le da a Rober le hace retroceder unos pasos. No obstante, este reacciona rápido, cosa que me sorprende en su estado, y le responde el golpe, a pesar de que tiene que luchar contra él mismo para mantenerse en pie. Empiezan a pelearse y propinarse empujones cada vez más fuertes. Yo empiezo a gritar para ver si nos oye alguien y pueda venir a separarlos. Lloro de rabia, de impotencia, no me gusta nada esta situación. Todo va muy deprisa, no me da tiempo a hacer nada. Intento apartar a Rober de Alessandro, pero cada vez que me acerco me empuja para que no lo haga. No sé qué hacer. ¡Dios mío! Empiezan a sangrar cada vez más. Rober está desatado y con un mal golpe consigue tirar a Alessandro al suelo y se coloca encima de él, propinándole puñetazos cada vez con más ira. Más rabia. Sin descanso. Me abalanzo sobre él para separarlo de Alessandro. Temo por su vida. Si le sigue golpeando de esa forma lo matará. Lo empujo con todas mis fuerzas y consigo apartarlo.

—¡Para ya, por favor, lo vas a matar! ¡Santo cielo! ¿Pero qué has hecho, Rober? ¡Te odio! Alessandro, cariño, ¿estás bien? ¿Me oyes? Por favor, contéstame. ¡Cielo santo! Reacciona, Alessandro, por favor... —estoy agachada junto a él, llorando, sosteniéndole la cabeza e intentado que vuelva en sí.

Tras varios segundos, por fin abre los ojos y empieza a toser, llevándose una mano al pecho. Varios de los golpes le han dejado sin respiración, la cara destrozada y alguna costilla fracturada.

—Estoy bien, estoy bien. Tranquila —alcanza a decirme casi sin voz y tosiendo—. ¡Lo que tengo que hacer para que me cuides y me prestes atención! —acerco mi frente a su cabeza. Hasta en esta situación sigue intentado hacerse el gracioso y dibujarme una pequeña sonrisa.

—Madre mía, menos mal —se escapa un susurro de mis labios que ahora están pegados a su piel.

Levanto la mirada hacia Rober, consigo ponerme de pie y me acerco a toda prisa hasta él con toda la rabia ardiendo por mis venas.

—Idiota ¡casi lo matas! ¿Cómo he podido estar tan ciega contigo? —grito mientras le doy empujones en el pecho cada vez con más fuerza.

—Te vienes conmigo. ¡Ya! —vuelve a agarrarme por las muñecas con fuerza y tira de mí con brusquedad.

—No, Rober, por favor, ¡para! —le suplico gritando.

Alessandro consigue levantarse e intenta soltarme de él.

—Te he dicho que la dejes en paz —esta vez se pone delante de mí para intentar protegerme. Está repleto de sangre y algo encorvado por el dolor que debe sentir en las costillas. Aún así, me coloca tras él y no se separa ni un milímetro de mí.

La gente empieza a acercarse ante el escándalo. Los padres de Alessandro y su hermana cada

vez están más cerca. Su madre se lleva las manos a la boca y puedo ver que como se le derraman las lágrimas por ver así a su hijo. Cubierto de sangre, con heridas en la cara y dolorido.

—Bueno, ¡ya está bien! —impone Rober cabreado. Me tenéis hartos. ¡Que no se acerque nadie! —se lleva la mano a la parte trasera del pantalón. Sin esperarlo, y sin tiempo para reaccionar, saca un revólver Smith, calibre 38. Reconozco al instante el arma. Me la mostró una noche cuando llegó a casa después de haber tenido una mala experiencia con un cliente al que no le consiguió el resultado que le prometió en el juicio. Recuerdo sus palabras exactas mientras cenábamos: **“El próximo que se acerque a nosotros para hacernos daño tendrá mucho más que perder”**. Nunca estuve de acuerdo con aquello, pero a esas alturas ya sabía que llevarle la contraria a Rober era mucho peor.

Nos apunta a ambos. Nunca llegué a imaginar que sería capaz de usarla contra mí.

Nadie sabe cómo reaccionar ante esta situación. Me percato de que algunos invitados llaman por teléfono para dar aviso a las autoridades. Reacciono enseguida.

—Mantén la calma, Rober, por favor—. Digo intentando mantener contacto visual con él. Bordo a Alessandro que sigue inmóvil delante de mí y me voy acercando lentamente. Necesito calmarlo y que solo me escuche a mí. Está claro que todo su afán es que me vaya con él y deje este lugar. Ahora soy consciente de su obsesión. Siempre ha sido un hombre celoso, pero ahora sus celos han ido mucho más allá, volviéndose enfermizos.

No quiero que salga nadie herido y mucho menos el amor de mi vida ahora que lo he encontrado.

—Yo no quería llegar a esto... —intenta justificarse con lágrimas en los ojos, repleto de sangre y temblándole el pulso.

—Está bien. Lo sé. ¡Mírame a mí, Rober! —capto su atención con voz temblorosa ahora que apunta a Alessandro—. Vamos a hacer una cosa, me voy a ir contigo. ¿Vale? Pero, suelta el arma, por favor. No queremos que nadie salga herido ¿verdad? Tú no eres ningún asesino.

—Alma, por favor, ¡no lo hagas! Apártate de él —implora Alessandro.

—¡Que te calles la boca, imbécil! —suelta intransigente.

—Rober, mírame. Me voy contigo ¿vale? Ya está, guarda eso.

—Yo te quiero, peque, lo sabes ¿verdad? Dime que sabes cuánto te quiero... —clava su mirada en la mía, con los ojos enrojecidos y repletos de lágrimas—. Solo quiero tenerte a mi lado. Puedo hacerte feliz. Sé que puedo. Hemos pasado muchos años juntos... Tienes que sentir algo por mí ¿no?

—No hagas esto, por favor —le suplico—. Tienes una dependencia emocional muy fuerte, Rober. ¡Eso es lo peor! No nos merecemos esto. Estás demasiado “encariñado” conmigo, tanto que no sabes cómo alejarte o más bien, no quieres. Te conformas con un amor mediocre. Entiende que yo ya te perdoné. De verdad, créeme, te he perdonado. He avanzado y todo aquello lo he dejado atrás. Puedes empezar tu vida de nuevo, con alguien que sienta lo mismo por ti. Ambos no lo merecemos... —sé que no voy a convencerlo, así que le digo lo único que quiere escuchar—. Aún así, estoy dispuesta a irme contigo, pero si bajas el arma, por favor.

Hace un gesto para dejar caer el brazo y guardar el revólver. Sin embargo, cuando repara en que solo le he dicho lo que quiere escuchar, aprieta la mandíbula uniendo fuertemente sus labios, cierra los ojos a la vez que mueve la cabeza de un lado a otro frunciendo el ceño y los vuelve a abrir para decirme:

—Mientes, peque, ¡me has mentido! Lo siento, pero si no estás conmigo, tampoco estás con él.

El siguiente movimiento es muy rápido, apunta a Alessandro, me falta el aire y todo me da vueltas. Intento decirle que no lo haga, pero no me sale la voz, se me atasca en la garganta y el

nudo que siento en la boca del estómago no me deja respirar. Lo único que soy capaz de hacer es colocarme frente a él para que no dispare, pero es tarde. Aprieta el gatillo y un ruido ensordecedor cubre toda la finca.

—¡Alma, noooo! —escucho gritar a Alessandro.

Siento un impacto duro, fuerte y firme. Caigo al suelo golpeándome la cabeza. Un temblor interno golpea mi cuerpo y quedo a la espera de que el destino lance los dados. Empieza a faltarme el aire y estoy demasiado mareada. Oigo las voces de la gente gritando algo a mí alrededor, sin ser capaz de entender lo que están diciendo. Tan solo escucho demasiado barullo de fondo. La presencia de alguien cogiéndome la mano y acariciándome el pelo me hace entreabrir los ojos. Todo lo veo borroso, sin embargo puedo diferenciar la silueta de Alessandro junto a mí. Me susurra palabras al oído que no consigo descifrar. En cada parpadeo puedo apreciar sus manos repletas de sangre.

Noto mi abdomen apretado. Cada segundo que pasa me cuesta más coger aire y algún que otro pitido inunda mis oídos, provocándome una ligera sordera, como cuando estás bajo el agua en la más absoluta profundidad y todo el ruido externo pasa a un segundo plano. El silencio se apodera de todo tu ser, tanto que es aterrador.

Los párpados me pesan y cierro los ojos. La oscuridad se cierne sobre mí por un instante. Todo mi cuerpo tiene esa sensación de pesadez. Estoy muy cansada, con necesidad de dormir, de descansar.

Un dolor punzante en el costado hace que vuelva a abrir los ojos en el acto. Percibo una presión fuerte en esa zona y lo distingo a él. Sus manos cubiertas con mi sangre taponan la herida para que no me desangre. Duele. Mucho. Y el dolor que se instala en mi cabeza también, tanto que hace que me queje. En un parpadeo, una lágrima se escapa deslizándose por mi piel. Parece mi final y no quiero morir. Ahora no.

Vuelvo a cerrar los ojos, uniendo mis pestañas empapadas por las lágrimas, y todo se torna oscuro de nuevo.

—¡Alma, quédate conmigo, por favor, no te duermas! —intento reaccionar a la voz de Alessandro.

Estoy poniendo todo de mí para mantenerme despierta, pero el cansancio que siento es mucho mayor y me cuesta mantener los ojos abiertos ante la pesadez de mis párpados.

—¡Alma... *principessa*, por favor, no te vayas! —me suplica para que no lo deje.

Fuerzo a mover los labios y poder decirle que lo estoy intentando con todas mi fuerzas, pero que no lo consigo. Sin embargo, la voz se queda atascada en algún rincón y no puedo decirle todo lo que siento.

Vuelvo a cerrar los ojos. Oigo el sonido de varias sirenas a lo lejos que, poco a poco, se van acercando y el alboroto de la gente a mi alrededor.

Cada vez tengo más sueño. De una forma excesiva e incontrolable.

De repente, percibo algo muy extraño en mí, como si poco a poco pudiera verme desde fuera. Ya no siento ningún tipo de dolor ni el miedo que sentía antes de cerrar los ojos. Dos sanitarios hacen todo lo posible por que vuelva. El conductor de la ambulancia va muy rápido. Demasiado. Escucho un pitido procedente de una maquina. La saturación de oxígeno cada vez es más baja y la frecuencia cardíaca desciende muy rápido.

Los sanitarios hablan entre sí. Algo sobre el ritmo cardíaco que no entiendo muy bien. Justo en ese momento veo como alguien atrapa una de mis manos. Alessandro está aquí, conmigo. Es extraño. No siento cómo me sujeta, su forma de entrelazar sus dedos con los míos, el tacto de su piel caliente... Nada, no siento nada y, sin embargo, puedo ver perfectamente cómo sostiene mi mano llevándosela a sus labios para besármela a la vez que dice que no le abandone, que voy a salir de esta y que me pondré bien. No siento mi propio dolor ni nada de lo que él hace conmigo, pero sí puedo experimentar el sufrimiento que está sintiendo ahora mismo y, eso... eso sí me duele. Está muy preocupado, angustiado, con el rostro bañado por lágrimas y sangre, mucha sangre. Llegados a este punto ya no sé discernir entre la suya y la mía.

Me gustaría decirle que no pasa nada. Que me encuentre bien y que no me duele nada. No como antes.

Estoy confundida y trastornada por el espacio-tiempo. Nada tiene sentido. Hemos llegado al hospital. Estoy estirada en una camilla, mechones de mi cabello caen despeinados a ambos lados de mi cara, con los ojos cerrados, vestida aún con ese vestido que horas antes era el centro de atención de muchas miradas, pero que ahora la sangre lo ha ensombrecido. Los médicos corren de un lado para otro, girando por diferentes pasillos para llegar a su destino.

Desde aquí se ve todo tan distinto. Es difícil explicar esta sensación. La de verme a mí misma, ver a los demás y, aún así, no sentir nada de lo que ocurre ahí.

—Alma Moreno. Mujer. Veintinueve años. No ha sufrido ninguna enfermedad anteriormente. No es alérgica a ningún medicamento. Ha recibido un disparo de revólver, sufre un traumatismo por un golpe en la cabeza... —informa uno de los sanitarios que viajaba con nosotros en la ambulancia a su superior.

Ahora sí, obligan a Alessandro a soltarme. No lo dejan venir conmigo. Se cabrea con los médicos por no poder acompañarme y uno de ellos lo detiene poniéndole las manos en el pecho para que se calme. Tras unos segundos y con la mayor rapidez, pues el tiempo apremia, le explica lo que sucederá y consigue tranquilizarlo. No le queda más remedio que esperar al otro lado de las puertas.

Acto seguido entramos en una habitación muy fría con focos desprendiendo luces cegadoras. Monitores y demás máquinas que ni conozco ocupan gran parte de la sala.

—La bala está encapsulada. ¡Hay que sacarla ya! —oigo decir a uno de los médicos—. ¡Ha perdido mucha sangre! Hay que hacerle una transfusión ¡Yaaaa!

Todos van vestidos con batas azules, gorros y guantes. Hacen su labor a gran velocidad.

—¡Se nos va, se nos va! —grita otro de los médicos—. ¡Entra en parada cardiorespiratoria!

Un pitido incesante suena en otra de las máquinas y puedo ver en el monitor una línea verde recta.

Todo se vuelve caótico.

Le alcanzan al médico, que tengo prácticamente sobre mí, el desfibrilador. Las descargas eléctricas mueven todo mi cuerpo por los altos voltajes. Una detrás de otra, sin cesar... intentando restablecer mi ritmo cardíaco.

El médico que está haciendo todo lo posible por que vuelva a la vida es bastante joven, pero se le ve muy capaz y seguro de sí mismo, creyendo que lo conseguirá. No tengo ninguna duda de que es un buen profesional. Pese a ello, siento la necesidad de marcharme. No puedo dejarle ganar. Hay algo que me lo impide.

Una luz muy distinta a la de los quirófanos me invita a viajar. Haciéndome ver que mi propio paraíso me espera. Mi alma se expande y puedo llegar mucho más allá, suspendida en el aire.

Antes podía notar lo que sentían los demás. Ahora, experimento esa sensación con mucha

más fuerza. El dolor, la rabia, el enfado, la ira, el amor...

Experimento una gran paz, tan infinita, que no quiero que desaparezca. Sin embargo, a la vez, un sentimiento de melancolía se apodera de mí por dejar mi vida aquí. Ahora que lo había conocido a él. Ahora que parecía que todo iba a salir bien. Ahora que parecía que empezaba mi vida. Una que yo había elegido.

Logro diferenciar dos sombras en esa preciosa luz, al final de toda esta oscuridad. No consigo verlos bien. No obstante, sé perfectamente quiénes son. Y por lo que parece me estaban esperando.

¡Oh, Dios mío, es mi madre! ¡Son mis padres! Sin ser muy consciente cómo he llegado hasta ellos. Me abrazan tan fuerte que no quiero separarme nunca más. Mi madre está guapísima. Igual que como la recordaba antes de que cayera enferma. Sus ojos azules; herencia de todas las mujeres de la familia, brillan con intensidad, las arruguitas que se le forman en torno a ojos al sonreír, su larga melena luce perfecta; tal y como la tenía antes de empezar con los tratamientos, sus manos cálidas acarician mi rostro y experimento una felicidad inimaginable.

—Mamá, papá, ¡os he echado mucho de menos!

Ellos no me hablan directamente, pero los entiendo a la perfección. Soy capaz de leer sus mentes.

También me echaban de menos. Están orgullosos de mí y en la mujer que me he convertido.

—Mamá, lo siento, lo siento muchísimo. Me he sentido tan sola durante tanto tiempo. Lo que me pasó cuando era una cría... ¡Tenía que habértelo contado! Perdóname, por favor. Las dos nos necesitábamos y decidí afrontarlo sola. Me equivoqué.

Su cariño y su amor por mí es tan grande que no tiene nada que perdonarme. Sabía a la perfección que algo me ocurría y ella tampoco se perdona que no hubiese sido capaz de averiguar qué fue lo que me rompió en mil pedazos. Ahora, eso forma parte del pasado y el acto de perdón que hice me salvó. Sabe que mi vida ha dado un giro inesperado y que he encontrado a esa persona especial. Esa por la que luchar cada día. Un amor tan puro y especial que es imposible que este sea su final.

Aunque... esta felicidad y paz que siento aquí con ellos me hace dudar de si volver o no.

Me obligan a que lo haga. Dicen que tengo que regresar. Que las injusticias se pagan, el dolor se supera, la verdad existe, el coraje te levanta, el miedo te fortalece, los errores te enseñan y el verdadero amor llega. Tengo que ser feliz. Tengo la obligación de vivir.

Suena a despedida. Una muy distinta a las que tuve cuando se fueron por primera vez. Al menos, esta vez, he podido ser sincera con mis sentimientos y albergo una paz que anhelaba hace años.

Nuestras manos se sueltan, sintiéndolos así cada vez más lejos. Logro entender, desde la distancia, que siempre estarán conmigo, que sea valiente y luche por vivir. Me merezco ser feliz.

Sin esperararlo, la inmensa oscuridad se cierne de nuevo y se apodera por completo de mí.

¡No, no, no! Me niego a perderla ahora. Joder, ¿por qué pasan tan lentas las horas? Nadie me informa de nada. ¿Qué estará pasando ahí dentro? Me voy a volver loco. Echo mi pelo para atrás con desesperación. Cubro mi rostro con mis manos intentando pensar, como si así pudiera arrastrar todo el pesar e incertidumbre.

Ese cabronazo... ¡quiero matarlo! Sí, ahora mismo no puedo ocultar lo que siento. Joder. ¡Quiero hacerlo! ¡Quiero hacerlo por lo que le hizo aquella maldita noche! ¡Quiero hacerlo por haber destrozado su vida y quiero hacerlo por querer arrebatármela de este modo!

Camino de un lado para otro del pasillo, agitado, desesperado, recorriendo cada parte de este estúpido corredor en el que me obligaron a quedarme horas atrás. Golpeo varias veces la pared con rabia por no poder ayudarla, tan fuerte que un hormigueo de dolor circula por todos los tejidos de mis manos. Me hierve la sangre por dentro.

No sé cuánto tiempo llevan exactamente ahí metidos. Necesito saber cómo está Alma. La rabia que siento por no haberla apartado de la trayectoria de esa puta bala me carcome por dentro. Lo hubiera hecho sin pensar. No reaccioné a tiempo y ahora está ahí dentro por mi culpa. Debí haber actuado más rápido, no tuve que haber dado opción ni a que ese tío se atreviera a mirarla, a tocarla... Pensé que era lo correcto dejar a Alma que le plantara cara, que se desahogara, que le dijera todo lo que sentía, que fuera capaz de decirle las cosas que la oprimían y todo aquello que se guardó durante años para que así pudiera avanzar. Que viera que no necesitaba a nadie para valerse por sí misma, para defenderse ella sola... Y ahora... ahora es mi culpa.

Debí haberlo sacado de allí en cuanto tuve la oportunidad y no hubiese pasado nada esto. Joder, joder, joder... Soy yo el que debería estar ahí dentro, no ella. No pienso descansar hasta que ese tío pague por lo que ha hecho. Él y todos.

Hace bastante rato que dejó de entrar más personal sanitario por esa puerta grande, gris, hermética y fría que me separa de ella. Iban a toda prisa y bastante inquietos.

Me duele la cabeza, apenas puedo moverme ni respirar por el dolor en las costillas y aún noto las heridas de la cara frescas. Un enfermero quiso llevarme a la sala de curas para darme puntos en algunas de ellas y limpiarme la sangre. Tan solo recibió un rotundo ¡no! Solo me importa ella. No pienso moverme de aquí hasta que no me digan que está viva. Que está bien.

Me tiro al suelo, deslizando mi espalda por la pared y apoyando mis brazos en mis rodillas. El dolor de mi abdomen hace quejarme, pero aparto de golpe ese malestar y me obligo a que desaparezca.

“Por favor, por favor, por favor, si es verdad que existes, no permitas que se vaya, así no”, le suplico a Dios; ese al que me enseñó mi madre a rezar cuando era un crío y que cuando crecí me aparté tanto de Él. Sinceramente, ahora es mi única esperanza y me aferro a ello como nunca antes a nada.

Las horas me pesan como una losa. Me quedo exhausto de tanto llorar. Creo que en mi vida había derramado tantas lágrimas como acabo de hacer. Ni cuando era pequeño y me caía entre los viñedos por desobedecer a mi padre. Ni cuando sentí la puñalada de la traición por la espalda. Es más, no recuerdo ni la última vez que solté ni una sola lágrima. Está claro que conocerla ha

cambiado mi vida por completo.

Se me está haciendo eterna la espera. No dejo de observar pensativo cada puta losa que tengo bajo los pies.

En ese instante, el ruido de las puertas abriéndose me hace regresar de mis pensamientos. Su médico se acerca a mí con un semblante serio, pero tranquilo.

—¿Señor D’Abruzzo? —me levanto del suelo dolorido.

—Doctor, ¡dígame que está bien!

—Está fuera de peligro.

—Menos mal —me llevo las manos a la cabeza y suelto todo el aire que había retenido por la pregunta que le acabo de hacer. La calma y el sosiego vuelven a mí, aunque solo sea por un instante.

—Señor, voy a serle muy sincero. De momento está fuera de peligro. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Ahora depende de la fuerza de ella y de su voluntad. Durante unos minutos su corazón ha dejado de latir. Obviamente como médico, como científico, no puedo decirle que haya sido un milagro, pero tengo que ser claro con usted... Ha habido algo más espiritual, sobrenatural o como lo quiera llamar, que se ha hecho presente y no encontramos explicación. Alma, por un momento, ha estado muerta. Aún así, no he parado hasta traerla de vuelta. Había algo en ella que me decía que siguiera reanimándola hasta lograrlo, que su vida solo estaba comenzando.

—Gracias, muchas gracias, doctor —solo tengo palabras de agradecimiento hacia él y mi primer impulso es abrazarlo.

—Eso sí, hemos tenido que inducirle un coma por el traumatismo craneoencefálico causado por el golpe al caer. Parece que es leve, pero hemos preferido hacerlo así para que los tejidos se vayan recuperando poco a poco y el cráneo se refuerce.

—Pero... se pondrá bien ¿no? —las dudas e incertidumbre regresan.

—Esperamos que sí. Cada persona reacciona de una forma diferente y todo lo relacionado con las lesiones cerebrales es complicado. Es una chica fuerte y sana, seguro que lo consigue, solo hay que darle tiempo. De todos modos le haremos más pruebas y la tendremos controlada. Vamos a pasarla a una habitación y allí podrá acompañarla. Señor D’Abruzzo, las siguientes horas y los próximos días son cruciales y no le negaré que será duro, pero debe mantener la calma y ser paciente. Algunos pacientes que han entrado en un “estado vegetativo” pueden recuperar un cierto grado de consciencia y hay estudios que demuestran que las personas puestas en coma artificial tienen recuerdos y percepciones durante este estado, por lo que es muy importante que pase todo el tiempo que pueda con ella y la haga entender que su lugar es este.

—Muchas gracias, doctor. No dude que lo haré.

Sigue todo oscuro. Parece que incluso más que antes. No entiendo nada y estoy muy desconcertada. Puedo sentir todo, bueno, más bien, escuchar. Sin embargo, no logro ver nada. Es distinto a lo que experimentaba hace un momento.

El sonido de las ruedas de la camilla deslizándose por el suelo capta mi atención. Escucho a un par de enfermeras a ambos lados hablando sobre mí. Algo sobre la sedación que tienen que administrarme, que todo ha salido bien, que no saben cuánto tiempo tendré que estar en coma... Espera, espera... ¿Cómo que en coma? ¡No puede ser! No he vuelto del más allá o de dónde sea que estuviera para acabar así.

Las enfermeras me están acomodando en la cama. Se nota que quieren que esté lo mejor posible. Inclinan levemente la parte superior de la cama y me colocan una almohada tras la cabeza.

En pocos segundos oigo que se marchan.

¡No, no, esperad! No quiero quedarme sola, tengo miedo. Por favor, no os vayáis. ¿Por qué no me oyen? Quiero moverme, pero es inútil.

La puerta se abre de repente. ¿Quién será?

¡Oh, Dios mío! Es él. Tiene que ser él.

Verla así al entrar en la habitación me hace trizas el corazón. Está totalmente intubada y sedada. Tumbada sobre esa cama que tan poco me gusta y en la que no se merece estar. Al menos me tranquiliza que esté aquí, conmigo.

Me acerco con sigilo a ella pensando que realmente está dormida y no en coma. La beso en la frente. Un beso, largo, pausado y de satisfacción por tenerla de vuelta. Me coloco en la silla que está justo al lado de su cama y le sostengo la mano. Acaricio su suave piel. La noto algo más fría que de costumbre, pero me calma el saber que sigue estando ahí dentro. Tengo la esperanza de que despierte pronto, aunque no se me olvida lo que ha dicho el doctor. Cada persona es distinta y no sabemos cuánto tiempo habrá que esperar.

Aprovecho para hacer un par de llamadas. Les digo a mis padres que pueden venir cuando quieran. En cuanto haya alguien aquí para no se quede sola iré a cambiarme y a adecentarme un poco. Aún sigo con la ropa de la boda y cubierto de sangre y si por algún milagro despertara ahora mismo no me gustaría que me viera en este estado.

De nuevo, saco el móvil de Alma que me dieron en la ambulancia al recoger sus cosas del suelo y vuelvo a llamar a su amiga. La llamé hace horas para contarle lo sucedido. Sé que es como una hermana para ella. Se sorprendió por mi llamada, era de madrugada y no sé si hice bien en llamarla a esas horas, pero en cuanto le expliqué, muy por encima, lo que había pasado se propuso coger el primer vuelo que saliera. Así que marco su número para saber si ya ha aterrizado.

No soporto verla de este modo. Angustia e impotencia me recorren el cuerpo. Voy al baño para echarme agua en la cara y limpiarme un poco. Estoy hecho un desastre.

Necesito descansar, pero ni loco me muevo de aquí. No pienso dejarla sola. Así que, como puedo, me tumbo a su lado un momento para poder abrazarla. Solo necesito unos minutos. Después dormiré en el sofá.

Sé que no sabe que estoy aquí, pero aún así le empiezo a hablar. Su doctor me ha dicho que eso es importante, que las personas que están en coma a veces pueden escucharnos aunque después no recuerden nada. Me paso las siguientes horas susurrándole al oído. Hablando sobre nuestras vidas, de nuestros gustos... Recordando los momentos tan intensos que hemos vivido y que nos queda toda una vida para pasarla juntos.

—Vas a sanar ¿me oyes? Porque tu sonrisa deja huella en cualquiera que la oiga, porque eres de corazón noble, porque la vida tiene algo aún mejor destinado para ti, porque te lo mereces y porque eres la persona más buena que conozco. Mereces que te cuiden el corazón con amor, paciencia y hechos. Te amo demasiado para no habértelo podido demostrar más tiempo. ¡Vuelve conmigo, por favor!

Ese beso... Su mano estaba cálida y he sentido paz, calma y ternura. Estaba completamente segura que la persona que había entrado era él. Había permanecido callado. ¿Por qué no decía nada? Necesitaba escucharlo. Escuchar de su propia voz que era él.

Me he quedado más tranquila al oírlo hablar por teléfono. Quiero verlo, ¿por qué no puedo abrir los ojos? Me siento extraña. No recuerdo muy bien qué es lo que ha ocurrido y porqué estoy aquí. Un dolor agudo me atraviesa el costado y me bombea la cabeza. Duele muchísimo, pero no puedo decir ni hacer nada.

La ausencia de ruido en la habitación me pone muy nerviosa y vuelvo a sentir esa sensación de miedo y angustia. ¿Dónde se ha metido Alessandro? No quiero que me deje sola.

¡Por fin! sigue aquí. Qué alivio. Se tumba a mi lado. Es una sensación muy extraña. Está muy pegado a mí y me abraza.

No puedo notar su contacto pero sí puedo sentirlo. A él. Su calidez. Ese fuego que desprende y me abrasa, su cariño, su amor y su tristeza. Si supiera que estoy aquí, con él.

Está susurrándome cosas al oído. Algo sobre lo que le ha dicho el doctor. Se supone que es importante que me hable porque, aunque parezca que no lo escucho, mi subconsciente sí lo hace. Y cuánta razón tiene. Lo oigo a la perfección.

Durante unos minutos, hacemos un pequeño viaje juntos recordando cada momento vivido desde que nos conocimos. Sin duda no ha sido mucho tiempo, pero sí bastante intenso. Lo recuerdo todo al detalle. Imposible olvidarlo.

El silencio ha vuelto tras eso último que me ha dicho. Ya no habla, pero escucho su respiración pausada junto a mí. Parece que se ha quedado dormido. Ojalá pudiera abrazarlo también y decirle todo lo que siento. Él me ha enseñado a querer bonito, a amar sin conocer, a soñar despierta, a vivir con el corazón acelerado. Él me ha recordado que todavía seguía viva y que podía volver a amar. Me ha enseñado a cerrar los ojos y respirar su ausencia. A besarle sin tocar su boca. A tocarlo con mis suspiros. A acariciarle con mi ternura. Fue capaz de hacerme el amor con su voz, mirándome con esos ojos que tan loca me vuelven y que sé que me dolerá muchísimo si yo no los vuelvo a abrir.

Intento hacer todo lo posible para ir recordando mi vida. Caigo en la cuenta de un sueño que he tenido. Bueno, en realidad no ha sido eso. No sabría cómo explicarlo. Ha sido muy real. He visto a mis padres después de tantos años y los echaba tanto de menos que quería quedarme con ellos. Era un ambiente distinto y se respiraba paz. Mucha paz. El miedo no existía en ese lugar y me sentía levitar. No tengo ni idea de cómo he vuelto aquí. ¿Por qué me han tenido que dejar en coma? No lo entiendo.

De nuevo, entra alguien por la puerta. ¿Quién puede ser? Huelo a flores. Lo sé porque, aunque no pueda ver, siento que el resto de mis sentidos se han agudizado. ¡Qué bien huelen!

Acaricia mi mano y la siento cercana, pero no sé quién es. ¿Por qué no dice nada? Espera... ¿está llorando? Sus lágrimas mojan mi mano. Necesito saber quién es...

—¿Alessandro? —madre mía, es Claudia. Mi amiga. Pero... ¿qué hace aquí? Si Alessandro la ha llamado hace un momento. Es imposible que ya esté aquí. ¿Cuántas horas han pasado?

Creo que he perdido totalmente la noción del tiempo.

—Oh, perdona... supongo que serás Claudia— oigo decir a Alessandro con voz ronca. ¡Claro,

ellos aún no se conocían! Odio que lo hayan hecho en esta situación.

Alessandro se levanta de mi lado y siento una especie de gélido vacío en mi costado al separarse de mí.

—Dios mío, Alessandro, ¿cómo ha pasado esto? ¿Qué ha sucedido exactamente?

—Sinceramente, no me quito de la cabeza en la forma que ocurrido todo y cómo en apenas unas horas nuestras vidas han cambiado por completo. Ha sido culpa mía. Yo tendría que estar ahí. ¡Si ese tío no hubiera aparecido! Está loco, joder y está obsesionado con ella.

—¿Rober? ¿Esto lo ha hecho Rober? Lo sabía. Sabía que algo malo iba a pasar. Rober no es trigo limpio y siempre me ha dado muy mala espina. Tiene una obsesión enfermiza por Alma. ¡Voy a matarlo! ¿Me oyes? Voy a hacerlo.

¡Rober! Ha sido él. Creo que lo recuerdo todo. Claudia está muy enfadada. Siento su rabia y su ira. Nunca la había visto así. O sentido. O lo que sea... Tan alterada. Tan dolida. Tan enfadada.

—Claudia, tranquila. Puedes estar segura de que ese tío no se irá de rositas —intenta calmarla. Si hay algo que me gusta de él es que aunque esté enfadado o quiera dejarse llevar por sus sentimientos de cólera, siempre intenta apaciguar los ánimos y mantener la calma.

—¿Qué ha pasado con él, dónde está? —pregunta Clau con las mismas ganas que hace unos segundos de cumplir con su sentencia.

—Se lo ha llevado la policía. Mis padres fueron a declarar lo sucedido como testigos. Supongo que de un momento a otro la policía se pondrá en contacto conmigo. Querrán tomarme declaración a mí también.

—Ojalá se pudra en la cárcel ¿me oyes? La policía tiene que saber toda la verdad. Ya es hora de que Alma viva la vida que se merece —suelta Clau, andando por toda la habitación como si ideara un plan—. Aunque conociendo a Rober y sabiendo los contactos que tiene no tengo mucha fe en la justicia.

—¿Y si no sale de ésta? —Alessandro consigue soltar un hilo de voz. Necesita llorar, se lo noto. Se echa la culpa de lo que ha pasado—. No puedo perderla, ahora no. Ahora que todo empezaba a ir bien y que la había encontrado.

Se me parte el corazón al escucharlo de ese modo. Él, siempre tan alegre, feliz, gracioso y seguro de todo. Ahora está hecho polvo. Necesito despertar y hacerle ver que no ha sido culpa suya. Quiero que sepa que no me importa lo que ha pasado. Los momentos que he pasado con él han sido los más maravillosos de mi vida junto a los de mi infancia.

Empiezas a sanar cuando comprendes que eso es lo que tenía que pasar por alguna razón caprichosa del destino. Que formaba parte del proceso y parte del camino. Ya no siento enfado y he conseguido perdonar. Ahora lo veo como una enseñanza y lo dejo ir...

Siempre he intentado ir por este mundo buscando a esa persona que quería que estuviera en mi vida, por corta que fuera. Necesitaba un aliciente para abandonar mi antigua vida. Dejar atrás el dolor. Siempre tan obcecada en buscar y buscar. Cuando más bien tenía que dejarme llevar, vivir mi vida de la mejor manera posible e ir avanzando. Entonces, es cuando sucede. Ocurre que, un día cualquiera, llega ese alguien, ese que esperabas que te tocara el alma. Sin embargo, él no solo la ha tocado, él la ha reconstruido.

Con él me he sentido única, con fuerzas para afrontar todo y mucho más viva al fin. Y, aunque me fuera de este mundo ahora mismo, él siempre será mi salvación.

—Alma es fuerte. Saldrá de ésta, ya verás —lo tranquiliza mi amiga—. La última vez que hablé con ella estaba pletórica, feliz... se había enamorado de ti. Os queda un vida por delante para luchar por lo vuestro... ¡Se despertará! ¡Tiene que hacerlo!

Llevo horas en este inmenso vacío totalmente oscuro. Aquí parece que no pasa el tiempo. Necesito volver a su lado. ¿Dónde se ha metido? No lo escucho. Empiezo a sentir angustia. Unas voces procedentes del otro lado de la puerta llegan a mis oídos. Parece que es mi médico hablando con Alessandro. Algo de que ya han pasado días y que tienen que hacerme unas pruebas para ver como sigue mi cerebro y valorar si tengo que seguir sedada o hacer que me despierten poco a poco del coma.

¡Espera! ¿Cómo que... días? Es imposible. Estoy totalmente desconectada de la realidad.

Unas manos frías enfundadas en guantes de látex tocan mi brazo, justo donde tengo la vía cogida. Una sustancia líquida atraviesa mi piel, recorriendo diferentes venas del cuerpo, pasando al torrente sanguíneo. Mis sentidos se vuelven más débiles y vulnerables hasta que llega un punto en el que no siento nada. Como si dejara de existir por completo.

Un vacío mayor se apodera totalmente de mí.

Los dolores punzantes se clavan como alfileres en mi cabeza, cada vez más intensos. Una tirantez en mi costado hace que emita un leve quejido en mi interior. Me cuesta que el aire salga de mis pulmones y pase por mi garganta para poder hablar.

Tengo la boca muy seca y necesito hidratarme. Intento abrir los ojos poco a poco. Lo primero que veo es el techo, en un tono entre blanco y gris. Parpadeo numerosas veces para distinguir dónde estoy.

Mi mirada sigue paseándose lentamente por cada pared, rincón y mueble de la estancia. La habitación está oscura, excepto la zona en la que está instalada la cama donde estoy tumbada, ya que una pequeña lámpara sobre una pequeña mesa auxiliar lanza una tenue luz entre fría y cálida.

Quiero moverme, pero me cuesta horrores hacer que mi cuerpo responda. Estoy entumecida y cada músculo me pesa igual que un saco de cemento. Intento examinar cada parte de la habitación casi sin poder mover el cuello cuando me percató de que Alessandro está justo a mi lado. Sentado en un sillón muy incómodo de color verde y medio tirado sobre mi cama, con su cabeza apoyada en sus antebrazos. No consigo verle bien la cara, pero parece que está dormido.

Hago todo lo posible porque mi cerebro mande la orden para controlar las funciones de mi cuerpo. Parece que mis dedos reaccionan y con ellos, mi mano, la cual estiro hacia su cabeza. Con gran esfuerzo consigo acariciar su pelo, algo más largo al tacto. Enredo mis dedos en sus mechones y emite un sonido ronco. En ese momento empieza a mover la cabeza hasta levantarla un poco y dirigir su mirada hacia mí. Sus ojos no creen lo que ven. Se los frota varias veces para distinguir lo que parece un sueño de la realidad.

—¿Alma? Dios mío, por fin —se abalanza con velocidad para abrazarme con gran energía.

—Augg —me quejo sin querer.

—Perdón, perdón... —quiere separarse para no hacerme daño, pero lo detengo lo antes posible para que se quede pegado a mí.

—Tranquilo —consigo decirle con un hilo de voz casi imperceptible.

—Estás despierta... Tenía miedo de que no lo hicieras.

—Estoy aquí, contigo —acaricio su rostro mientras lo observo con detenimiento. Tiene la barba más larga que la última vez que lo vi y el pelo algo más alocado, pero sigue estando irresistiblemente guapo. Sus ojos azulados como un cielo iluminado por el sol y humedecidos por la felicidad de verme despierta no dejan de analizarme.

Deslizo mis dedos con delicadeza por cada una de las heridas que tiene por todo el rostro; cejas, mejillas, nariz, labios... aunque casi están completamente curadas y solo le quedan unas pequeñas señales para recordarme los brutales golpes que recibió.

—Espero que no te dejen cicatriz. Fue por mi culpa.

—No fue culpa tuya, lo volvería hacer mil veces más por defenderte. Sin embargo, tú si estás aquí por mí. Creía que te perdía y si te hubieras ido no me lo hubiera perdonado nunca.

—Alessandro, escúchame. Nada de esto ha sido culpa tuya ¿me oyes? Tienes que tenerlo muy claro. Todo lo que ha pasado tenía que suceder para hacernos más fuertes. ¡Tú me has salvado!

Besa mi mano con delicadeza sin apartar su mirada de la mía.

—Te quiero, Alma. Muchísimo.

Es la primera vez que me lo dice y no dudo ni un segundo en que es sincero. Al oír esas

palabras pienso por qué nunca me llegué a enamorar de mi exprometido ni de ningún otro hombre. Ninguno era Alessandro. Sentir lo que siento por él confirma mi teoría sobre lo que pensé en cuanto me crucé en su camino; que hay personas que se cuelan bajo tu piel y ya no hay forma de arrancarlas de ahí ni haciendo jirones con ella. Así que yo también me sincero, porque estuve a punto de perderlo y ahora lo tengo frente a mí.

—Yo a ti también.

Esa sonrisa que tanto le caracteriza aparece en su rostro y a mí se me remueve todo por dentro. La había echado tanto de menos.

Se acerca a mis labios suavemente y me besa con ternura, como si lleváramos una eternidad sin hacerlo. Sus labios tienen el mejor sabor del mundo y necesitaba sentirlo otra vez tan cerca de mí.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Unas tres semanas.

—¿Cómo? ¿Tanto tiempo? —me desconcierta su respuesta.

—Sí. Sentía pánico de que no pudieras despertarte después de tantos días. Entre todos nos hemos ido turnando para que no te quedaras sola en ningún momento. No soportaba la idea de que despertaras y te encontraras aquí, sin nadie. Aunque, cada vez que tenía que irme para asearme y cambiarme, me marchaba enfadado por tener que hacerlo. No podía separarme de ti.

—Gracias, Alessandro —sonríó agradecida por cómo es conmigo.

—Que vicio es mirarte cuando sonríes —en cuanto dice eso hace que me sonroje y vuelva sentirme como una adolescente enamorada por primera vez al escuchar esas palabras.

—¡No me mires así!... —suelto tímida—. Tengo que estar horrible —cubro mi cara con mis manos y muerta de la vergüenza.

—Eso es imposible, ya lo sabes —aparta mis manos antes de que pueda ocultarme para besarme de nuevo—. Tienes miles de motivos para sentirte preciosa. Te puedo asegurar que tengo la certeza de que no hay nadie que brille más que tú ahora mismo.

Sigo sin entender como cada palabra de este hombre hace que pierda la cordura y me haga desearlo tanto.

—No recuerdo nada de lo que pasó. Solo sé que estábamos en la boda de tu hermana cuando Rober apareció y empezasteis a pelearos. Después, todo se volvió negro y tuve un sueño muy extraño. Y fue algo maravilloso. Me sentía tan en paz. Después, esa sensación se esfumó y de nuevo todo estaba oscuro. No había nada, tan solo un vacío inmenso y sombrío. Creí que estaba muerta.

—No digas eso. Por suerte estás aquí, a salvo. Y voy a cuidar de ti cada día de mi vida.

—Sé que lo harás. Qué suerte he tenido de encontrarte —acaricio cada una de sus heridas.

—La suerte la he tenido yo —Alessandro es ese tipo de hombre que es real, humano y que no tiene ningún miedo a expresar sus sentimientos. Y yo lo adoro por ello—. Necesito que comprendas algo, Alma. No eres el tipo de mujer que necesita a un hombre, eso tienes que tenerlo muy claro. Pero si eres esa mujer que un hombre necesita. Yo te necesito. ¿Lo entiendes?

Asiento, sintiéndome especial después de tantos años. Me hicieron creer que no tenía sentimientos, cuando la realidad es que no sabían entenderlos. Sufría en silencio...

Alessandro me ha hecho ver que hablo con las miradas, que amo con las sonrisas y que si prestas atención a cómo te trato te darás cuenta de cuánto puedo llegar a querer. Soy especial. Exclusiva. Única. El tipo de mujer que si me encuentras en veinte vidas, en cincuenta dices que sí. Solía conformarme. Ya no. Decidí alejarme de las personas que no me valoraron porque ahora sé lo que valgo, lo que merezco. Y ha pasado mucho tiempo hasta que por fin me he dado cuenta,

pero lo logré.

En vista de lo sucedido, Alessandro me ha demostrado que sigo siendo luz después de todo lo que pasé, y eso es admirable.

—¿Qué ha pasado con Rober? —al cabo, pregunto con angustia y miedo por saber si esta pesadilla ha acabado ya.

—La policía se lo llevó detenido esa misma noche. Por suerte había muchos testigos y pudieron testificar a nuestro favor. Al día siguiente me tomaron declaración a mí y les conté todo. Espero que no te importe, pero mereces justicia y tiene que pagar por lo que ha hecho.

—Madre mía... Se enterará todo el mundo. Dirán que es y fue culpa mía—. Mi mirada se nubla por las lágrimas que intento reprimir. ¿Qué pensará la gente de mí por callarme lo que pasó?

—Alma, tranquila. Nadie va a pensar eso. Deja de preocuparte por esas personas. Eso da igual. Tú eres la víctima aquí y no él. Tiene... más bien, tienen que pagar por lo que hicieron. Estoy aquí para apoyarte en todo lo que necesites. Bueno, ¡estamos!

—¿Estamos?

—Sí. Tu amiga está aquí y gracias a ella también se podrá hacer justicia.

—¿Claudia está aquí? ¿Dónde está? Quiero verla.

—Está de camino, no creo que tarde en llegar. En cuanto le conté lo que pasó cogió el primer avión y vino al hospital. La convencí para que se quedara en nuestra casa durante este tiempo y tampoco se ha separado de tu lado. Fue la que le contó toda la verdad a la policía y yo secundé su testimonio. Al día siguiente se presentó aquí la madre de Rober, Alicia, si no me equivoco. Llegó hecha una furia y quiso entrar en la habitación sin permiso. No paraba de decir que se estaba cometiendo una injusticia con su hijo y que tenían que despertarte para que corroboraras que de aquello que le estaban acusando era una atrocidad y una mentira.

—¡Qué horror! ¿Y qué va a pasar ahora? —me aterra no saber si tendré fuerzas para afrontar todo esto.

—Tranquila. Lo primero es que te recuperes del todo y salgas de aquí. Podrás quedarte en la finca, sabes que ya es tu casa también. Supongo que más adelante te llamarán para testificar y cuentas toda la verdad. Tendrás que ser fuerte, Alma. Y no dudes en que yo estaré a tu lado en todo momento para apoyarte. Pero de momento, no pienses en eso. Lo importante es que te has despertado y estás aquí, conmigo.

—Te lo agradezco, Alessandro, no sabes cuánto. Dios mío, necesito procesar todo esto. Mi vida es tan distinta a unos meses que estoy algo aturdida. Lo que si tengo claro es que me alegro de que aparecieras aquel día y tambalearas mi mundo por completo.

Nuestros labios vuelven a encontrarse para dejarse llevar por un beso intenso y cargado de esperanzas.

La voz de Clau nos sorprende por completo. Estábamos tan ensimismados en nosotros que ni hemos escuchado el sonido de la puerta abriéndose.

—Ejem, ejem. ¿Interrumpo algo? —Clau, con los ojos entornados y ese aire soñador, nos observa como si fuera una espectadora ante una escena de esas películas románticas de las que siempre parloteaba.

—Para nada —contesta Alessandro.

—¡Claudia! Ya me han contado que llevas aquí semanas— miro a Alessandro con cariño por tener ese gesto de llamar a mi amiga cuando ocurrió todo.

—Por supuesto. No pensaba dejarte sola hasta que no viera con mis propios ojos cómo salías de este hospital. Aunque... no te quejarás de compañía ¿ehhh? —me abraza a la par que lanza una mirada picaresca a Alessandro.

Nos da a todos por reír y, Clau y yo, podemos ver como Alessandro se ruboriza un poco, aunque ambos sabemos que le encanta que pensemos eso de él y se siente halagado.

—Tengo el mejor cuidador del mundo.

—No me cabe la menor duda —mi amiga eleva una y otra vez las cejas ante semejante hombre.

—Chicas, creo que os dejaré un rato para que habléis —me besa en la frente y acaricia el hombro de Clau—. Iré a por un café.

En cuanto desaparece por la puerta mi mejor amiga y yo continuamos hablando.

—Ahora, enserio... ¿Cómo te encuentras, Alma? Dios mío, que susto nos diste.

—Bien, de verdad. Solo estoy algo dolorida y atontada de la medicación, pero con ganas de volver a ser yo.

—Supongo que Alessandro te ha puesto un poco al día ¿no?

—Sí, ya me ha estado contando todo. Si te soy sincera, tengo miedo. Tengo pánico de que esto nunca acabe. Quiero olvidar ya toda esa pesadilla y más ahora que mi vida ha dado este giro inesperado.

—No estás sola, Alma. Yo te apoyaré en todo. Ya verás cómo va a salir todo bien. Lo peor ya ha pasado y lo importante es que estás viva y te recuperes del todo.

—Gracias por estar aquí, Clau —agarro con fuerza la mano de mi amiga y puedo ver la felicidad en sus ojos.

—No tienes por qué darlas, mi niña. Por cierto, ¡vaya hombre te has buscado, eh!

—Que tonta eres. ¡Cállate! —ambas soltamos una carcajada que inunda toda la habitación y estoy casi segura de que ha llegado hasta la sala contigua.

—No me extraña que te haya robado el corazón. Te quedaste corta cuando me dijiste lo guapo que era. ¡Si está buenísimo, tía!

Me da un ataque de risa al ver a mi mejor amiga hablando del hombre del que me he enamorado.

—Vale, sí... es muy guapo, es evidente. Aunque, es mucho más que eso, Clau. Desde que lo conozco me siento protegida con él, como si estuviera a salvo pase lo que pase. Es cálido, tierno, romántico y con ese puntito de picardía que lo hace extremadamente seductor.

—Hija, pues va a resultar que si existe el hombre perfecto —se cruza de brazos y levanta las cejas sorprendida ante el hecho de por qué no ha encontrado ella a alguien así.

—No sé si será perfecto, pero lo que sí sé es que con él me siento en casa y ha curado por completo mi corazón. ¡Me he enamorado, Clau! Como una cría. Y me ha calado hasta los huesos.

—Que bonito, cariño. Me alegro que por fin hayas encontrado un amor así. Te lo mereces.

Alessandro aparece de repente y le ofrece un café a Clau.

—Oh, muchas gracias, que atento eres —se ríe mi amiga—. De todas formas ya me voy. He visto que mi amiga está perfecta y pletórica, así que creo que os dejaré solos. Supongo que querréis recuperar el tiempo perdido.

—Gracias por todo, Claudia —responde Alessandro.

Nos da varios besos y un abrazo a modo de despedida. Me hace tan feliz que esté aquí y que se hayan conocido, aunque me hubiera gustado que lo hubieran hecho en otra situación. Aún así, antes de que vuelva a España tengo que contarle todo con pelos y señales y mostrarle todos esos sitios que me han cautivado.

—Se nota que te quiere mucho.

—Y yo a ella. Llevamos juntas toda una vida y siempre nos hemos apoyado y ayudado.

Las siguientes horas las pasamos conversando y poniéndonos al día. Aunque más bien habla solo él y yo lo escucho embobada como siempre. Le confieso la experiencia tan extraña que tuve mientras estaba en coma. Que vi a mis padres. Que quería quedarme con ellos. Ese lugar tenía algo tan especial que te invitaba a permanecer allí para siempre. Él me atiende, algo incrédulo al principio, y me hace ver que menos mal que no me quedé en ese supuesto paraíso.

Me cuenta las cosas que hacía estando tumbado a mi lado mientras me hablaba para que yo reaccionase ante algún estímulo. Se ríe al recordarse. Sus carcajadas tienen ese don de querer volver a escucharlas aún cuando la primera no se ha extinguido. Tiene esa risa que suena cuando todo está en silencio para cautivarme y recordarme que la vida nunca muere.

Mientras lo miro fijamente comprendo que tener conexión con alguien desde el minuto uno es algo mágico y que he aprendido mucho más de mí conociendo más de él.

Después de toda mi vida pasada, me doy cuenta que no quiero una vida de regalos, de lujos, ni necesito nada material. Solo quiero a alguien con quien reír y un hombro en el que llorar. Alguien que cuando sepa que todo se va a hundir, agarre su mano fuerte y me diga que, aunque caigamos, no me va a soltar nunca.

No necesito un amor ruidoso e intenso, sino profundo y real. De esos que te dejan tatuajes en el alma y no cicatrices en el corazón. Un amor que sea para construir, crecer y sanar.

El doctor nos interrumpe cuando llama a la puerta.

—¿Cómo está la paciente?

—Genial —la alegría rebosa por cada poro de mi piel.

—Estupendo. Tenemos que llevarte a realizar unas pruebas y ver cómo va todo. Dependiendo de los resultados, quizás, en un par días, puedas volver a casa.

—Nada me gustaría más —sonríó y miro a Alessandro con cariño.

EPÍLOGO

Ocorre muy deprisa, como si del tráiler de una película se tratara. Toda mi vida pasa por delante de mis ojos, permaneciendo en mis retinas por unos segundos. Cada momento de mi vida lo recuerdo al detalle. Todo lo que ha pasado, las veces que he reído, las que he sufrido, las que he llorado, las que he querido...

Después de varias semanas y de días lloviendo, todo desprende un olor enmohecido. Poco a poco, va cayendo la tarde y las finas gotas de lluvia golpean las hojas cada vez más lentas, anunciando una tregua. Sigue llegando a mis oídos el crepitar del fuego en la chimenea que tengo tras de mí. Adoro ese sonido.

La humedad del aire destapa los tarros de esencias y los olores se propagan con más eficacia. Así es como se hace presente este otoño, cada vez más invernal, anunciando un cambio que aún me queda por descubrir.

La tranquilidad después del caos.

Vuelvo a ordenar mis ideas, mi mente, mi rutina, mi vida...

El otoño llegó hace semanas y sigo aquí, con las ganas intactas, con los sueños a flor de piel, con el pensamiento continuo de que si se lucha todo llega. Todo avanza. Todo comienza.

El contacto del té caliente, de canela y manzana, que sostengo entre mis manos me envuelve en un escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

Creo que he llorado más que nunca. He llorado y sentido que se me iba la vida en cada lágrima. Varias veces he tratado de soltar todo lo que tenía dentro y aún así, se me quedaba algo. He llorado fuerte. En silencio. Sola y acompañada. Con dolor, mucho dolor por volver a revivir todo una y otra vez. Volver a verles las caras después de tantos años. Reconstruir cada paso de aquella maldita noche para que por fin se hiciera justicia. He sentido rabia, coraje, pena, tristeza y soledad.

Todos estos años... he llorado y me he abrazado a mí misma bien fuerte, tratando de consolarme y he llegado a dormirme con lágrimas en los ojos. De esas que caen por las mejillas y tienen sabor a corazón hecho pedazos...

Contemplo el paisaje tras el ventanal, pero de pronto la vista se me enturbia, aún sigo un poco débil por lo ocurrido meses atrás. Una pequeña tirantez en el costado me devuelve a la realidad. Deslizo mis dedos con suavidad por la cicatriz que lleva tantas semanas curándose y que a estas alturas casi ni se aprecia, pero que me recuerda esos instantes en los que me debatía entre la vida y la muerte. Cierro los ojos y, aunque dolorida aún, me siento la mujer más feliz y plena del mundo. El dolor, ya no físico sino emocional, que he sentido se va disipando poco a poco.

Al fin he encontrado lo que tanto deseaba y esos sentimientos que durante años estuvieron dormidos, volvieron a florecer. ¡Y todo gracias a él!

Me apoyo en la moldura del portón que da paso al gran jardín y advierto como él se encamina ahora que parece ha dejado de llover hacia una de las vallas que limitan la terraza. Está de espaldas, vestido con unos vaqueros oscuros y un jersey con cremallera a la altura del cuello y en color gris, con las manos enterradas en los bolsillos del pantalón y mirando en dirección a los viñedos.

Parece perdido en sus pensamientos, sumido en sus reflexiones internas, como si intentara hallar la respuesta a algo que le da vueltas en su cabeza. Lo miro. Lo observo detenidamente.

Como suelo hacer desde que lo conozco y tengo la oportunidad. Jamás pensé que podría amar con tanta intensidad. Encontrar el amor y la calma en él. Encontrar mi hogar en sus brazos.

Me viene a la mente la noche de ayer. Tan mágica y especial como todas las noches que he pasado a su lado.

Hacer el amor con él es como morir e ir al paraíso aún estando viva. Como viajar a un universo desconocido y desnudar por completo mi alma. Es algo más que vernos desnudos y cubrir nuestra piel con besos. Hacer el amor con él es... verlo y sentirme completa, sublime, satisfecha e inmensamente amada, incluso antes de empezar a tocarme.

Su aroma aún sigue en mi piel y recuerdo a la perfección el mapa de sus besos en mi cuerpo. Saboreo mis labios, que todavía saben a los suyos, y deslizo con las yemas de mis dedos cada pliegue del inicio de mi boca que él mordisqueó. Recorro con mis pensamientos lo vivido. Los besos en el cuello y las caricias en el pelo... Las palabras que sanan y las miradas de complicidad. La sensación de sentirme afortunada. El querer como nunca y para siempre.

Había aprendido que el amor hacia alguien se daba después de un tiempo, de conocer en profundidad a la persona, ver si se es compatible con ella, saber todo, o casi todo, de ella antes de lanzarte a vivir esa experiencia. Paso a paso y con calma. Sin embargo, con él fue de inmediato. Me había enamorado de él en el momento que mi mirada se perdió en la suya. Todo sucedió tan rápido. Lo que siento por este hombre va más allá. Tanto, que ni la muerte pudo conmigo. Con solo una mirada hizo que supiera valorarme más de lo que lo había hecho jamás y me demostró que si quiero ¡puedo! Que la vida es demasiado corta para no disfrutarla a cada instante y que mi corazón podía volver a amar. Por eso, he comprendido que no es el tiempo, sino la conexión.

Sé que vendrán tiempos difíciles. Se ha dejado la piel para que paguen todas y cada una de las personas que me dañaron. Aún queda mucho por afrontar, revivir y luchar. Y

con todo, me siento más fuerte que nunca.

Confío en mí casi sin conocerme y mucho más de lo que yo misma confiaba, dejándose llevar por sus sentimientos, demostrándome que no quería perderme aún sin conocer la verdadera razón.

Estábamos destinados a estar juntos y solo por eso acepto por todo lo que tuve que pasar para encontrarlo.

Las ganas de besarlo se adueñan de mí y me dejo guiar por mi impulso. Es algo que he aprendido con él, a dejarme llevar por lo que siento sin el miedo a no saber qué ocurrirá.

Cubro mi piel con un *cardigan* para resguardarme del frío antes de salir al exterior. Me acerco por detrás y lo abrazo.

Sigue oliendo como el primer día, esa fragancia atrayente que tan loca me vuelve. En un pequeño movimiento hace que me ponga frente a él para poder rodearme con sus brazos. Me resguardo bajo sus brazos cálidos, reconfortantes y seguros. Sus abrazos son mi hogar. Él es mi hogar. Nos miramos, sonreímos, nos besamos y vuelvo a instalar mi mejilla en su pecho. Estoy feliz, ilusionada y enamorada como nunca antes lo había estado.

—¿Te encuentras bien? —se inclina ligeramente, rozando sus labios el lóbulo de mi oreja, haciendo que su aliento me provoque un escalofrío y me haga temblar.

—Perfectamente. Nunca me había sentido tan bien.

—Pues me alegro —su abrazo se vuelve más fuerte y protector—. Quería esperar a otro momento para decirte esto, pero siento que es ahora...

No entiendo muy bien a que se refiere. Me da por pensar que quiere decirme algo sobre el juicio que se celebrará tarde o temprano y que no se atreve a contarme por miedo a ver cuál será mi reacción.

Se lleva una mano al bolsillo y mis ojos la persiguen para descifrar qué es eso que lo tiene tan pensativo.

Sin palabras. No puede ser. Me quedo helada. No me lo esperaba. Del bolsillo de su pantalón saca una pequeña cajita cuadrada, con un estilo *vintage* y bastantes signos de desgaste, en un color marrón oscuro y con detalles en dorado.

No puedo evitar llevarme las manos a la boca totalmente absorta.

—Alma...

La abre con mucha delicadeza, pues se nota que le guarda un gran cariño sentimental. Mis ojos se quedan alumbrados por la belleza de lo que contiene en su interior. Un impresionante anillo de zafiro en color azul oscuro y enmarcado por una corona de brillantes con un resplandor único. El anillo y el engaste están hechos de un oro rosado antiguo y el brillo ardiente de los diamantes confiere al zafiro un efecto increíble.

—Dios mío, Alessandro...

—Tenía mis dudas sobre si era demasiado pronto para hacer esto... —mira el anillo y después clava su mirada en mí—. Siempre me he dejado llevar por lo que siento y ahora no iba a ser menos. Este anillo ha pertenecido a nuestra familia durante años, un regalo que dejó mi bisabuelo al comprender que nadie merecía llevarlo salvo aquella mujer que tanto amaba y a la que perdió para siempre. No sé porqué nadie se atrevió a darle uso, siempre estuvo guardado bajo llave. Ni siquiera mi padre quiso dárselo a mi madre cuando le pidió matrimonio. Aunque sean felices, siempre hay historias que no llegamos a conocer del todo bien. Las órdenes del padre de mi abuelo fueron muy estrictas y nadie las incumplió. Una tarde, mientras estaba sentado a tu lado observándote en esa cama de hospital, apareció mi madre. Estuvimos conversando durante un buen rato y me trajo esto. Me explicó, muy por encima, lo que acabo de contarte a ti y me dijo que este anillo ahora me pertenecía, que dependía de mí si usarlo o no, y que en mi corazón sabría cuando llegaría ese momento —agarra con fuerza una de mis manos para llevarla contra su pecho, justo donde percibo su corazón latiendo—. Para mí es una reliquia y creo que ha encontrado a esa persona que lo lleve. Y contigo, aquella historia de amor que permaneció en el pasado, tiene mucho más sentido.

—Alessandro... es precioso. Pero, ¿estás seguro de esto?

—¡Mírate! ¿Quién no querría estar contigo? Eres preciosa, valiente y tienes un corazón enorme. Cualquiera se sentiría afortunado de estar a tu lado.

Miro a esos ojos que me embelesan con gran fijeza y con cariño le acaricio el rostro, notando bajo mi palma su incipiente barba.

—Alma, no quiero un “tú y yo”. Quiero un nosotros, y en mayúsculas. No quiero días grises sin tu sonrisa diciéndome que todo irá bien. No quiero salir de la rutina si eres tú quién está cada día en ella. No quiero guerras en la cama sin ti. No quiero algo simple. Quiero algo que consiga que me haga preguntas a mí mismo todo el rato, pero que cuando te mire desaparezcan todas las dudas. Quiero que nos miremos como el primer día y que nos queramos como si fuera el último. Quiero aprender a amarte cada día un poquito mejor, que no más porque es imposible. Quiero elegirte a ti, siempre, todos y cada uno de los días de mi vida.

Cuando creía que no podía ser más feliz de lo que era, cada palabra pronunciada por su voz es un disparo al corazón. Mis ojos están humedecidos y la alegría rebosa por cada poro de mi piel. Estoy tan atónita que lo único que puedo hacer es mirarlo y dejar que acabe, pues se que aún tiene algo por decir.

—Hoy quiero tomar la decisión más importante de mi vida y quiero hacerlo junto a ti... ¿Te atreves a compartir tu vida conmigo?

Reacciono casi en el acto. Un sí rotundo que demuestra por completo lo que siento.

—Sí, sí, sí y mil veces sí.

Me arrojo a su cuerpo para perderme entre sus brazos y decirle cuánto lo amo.

Es el anillo más bonito que he visto nunca. Un auténtico tesoro que ahora llevo en mi mano izquierda y que no puedo dejar de curiosarlo por todo lo que representa.

Elevo la cabeza y las comisuras de sus ojos se arrugan al sonreír por verme así.

—Acabas de hacerme aún más feliz.

—Gracias por mirarme así —suelta cariñoso enmarcando mis mejillas con sus manos.

—Así ¿cómo? —frunzo el ceño, curiosa.

—Con ternura, la sonrisa más bonita del mundo y el alma más tierna.

Sonrío como una estúpida cuando escucho esas palabras y durante varios segundos no dejamos de mirarnos.

Las gotas de lluvia vuelven a caer con intensidad, empapando nuestros cuerpos por completo, pero nos da igual, del mismo modo que la primera vez. Nos hacemos reír el uno al otro bailando bajo la lluvia y acabamos juntando nuestros cuerpos nuevamente. Me deja pegada a su pecho, sabiendo lo que me gusta sentir el calor que irradia, haciendo temblar mis rodillas en cada vaivén de nuestros cuerpos rozándose. Susurra en mi oído mientras seguimos moviéndonos despacio:

—Ojalá nosotros siempre. Que haya miedos, errores y dificultades, no importa, pero que siempre estemos juntos y vayamos a una, amándonos fuerte y resistiendo. Porque a veces la vida golpea, pero te necesito conmigo para que ninguna tormenta sea más recia que nuestro amor.

Lo beso con intensidad y cierro los ojos sintiendo el agua caer por mi cara. Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza haciéndome ver que un día alguien te querrá tan fuerte como tú quieres y amará todo de ti sin juzgar y se quedará a tu lado para construir esa felicidad y un amor real.

Y tendrá tantas ganas de estar a tu lado que una vida le parecerá un simple suspiro.

FIN

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a ti. A ti, por tener un pedacito de mí entre tus manos. Gracias por haber recorrido conmigo, de principio a fin, esta aventura. Porque este libro no sólo es una novela, sino parte de mi alma. Gracias por apoyarme y que pueda hacer realidad uno de mis sueños. Porque sin ti nada de esto sería posible.

Gracias a mi marido, Ismael, por acompañarme en todas mis locuras y, sobre todo, en ésta. Sin

él; que se ha ocupado de todo mientras nuestra vida seguía y yo estaba inmersa en la apasionante historia de Alma y Alessandro, no hubiera sido posible. Gracias por dejarme ser, expresar todo lo que llevaba dentro y apoyarme. No somos Alma y Alessandro, pero el día que te conocí mi mundo cambió.

A mi madre, por su apoyo incondicional y por invitarme a aquél viaje tan especial. Recorrernos las calles de Roma, una vez más, me hizo ver que era hora de luchar por lo que me hacía feliz y dar vida a esta historia de amor.

Y junto a ella, agradezco a toda mi familia por creer en mí y estar siempre ahí.

A mi mejor amiga, Elisabeth, porque aunque no sea Claudia, me ha inspirado para crear su personaje y las miles de conversaciones que hemos tenido a lo largo de estos años juntas. ¡Gracias por estar siempre!

A Aida, por ilusionarte conmigo cuando te propuse que hicieras la portada de esta novela. Gracias por poner cara a mi querida Alma y saber lo que quería desde el primer momento. Eres increíble.

A todas esas personas que están en mi vida y que, en parte, cada una de ellas me han inspirado en algo para escribir todo esto.

A Alma, porque siempre te llevaré en mi corazón y, aunque seas ficción, has dado voz a todo eso que muchas de nosotras sentimos y llevamos en nuestro interior, sin importar por lo que estemos pasando.

A Alessandro, por ser quien sea que seas. Por ayudarme a explicar al mundo que para amar no hay que cortar las alas. Por hacer que tenga insomnio durante semanas para poder describirte tal y como te sentía. Por hacer que soñemos con un mundo mejor en el que para ser feliz solo hay que buscar en nuestro interior y saborear cada momento que nos ofrece la vida como si fuera el último. Porque sí ¡la vida es un regalo!

Y gracias a todos los personajes, porque de algún modo, sois reales. Me habéis ayudado a dar visibilidad a algunas de las atrocidades o injusticias que a día de hoy sigue habiendo y que por mucho tiempo que pase, la verdad siempre sale a la luz.

Todos ellos, aunque no existan, ahora forman parte de la imaginación de cada uno de vosotros. Espero que os toquen el alma como lo han hecho conmigo.

Gracias a todos.



CINTIA SANTIAGO (Granada, 1990), conocida en redes como @_cintiasantiago_. Es criminóloga, *instagramer* y ahora ha querido ser valiente y emprender una nueva etapa para verse inmersa en la escritura. “*Tatuajes en el alma*” es su primera novela, una historia llena de emociones, secretos y amor.

Inspiración: <https://www.pinterest.es/cintiasmchannel/novela/> #novelatatuajesenelalma
#tatuajesenelalma